UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

LA SED ETERNA

Jairo León Orrego Cardona

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Departamento de Humanidades
Maestría en escrituras Creativas
Bogotá D.C., Colombia
2013

LA SED ETERNA

Jairo León Orrego Cardona

Trabajo de investigación presentado como requisito parcial para optar al título de:
Magister en Escrituras Creativas

Director (a):
Guido Tamayo
Codirector (a):
Juan Diego Mejía

Línea de Investigación:
Escrituras Creativas

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Departamento de Humanidades
Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá D.C., Colombia
2013

A mi maestro Mario Escobar Velásquez Q.E.P.D.

Resumen

“La Sed Eterna” es una novela que cuenta la historia de un médico forense que decide realizarle la autopsia a su primo al encontrarlo en la morgue en que trabaja una mañana. Con esta excusa empieza a reconstruir la historia del primo y la suya propia, a través de los recuerdos, tratando de encontrar el punto en que sus caminos se distanciaron y los destinos se hicieron tan diferentes, lo que lo lleva a finalmente darse cuenta que no son tan distintos y que comparten problemas con el alcohol, con las normas sociales, aislamiento y depresiones constantes. La novela quiere pintar la Medellín contemporánea, a través de un personaje marginal, y evidenciar el problema que representa, y ha representado por décadas, un vicio aceptado socialmente como el alcohol en la cultura antioqueña en particular y en la colombiana y el mundo en general.

Palabras clave: Novela, literatura, violencia, Medellín, alcoholismo, morgue, forense.

Abstract

"The Eternal Thirst" is a novel that tells the story of a forensic doctor who decides to perform the autopsy to his cousin when he finds him at the morgue where he works one morning. With this excuse he begins to rebuild the history of the cousin and his own, through the memories, trying to find the point where their paths distanced themselves and their destinys became so different, which leads it to finally realize that they´re not so different and that they share problems with alcohol, with social norms, isolation and constant depressions. The novel wants to paint the contemporary city of Medellín,

through a marginal character, and show evidence of the problem that represents, and has represented over the decades, a vice socially accepted as alcohol in the culture of Antioquia and Medellín in particular, and Colombia and the world in general.

Keywords: Novel, literature, violence, Medellín, alcoholism, morgue, forensic.

Contenido

Pág.

Resumen.....VII

Prólogo..... ¡Error! Marcador no definido.

PRIMERA PARTE: AUTOPSIA.....10

07/03/2011. 06:00 a.m.....11

06:37 p.m.....13

Marzo 7 de 2011 - I - 15

Junio 21 de 2010. Los caminos paralelos.....17

Casete Hache. Voz No.1.....23

- II -.....25

Julio 13 de 2010. El Circo.....26

Casete Hache. Voz No.2.....32

- III - 34

Agosto 25 de 2010. Siempre quise ser un gánster.....36

- IV - 40

Casete Hache. Voz No. 3.....43

Diciembre 16 de 2009. Ciudad de… Hache…..……..47

Casete Hache. Voz No. 4……..…….58

- V - ……60

Agosto 28 de 2010. Perder el año…..……..62

- VI - ……66

Agosto 29 de 2010. Contracorriente……..……...67

- VII - ……...……...71

Enero 21 de 2010. Con Hache intermedia……73

- VIII - ……...……..83

Casete Hache. Voz No. 5……...…….85

Octubre 2 de 2010. La teoría del amor yonqui…….88

- IX - ……..…….90

SEGUNDA PARTE: LA SED ETERNA 92

- JOTA - ……...……..93

Enero 10 de 2011……...……..94

Enero 13 de 2011……...…..95

Enero 17 de 2011……....97

Enero 18 de 2011……...……..99

Enero 21 de 2011……103

Casete Hache. Voz No. 6……..105

Enero 28 de 2011……107

TERCERA PARTE: EL FIN DE LA SED..... 108

- I - ……109

Hache por Hache……115

- II - EME - ……124

Resaca……..129

Final……...133

Sin fecha……...…142

PRÓLOGO:

YO, MI, ME, CONMIGO

Quise titular este prólogo con una pequeña variación del nombre de un álbum del cantautor español Joaquín Sabina por la sencilla razón de que esas palabras reflejan la intimidad en que ha transcurrido mi escritura y porque expresan bien una de mis mayores inquietudes en el devenir de ella. Esta preocupación mía, en primera persona, es el hecho de ser demasiado egocéntrico. Me ha preocupado que realmente no haya, hasta ahora, creado ningún personaje sino alter egos de mí mismo. Esto ha ido de la mano con una autoestima que no me permite pensar que tenga un yo tan rico y tan interesante como el de Fernando Vallejo, por ejemplo, y que eso lleve a una escritura carente de interés para otros lectores aparte de esas dos o tres personas cercanas que siempre me han leído y en las que encuentro una motivación personal tan o más fuerte que la literaria. Los cuestionamientos empezaron cuando me decidí a compartir mis escritos en talleres y tertulias pero se agudizaron desde el momento en que quise arriesgarme a escribir una novela, ya que en los cuentos me era más fácil ficcionar o simplemente contar una historia sin tener que profundizar demasiado en los personajes, en su naturaleza.

Antes de la maestría, llevaba dos intentos de escritura de largo aliento, completamente autobiográficos, de los cuales considero afortunado uno y desastroso el otro. El primero, titulado “Aunque malpaguen ellas”, consistía en un recorrido por la memoria, específicamente por el recuerdo de las relaciones sentimentales en mi vida, intentando con ello hacer una reflexión sobre los sentimientos y sobre las mujeres. Al llevar implícito

mucho de la función catártica de la escritura, pensé utilizar herramientas del teatro para escribirlo en actos que se representarían una y otra vez en la mente del autor. Allí creo que estuvo el acierto, un tanto fortuito, que más enriqueció la obra al darle un aire novedoso aunque la sigo considerando una novela en el sentido de que es la narrativa lo predominante y lo que embellece realmente el texto con las imágenes y las reflexiones de tinte poético. Una de las características de la novela es que se nutre de los más diversos géneros literarios, lo que permite una cierta libertad. Pero no fue esta libertad lo que contribuyó a que me fuera relativamente fácil la escritura de Aunque malpaguen ellas. Lo atribuyo, insisto, a lo autobiográfico, a que las descripciones de las mujeres salían de mi propia perspectiva, de mi propia subjetividad, y a que, aunque en cada acto el actor principal-autor sale representando un papel acorde con la historia a contar, no hay en esas caracterizaciones más que los alter egos, variaciones y dobleces de mi propia personalidad, que en este caso eran intencionales y acertados a mi parecer, lo que no lo hacía menos preocupante.

Del segundo intento aprendí que ficcionar con historias muy íntimas, por el solo hecho de que nos han obsesionado por largo tiempo, no garantiza en ellas un valor literario, ni las hace inmediatamente interesantes para otros lectores.

Ambos intentos me llevan a una de las razones por las que elegí la historia que quería desarrollar en la Maestría. Quería contar la historia de un personaje real que me había interesado durante muchos años y que por conocer de cerca sería difícil falsear. Además era un personaje que se distanciaba lo suficiente de mí como para que fuera sencillo rastrear cualquier intromisión del autor. Quería también aprovechar la oportunidad y utilizar

herramientas del periodismo, que desconocía por completo, en la investigación y en la consecución de los detalles faltantes para hacer de mi personaje un personaje literario.

En este proceso he visto como mucho de lo sorpresivo que hay en la creación literaria se encuentra en esa búsqueda consciente y esforzada aunque los resultados difieran de los esperados al comienzo. Así he descubierto que sin importar que tan real sea la base de un personaje, siempre ha de pasar por la mente del escritor quien lo moldea, y finalmente lo transforma, para ajustarlo a los fines de la historia que pretende contar. Me di cuenta de que la historia del personaje por sí sola no contenía una esencia, un mensaje, como si lo hacían las reflexiones que la vida de esa persona habían generado en mí. Volviendo a la primera persona supe que necesitaba el contraste, la contraparte, y no salirme de mis zapatos para retratar fielmente a mi protagonista, para mostrar la ciudad que él me ha llevado a repensar y así, por fin, contar una historia con contenido. De esta manera pasé de la intención de simplemente escribir la historia desde Hache (mi personaje) a escribirla desde otro narrador más cercano a mí, esa primera persona moralista que reflexiona lo que conoce de la vida de Hache, de su propia vida, de la ciudad de Medellín y de su cultura. A esta decisión también ayudó el hecho de darme cuenta de que necesitaba alejarme del personaje y retocarlo para que fuera el que yo como escritor deseaba y no solo esa silueta real en la que estaba basado, de la que concluí que ya sabía lo que debía saber. Estoy seguro de que todo esto hace parte del camino para encontrar mi voz propia, mi estilo en la escritura. Aún no puedo decir que la primera persona lo sea, pero al menos sí que en este caso lo es. Por eso no quiero preocuparme, al menos no por ahora, de si puedo o no contar la vida con otra voz o verla con otros ojos o si es condición sine qua non del escritor el poder meterse bajo muchas

pieles y ser muchos además de sí. De momento solo puedo pensar en el actor que sin importar el papel que represente no deja de ser él mismo con más o menos maquillaje.

Quedan entonces otros aspectos importantes por exponer. Orientado en la voz narradora me pude concentrar en la historia que quería contar. Mi personaje, Hache, me sigue interesando tanto o más que al comienzo ya que conserva las razones de ser un personaje ambivalente, lleno de contradicciones, que no es del todo malo ni del todo bueno, pero que se ve irremediablemente atado a un destino trágico que cada vez me enseña más que es fruto de una ciudad (Medellín), de una cultura (la paisa), de una sociedad (la colombiana) y de una época especialmente violenta para las tres (las décadas transcurridas desde los años ochenta hasta el presente), y que contar su historia me permitiría reflexionar sobre algunos de los aspectos nocivos que esos tres elementos aportan a los individuos en la construcción de sus propias tragedias y, a la vez, sobre las posibles razones para que otros individuos en iguales condiciones logren escapar a ellas. Para esto quise conocer más sobre la cultura antioqueña y sobre la historia de Medellín particularmente. Inicié optando por miradas históricas y sociológicas en lugar de las literarias porque me pareció que estas últimas tendían a caer en el lugar común de la violencia, el sicariato y el narcotráfico, mientras lo que yo pretendía era entender un poco mejor el probable origen de los grupos marginales que son más víctimas que victimarios, más suicidas que asesinos, más consumidores que traficantes. Entre los textos consultados se encuentran “Vivir, sobrevivir, convivir en Medellín”, Ensayo sociológico publicado por la Universidad Pontificia Bolivariana; “Guía literaria de Medellín”, publicado por Aguilar; “El Parlache”, publicado por la Universidad de Antioquia; una monografía de Gloria Naranjo Giraldo de la corporación Región titulada “Medellín en zonas” y algunos textos de internet sobre las tribus urbanas y la cultura

"underground" en Colombia y especialmente en Medellín, ya que no encontré bibliografía impresa al respecto. En literatura, traté de revisar algunos libros que abordaban el mundo de los drogadictos como "Junkie" de William Burroughs, "Trainspotting" de Irvin Welsh y "Basketball diaries" de Jim Carroll. De las dos últimas también vi las adaptaciones al cine, del cual también obtuve algunas luces en la película "Sid y Nancy" sobre los últimos años de Sid Vicious, el descontrolado bajista de la legendaria banda de punk Sex Pistols, en la que encontré una imagen de la cultura punk en Inglaterra y sus similitudes con la versión colombiana. También, a medida que avanzaba en la escritura y comprendía que el gran problema de mi personaje era el alcohol y no las drogas, empecé a leer libros que abordan el tema del alcoholismo como "Bajo el Volcán" de Malcolm Lowry y, dentro de la misma cultura paisa, "Hildebrando" de Jorge Franco Vélez en el que encontré una valiosa fuente de reflexiones e información sobre el abuso de la bebida en Medellín años antes de la época en que transcurre mi historia. A este último libro he querido hacer homenaje a través de epígrafes y referencias al interior de mi novela por su valor histórico, literario y por el olvido en que han caído, sin merecerlo, tanto el libro como su autor.

Con todo, fue difícil encontrar un modelo que se acercara más a mi personaje y a sus características que lo hacen particular a pesar de que el mundo del consumo de drogas y alcohol comparte muchos rasgos comunes en cualquier parte del planeta. De muchos de los personajes reales y ficticios que pueblan estos textos se nutrió Hache, el real y el personaje de la novela, y se complementó con los datos que tenía de él y la imagen propia que me había formado. Para la manera de narrar el pasado y la amistad entre el narrador y Hache, me aportó el filme "Once upon a time in America", sugerida por mi tutor, y sobre el asunto de buscar las causas de la decadencia del protagonista en muchos lugares y posibilidades,

sin llegar a una conclusión, o al menos sin nombrarla explícitamente, otra sugerencia de mi tutor: “Los suicidas del fin del mundo” de Leila Guerriero.

Así, con base en un principio y un final pude construir lo que era para mí tal vez más importante, lo que iba en medio que es donde pensaba que debía ocurrir todo, donde se condensaba la historia de Hache y donde se debían mostrar los hechos que creía importantes en esa disección del personaje. Muy a propósito viene este término ya que con la excusa de realizar la autopsia al cadáver de Hache (parándome yo, autor-narrador, en un oficio que conozco bien) se da inicio a la novela, anticipando en cierta forma el final. El objetivo fue realizar esa autopsia escudriñando en los recuerdos y en la vida de Hache para encontrar las razones de su muerte sin siquiera tocar el cuerpo. Una especie de autopsia sicológica. Lo más difícil fue, usando esta misma metáfora, saber específicamente qué órganos se debían estudiar para no perderme en disecciones inútiles que nada aportaran al diagnóstico final. En este sentido tuve que ir depurando todas las historias que tenía de Hache para dejar solamente aquellas con una alta carga simbólica o que definían por sí mismas a este hombre con el que crecí y que se fue distanciando, consciente e inconscientemente, para encontrar su propio camino en las calles de la ciudad, en el alcohol, las drogas y la música estridente. Además, traté de encontrar las historias que transitan y dibujan la ciudad de Hache a la vez que fui escudriñando en mis recuerdos en busca de aquellos relacionados con la historia que conforman mi propia imagen de Medellín. Esta parte del proceso se vió enriquecida al introducir otras voces que cuentan historias de Hache y al mismo tiempo de la ciudad desde sus propias miradas. El reto en ellas fue dotar a cada una de verosimilitud, de su propio tono y lenguaje sin que, siendo la mayoría de ellas voces de calle o de esos mundos marginales, se volvieran monótonas o

indiferenciables. En la búsqueda de esas voces encontré a Eme, un personaje femenino cercano a Hache que apareció como la mejor solución para conocer de primera mano algo sobre sus últimos días. De esta manera cobró vida un tercer personaje, aunque en mucho era una personificación de la ciudad, que requirió de un pasado, un presente y un posible futuro, de una voz, de una fisonomía y una manera de actuar que la hiciera auténtica. Fue el mayor reto para mí en cuanto a lo que hablé de meterme en piel ajena y requirió un gran esfuerzo que, considero, rindió sus frutos.

En la combinación de todas esas voces es donde espero haber logrado la ciudad y la historia que quería escribir, así como en el proceso de corrección y rescritura espero haber logrado el pulimiento y la calidad que le dan el valor literario a una historia. Bien sé que ese proceso aún no termina y que en cada relectura sigo y seguiré encontrando cosas por cambiar o correcciones que hacer, y pienso que dentro de los aprendizajes obtenidos es muy importante el de disfrutar esta labor tanto o más que la misma escritura.

Quiero anotar también que escribir esta novela en la maestría ha distado mucho de ese proceso solitario e individual por el hecho de haberse realizado en compañía de los tutores y los compañeros, aunque la escritura en sí se hiciera en soledad. Tanto los primeros como los segundos aportaron activamente en la identificación y corrección de errores, en la solución de problemas de forma y de fondo, en ser los primeros lectores y en enseñar la importancia de tener lectores con criterio y, por supuesto, en el estímulo de encontrar palabras de aliento y comentarios sinceros que han ayudado a creer en nuestra vocación como escritores. Sé que seguiré escuchando todas esas voces y sus consejos en cada nuevo

proyecto que emprenda y cuando no pueda contar con ellos y deba ser mi propio crítico y corrector.

Así que:

Hay tres personajes principales, Hache, Jota (el narrador) y la ciudad, algunos personajes secundarios y muchos personajes invisibles que ayudaron en la construcción de los demás. El reto ha sido pintar fielmente las caras que pretendía mostrar de todos aunque esa pintura empiece con mis ojos y termine en mis zapatos.

Fuimos yo, mi, me y conmigo ellos.

"Así son las vidas de los hombres… luces que prenden y se apagan; unas fugaces y otras más durables; unas pálidas, como las de personas comunes y corrientes; otras resplandecientes, como las de los sabios, las de los santos, las de los artistas y las de los grandes guerreros"
Hildebrando. Jorge Franco Vélez.

"¡Y te pedía, oh Dios mío, que me liberaras del pecado y de la concupiscencia de la carne, pero sentía temor de que me escucharas demasiado pronto!"
San Agustín.

PRIMERA PARTE: AUTOPSIA.

Autopsia (Del griego, αὐτός /autós/ 'uno mismo' y ὄψις /opsis/ 'observar', significa por tanto 'ver por uno mismo'

07/03/2011. 06:00 a.m.

Estaba despierto antes de que la luz empezara a filtrarse por los bordes del tapasol, mucho antes de que el radio reloj empezara a emitir el silbido marciano de las ondas hertzianas vacilantes, interrumpidas por voces ininteligibles. El ruido se hizo cada vez más fuerte hasta que me levanté a apagar la alarma y traté de sintonizar mejor la emisora. La cuña radial decía sin demasiada entonación ni demasiado esfuerzo imaginativo por parte de sus creadores: ¡Cómo amaneció Medellín! ¡Cómo amaneció! En seguida el locutor dio inicio al programa:

- *Seis de la mañana y dos minutos en cómo amaneció Medellín. Con el patrocinio de Café Águila Roja, tomémonos un tinto, seamos amigos, Café Águila Roja. Tengan todos los oyentes muy buenos días en este comienzo de semana. Les habla Jorge Carrasquilla como todos los días por los 830 AM de Radio Reloj. Tenemos el reporte climático para hoy lunes siete de marzo de dos mil once con cielo despejado en la mañana y probabilidades de lluvias aisladas en horas de la tarde. Como es costumbre damos inicio con nuestro informe de Medicina Legal de las muertes del día de ayer y la madrugada de hoy. Se registraron hasta las cinco de la madrugada un total de diecinueve muertes violentas en la ciudad, tres por accidentes de transito, cuatro por arma blanca, seis muertes por arma de fuego, tres casos de causa aún por establecer y tres casos de posibles suicidios. La mayoría de estas muertes se siguen atribuyendo a la guerra entre bandas que se ha fortalecido en los últimos meses. La policía ha informado…*

Me dirigí al baño sin prestar más atención a la radio. Hoy llegaría temprano al trabajo por primera vez en mucho tiempo.

06:37 p.m.

Esta mañana llegué temprano a la morgue para encontrarme con Hache muerto. Llevo aquí sentado todo el día, en mi rincón favorito de Medicina Legal, recordándolo, leyendo en desorden cosas que sobre él tengo escritas en mi cuaderno, y escribiendo sobre este día y lo que me ha generado hallarlo en mi lugar de trabajo; preguntándome qué hizo que nos distanciáramos y, más aún, qué factores hicieron que sea él el que esté tendido en una mesa de necropsias y no yo, cuando nuestras vidas fueron paralelas por tantos años. También he estado oyendo las grabaciones de un casete que le di cuando vivía, intentando cambiar su destino que parecía irremediable. Todavía no me decido a ingresar a la morgue para llevar a cabo mi determinación. Ha sido un día extraño en el que también he revaluado mi propia vida. Y aún no acaba pero no quiero abandonar este rincón que me ofrece refugio.

Es un rincón con mesas plásticas que sirve de comedor para los funcionarios de Medicina Legal a la hora del almuerzo y que el resto del tiempo permanece solo, como yo bien sé por los años que llevo viniendo aquí a fumar, a leer o a escribir. Siempre me he preguntado por qué este espacio que se abarrota de gente peleándose las pocas mesas al medio día, es un rincón que parecen ignorar, e incluso rehuir, cuando terminan de devorar el arroz de sus portacomidas. La conclusión a la que he llegado es que le tienen miedo por ser un lugar oscuro (a la hora del almuerzo es: fresco) por las enredaderas que cubren las mallas metálicas del perímetro, que se extienden hasta el domo de Eternit que hace de techo, y porque linda con el cementerio Universal y su hedor y sus gallinazos rondando y sus aguas estancadas y sus perros desenterrando huesos y tripas de indigentes y ene enes. Por eso solo vienen en manada a la hora de almorzar y nunca nadie quiere terminar de último, lo cual es

bien extraño si tenemos en cuenta que son funcionarios de Medicina Legal y muchos de ellos trabajan con cadáveres. Tal vez sea el hecho de que el cementerio Universal ha sido el lugar donde entierran a los que nadie reclama, a los sin nombre, a los pordioseros y, en otra época, a los suicidas, a los ateos, a las prostitutas y a los excomulgados por la iglesia. Para colmo, en el tiempo en que estuvo sin muros y sin vigilancia, antes de remodelarlo, era lugar de realización de toda clase de rituales satánicos, brujería y sacrificios humanos y animales anacrónicos. Lo sé porque ese lugar me ha interesado y poder verlo desde aquí es, al contrario que para los demás, otra de sus ventajas. Para mí ha sido un escondite, un rincón sagrado en el que puedo aislarme para pensar y descansar unos segundos de la gente, del trabajo y del olor a formol, a sangre, a heces, a putrecina y cadaverina que llena la morgue, aunque lo remplazara por el olor de smog, alcantarilla y carroña que se mezcló por años antes de la remodelación. Aquí puedo estar sin ser molestado y lejos de la mirada acusadora de los jefes o los compañeros de trabajo.

Hoy no ha sido diferente.

Marzo 7 de 2011

I

Tuve que entrar a la sala de necropsias y verlo allí tendido sobre una de las mesas para poder creer que estaba muerto.

Leer su nombre en el archivo no fue suficiente. Sabía que era él. Con ese nombre, que tanto detestó en vida y que por respeto a su memoria no he de repetir, no había dos en esta ciudad. Pero es natural la negación y hacía tanto tiempo lo llamaba Hache que aquel nombre se me hizo por un instante igual de ajeno al de cualquiera de los otros cuerpos que en esta mañana despertaban a la muerte en camas de metal.

Podría decir que lo venía presintiendo, que llevaba varias noches soñando con él o que había estado pensando en él la última semana y recordando todos los momentos que pasé a su lado, pero sería mentira. Hacía mucho que cada uno transitaba sus propios caminos, que eran distantes, y yo había dejado de preocuparme cuando las noticias se hicieron rutinarias y ya toda la familia decía cada vez que se lo nombraba: E*s la mala yerba que nunca muere. Va a morir de viejo y de cansancio y nos va a matar a todos primero si seguimos sufriendo por él*. Yo no estaba muy de acuerdo con esas palabras desde que el mismo Hache me dijo hace unos años, sin lugar a dudas, que sabía que su muerte sería violenta, aunque nunca dejé de desear lo contrario.

No, realmente no pensaba en él desde hacía un par de meses cuando mi madre me contó (siempre era ella quien me traía las noticias de Hache como si entendiera mi preocupación

por él) que había tenido un altercado con un taxista al que, borracho, quería pagarle menos de lo que marcaba el taxímetro. Y ahora él aquí, precisamente cuando había dejado de temer, antes de cruzar la puerta de la sala, que lo encontraría esperándome como un te lo dije. Al verlo me fui llenando lentamente de su voz, de su risa seca y escasa, de su caminar largo con sube y bajas de carrusel, de su manera tímida de hablar con las personas cuando estaba sobrio y la arrastrada e imponente de cuando estaba borracho, incluso me llegó su olor, el del sudor que nunca se preocupó de ocultar y que probablemente no tenía nada de particular pero que a mí siempre me recordó el olor de los campesinos, de los agricultores, de los mayordomos de las fincas, un olor acumulado que absorbe, en una especie de mimesis, el olor del musgo y de la tierra, un olor que asemeja más al que queda en la mano cuando se acaricia un caballo después de una larga travesía. Ese olor me llegó de repente y pareció llenar toda la sala, superando el olor perenne del formol, el inamovible olor de la sangre (el mismo de las carnicerías), el hedor de la descomposición y la esencia misma de la muerte que es huésped permanente de este viejo edificio. El vacío se extendió con él. La saliva se tornó amarga y espesa, difícil de tragar, y el aire se resistía a ingresar en mis pulmones. Es lo más cercano que he estado al llanto en años. Pero no lloré. A Hache no le hubiera gustado.

Junio 21 de 2010.

LOS CAMINOS PARALELOS

Hoy me encontré con Hache en la casa de mi abuela donde la familia se reúne cada fin de semana desde que tengo conciencia. La concurrencia ha ido disminuyendo con los años pero siempre hay unos cuantos y en las fiestas reaparecen los que quedan y se les suman las nuevas generaciones. Hoy celebraban el día del padre. Supe de inmediato que Hache estaba sobrio porque hablaba sin levantar la mirada. Solo el licor logra espantar su timidez. Fui yo quien me acerqué a saludarlo cuando vi que llegaba de dar un paseo con su perra bulldog. Venía en su pinta dominguera que consistía en una camiseta estampada con el logo de alguno de los grupos de punk, hard core, metal o géneros intermedios que le gustaban, la mayoría de los cuales yo desconocía; pantaloneta bermuda y unos tenis que usaba sin medias. Diría que la pinta juvenil ocultaba su verdadera edad de no ser porque a pesar de su corte al ras, las entradas de su cabello han sido evidentes en él desde hace varios años. Normalmente, de toda esa gran familia de mi madre de catorce hermanos con no sé cuántos hijos y todavía más nietos, es con Hache con el único que me gusta conversar. No solo por el hecho de ser los únicos de nuestra generación que hemos alcanzado los treinta sin casarnos o tener hijos, sino porque siempre tiene cosas que contar y con él puedo hablar de libros, de cine y sobre todo de música. Hoy sin embargo no fue así. Cruzamos las preguntas que se hacen habitualmente cuando se lleva tiempo sin hablar y cuando intenté llevar la conversación a esos temas que nos han unido, me encontré con un muro. Que hacía tiempo no leía, me dijo, que cine solo el que pasaban por cable y no alcanzamos a llegar a la música porque me dijo que tenía resaca y que se iba a recostar un rato. La evasión fue clara, al igual que el hecho de que no quería que le preguntara por su vida como era mi

costumbre. Él sabía que nada quedaba oculto en esa familia de tías chismosas y tíos hipócritas que no preguntan directamente pero sí a sus mujeres apenas están a solas con ellas. Su vida es tema común y se ha vuelto la excusa perfecta para dejar de lado a los demás miembros y sus problemas. Todos reprueban su conducta como si fueran santos. Todos critican su manera de vestir, su manera de beber, su holgazanería y sus extrañas amistades. Es una oveja del rebaño que todos dan por perdida. Así ha sido por mucho tiempo pero eso nunca me ha importado y a él tampoco, al menos eso creía. Este día fue una comprobación de algo que venía presintiendo: nuestros caminos han alcanzado el punto máximo de separación y es irremediable. Con una persona que se siente discriminada por su propia familia no es difícil pasar a ser del otro bando. Me pregunto si tendrá que ver aquella carta que le escribí reflexionando sobre algunas de las historias que me ha contado de su vida y otras que averigüé por mi cuenta, sin juzgarlo pero con preocupación. Tal vez lo tomó a mal. La misma familia se ha encargado de darme la imagen de hombre respetable y de hacerla contraría a la suya aunque no sea así. Hache lo sabe pero debe estar cansado de que me pongan como ejemplo y el distanciamiento puede haber hecho que cambie de opinión respecto a mí. De alguna manera es mi culpa. Los últimos años me he alejado cada vez más con la excusa del estudio y el trabajo. No solo de Hache sino de toda la familia. Sé que a Hache le gustaría hacer lo mismo pero no puede. Vive en esa casa, en el ojo del huracán, sin posibilidad de escape. Yo mismo me hubiera resentido de haber estado en su posición. Si nuestros caminos fueron paralelos por tanto tiempo ¿Por qué son tan diferentes los destinos?

No elegimos la familia que nos toca y aunque a este azar podría atribuir los paralelismos iniciales, no podría usarlo como única justificación de que con el tiempo nuestros caminos se hayan vuelto perpendiculares.

Crecimos viviendo a la vuelta de la esquina. Él creció un poco en mi casa y yo un tanto más en la suya que era más grande. Él también era más grande (dos años), más sabio, una especie de gurú de la infancia. A donde él iba, yo iba. A lo que él jugara, yo jugaba. Sus amigos eran los míos. Sus risas las mías y sus rabias también. Los miedos tal vez no. Los miedos iban un poco aparte. Él miedoso, yo más. En eso lo superaba.

Belén San Bernardo se llama el barrio de nuestra niñez. Un barrio de callejones, de cuadras entrecortadas alrededor de la iglesia empotrada sobre los osarios. Eran tantos los osarios, como tantos eran los muertos cada día. Por eso el atrio era tan amplio que en él se hubiera podido jugar fútbol si el cura lo hubiera permitido y no nos sacara de las orejas cada vez que nos veía corriendo por allí.

Cuando pienso en ese tiempo me es inevitable divagar. Me viene a la memoria por ejemplo que ese cura no podía evitar que los loquitos, los mendigos, hicieran de ese espacio su resguardo en las noches y su baño público a cualquier hora. Cada vez que nuestros padres nos llevaban a misa se sentía el olor o se encontraba una prueba irrefutable en una esquina o, la peor desgracia, en la suela de los zapatos.

No recuerdo quien acuñó la frase. Creo que alguno de los más grandes como Coco o John. No sé si ya existía o si la inventamos en aquel barrio. Solo sé que la usábamos muy a

menudo. Cada vez que queríamos deshacernos de alguien o alejarlo simplemente le decíamos: ¡Váyase a cagar al atrio!

Incluso nuestros padres la usaban. Al menos recuerdo a mi tía diciéndole a Hache en más de una ocasión y con rabia: ¡Por qué no te vas a cagar al atrio más bien y me dejás en paz!

Todo el barrio olía a mierda, a decir verdad. Solo que en aquel tiempo en que todavía quedaban pastizales entre las cuadras y había flores en los jardines, solares en la parte trasera de las casas y frutales por doquier, el olor de la mierda, incluso el de la mierda humana, no era tan horrible. Era más el olor de la boñiga. Mierda y césped, césped y mierda.

Aunque me esfuerce no logro recordar un día lluvioso en aquellos años. Sol y la bóveda azul con escasas nubes blancas. Sol y el sonido de las carreras de los niños acompañando sus gritos y sus risas: ¡Un, dos, tres, por mí! ¡Un, dos, tres por Yeimi que está en el palo de mangos! ¡Quemó la olla, quemó la olla! ¡Ah, no, yo así no juego! ¡Ay juepucha me corté! ¡No diga groserías o le digo a su mamá!

Un sol inagotable que llegaba temprano y se iba tarde.

¿Era esa la eterna primavera?

Para nosotros lo era.

En el tiempo de los caminos paralelos no había invierno, no había oscuridad, no había maldad, al menos para mí. Todo era sol, todo primavera, todo era bueno.

Claro que John se aprovechaba de los más pequeños y nos quitaba con amenazas los globos que cogíamos en diciembre, claro que nos decían que no nos juntáramos con Coco porque robaba a los niños afuera del colegio, claro que la policía pasaba varias veces al día e invariablemente los que se mantenían en la esquina salían corriendo por los callejones apenas les gritaban ¡Viene la tomba! Claro que en muchas mañanas mi mamá y mi tía comentaban de los disparos de la noche anterior que nosotros nunca oíamos; claro que el cura cada vez hablaba más en sus sermones del preocupante aumento de los viciosos, mariguaneros y basuqueros en el barrio y del mal ejemplo que eran para los niños. Nada decía de las plazas de venta de droga porque sabía que en las fiestas patronales y en la semana santa Los Caciques eran los que mas colaboraban. Nada decía y nada podría haber dicho que nos robara la alegría. Nada de lo anterior lo hizo.

Ni siquiera el robo de mi primera bicicleta, la que tardó tanto en llegar, en un día de aquellos en que andábamos paralelos pero yo, que en aquel entonces era un chiquillo regordete, un poco relegado.

El ladrón me frenó agarrándome de la camiseta y me puso una lata oxidada en el cuello para hacerme bajar. Cuando grité ¡Hache! Ya el pillo emprendía la huida hacia el único camino seguro que era en dirección a donde Hache estaba. Pasó delante de él blandiendo la lata para que Hache no hiciera nada y no lo hizo, pero le sostuvo la mirada todo el tiempo. Cuando se volvió hacia mí había aún algo en ella que nunca antes había visto. La impotencia, la frustración, la ira. Apenas me vio, sacudió la cabeza como si quisiera sacar

algo de ella y agachó un poco los ojos mientras me preguntaba si estaba bien y yo lloraba mi pérdida a moco tendido.

En el camino de vuelta a casa, andando paralelos a lado y lado de una sola bicicleta, ya íbamos de nuevo alegres, recogiendo pomas, apedreando latas y lanzando maldiciones contra la rata que me dejó sin bicicleta.

- En verdad tenía cara de rata ese hijueputa (ya Hache decía malas palabras cuando estábamos solos), hasta los bigotes y los dientes. Seguro vive en una alcantarilla y se come la mierda que llega de los sanitarios.

Nos reímos mirando la canalización y los desagües que arrojaban agua negra y con olor a barrio.

CASETE HACHE. VOZ No.1

- *Yo empecé a salir con Hache cuando vos ya llevabas un par de años en medicina y yo estaba terminando el colegio. Que yo recuerde, en ese tiempo Hache no tenía otros amigos o apenas estaba empezando a caer a La Villa. Nos encontrábamos para tomar y salir a caminar, casi siempre desde Envigado como lo hacía con vos. Y era él el que hablaba casi todo el tiempo porque yo no había vivido nada. Lo mismo me hablaba de cuando le dio por ser campesino, de los malosos del Rincón, de grupos de Punk, de películas de mafiosos, de los Nazis, del stand up comedy, que de la familia o de revistas y películas porno. Me acuerdo que cuando ya estaba prendido, me contaba que le gustaría haber vivido en el oeste americano y que lo sacaran de los bares como muestran en las películas que lo hacían en ese lugar: arrojado a la arena, a través de las puertas de vaivén. A mí me tocó estar con él el día que quiso cumplir ese sueño. Ya veníamos tomando desde temprano y se nos había acabado la plata y nos metimos a un bar en la treinta y tres. Pedimos una jarra de cerveza y después otra. Cuando acabamos, Hache me dijo que saliera yo primero y que él me seguía. Después de un rato de haber salido me asomé porque no aparecía y vi que lo estaban golpeando los de seguridad del bar y le estaban dando duro porque él de lo borracho no podía defenderse ni soltarse. Por eso me fui a tratar de ayudarlo y también me dieron mi parte porque el mesero de una dijo que yo también estaba con él y que tampoco había pagado. Pero lo peor sí le tocó a él, fue el que más golpes recibió de los guardias y para colmo, mientras intentaba soltarse, le pegó una patada a un gamincito que estaba de curioso y cuando los guardias lo dejaron en el piso todo aporreado, el gamincito cogió un pedazo de ladrillo y se lo tiró en la cabeza. La suerte fue que no se lo pegó del todo, apenas lo rozó pero igual le hizo una herida. Yo me*

había logrado soltar antes y estaba intentando parar un taxi. Cuando por fin uno paró, tuve que arrastrar a Hache porque no se levantaba. Le di al taxista dos mil pesos que tenía en el bolsillo y le dije que nos llevara a la intermedia de Belén que quedaba cerquita. Cuando llegamos a urgencias ya Hache empezaba a volver en sí y me acuerdo que desde que lo subieron a la camilla no hacía más que repetir: ¡Doctor! Vea, tráteme bien y no se preocupe por la plata que yo soy amigo de Don Vito y de los Corleone…

Esto me lo contó mi hermano menor. Veterinario. Esta fue de hecho la segunda golpiza en la que se vio involucrado. La primera, estando también borracho, fue con un amigo suyo del colegio y nunca se supo quién los agredió. En esa le fue peor, quedó con media cara del tamaño de una sandía y le tumbaron un diente. Esa noche en el hospital supe que estaba metiendo coca. Nunca se envició, por suerte, e incluso después dejó el cigarrillo y ahora no toma muy frecuentemente. No ha dejado sin embargo lo que él llama darle a la cabeza, es decir, la marihuana, aunque también es solo de vez en cuando.

II

Lo que hice fue acercarme al sucio pizarrón a la entrada de la sala donde se anotan los números de cada caso, qué médico le está asignado y las hipótesis preliminares de la causa de muerte si se tiene una. Allí estaba ya anotado Hache sin asignación y con una posible causa de muerte como: "Por establecer". Mientras anotaba mi nombre al frente de su número, pensé que era extraño que no se tuviera una hipótesis de su causa de muerte. Por lo general con las muertes violentas hasta el vigilante de la entrada las reconoce e incluso se pronuncia sobre el elemento causal: *¡Eso es bala, vea como le dejaron el celebro!, ¡Ese tiene cara de machete, o algo parecido, otra cosa no corta así de un solo tajo!, ¡A ese lo cogieron de alfiletero, mire no más, llenito de chuzones!*- Con Hache no habían logrado hacer el diagnóstico de ojo.

Iba a ser mi función averiguar.

El dilema, que yo conozco muy bien pero que pasé por alto al escribir mi nombre frente al suyo, es que no está permitido realizarle la autopsia a familiares o a amigos, ni siquiera a conocidos. Pero él lleva mi segundo apellido detrás del primero suyo que yo no tengo por ningún lado. Puedo hacerlo sin que nadie sepa. Tengo que hacerlo. Se lo prometí. *–No quiero que nadie más me meta mano*- Me dijo.

Julio 13 de 2010.

EL CIRCO

Volví a casa de mi abuela Carmen con ganas de encontrar a Hache para comprobar el distanciamiento que sentí. La casa de mi abuela es una casa de tres pisos que bordea una quebrada en otra parte de Belén: El Barrio Granada. En el primer piso han vivido, desde que recuerdo, mi abuela y mi abuelo y allí se reciben las visitas; en el segundo vive el tío solterón, que creo que ya no saldrá de allí hasta que lo haga camino al cementerio, y una tía acondroplásica que ha dedicado su vida a cuidar de los viejos. El tercer piso de la casa se destina a recibir a aquellos de la familia que pasan por una mala racha. Casi todos los miembros de esa inmensa familia han vivido ahí al menos una temporada. Recién casados cuando apenas empiezan a conseguir, en las crisis económicas, luego del embargo o mientras se paga la deuda, en los divorcios mientras se arranca de nuevo. Pero los que más duraron allí fueron Hache y su familia.

La casa no siempre ha sido de tres pisos. Se han ido adicionando a medida que crece la familia como es común en aquellos barrios. Al mirarlas parecen casas construidas con fichas de Lego, Armatodo y Estralandia mezcladas, más pedazos extraídos de lo que se pueda pensar: piedra, latón, cemento, madera. Muy similares a las que un niño, como el que nosotros fuimos, construía en sus juegos usando la imaginación. Los fragmentos no encajan del todo bien y amenazan con venirse abajo a la menor sacudida, con derrumbarse directamente hacia la quebrada que lame sus cimientos en las crecidas. Allí, al lado del hedor, que para nosotros era tan familiar como el olor del chocolate caliente cuando caía la

tarde, han pasado tres generaciones y, salvo algunas costras de pintura que se han ido desprendiendo, la casa sigue igual.

Al llegar, después de los saludos rutinarios, subí las escaleras estrechas de baldosín amarillo y rojo como un ritual. Sabía que Hache no bajaría a menos que fuera absolutamente inevitable. Era el único camino de salida por lo que era imposible no cruzarse con los visitantes. Lo que encontré en el tercer piso fue el vacío. Dos habitaciones desniveladas de cemento crudo, de dos metros por dos metros cada una, donde solían vivir Hache, su hermana menor, los dos padres, un perro y un lorito que era el único con algo de privacidad en su jaula. Ahora no había nada. Salí a la terraza y observé la poceta sin agua, el sanitario y la ducha aislados por una cortina plástica llena de agujeros, y el tendedero, hecho de alambres sujetados al ladrillo por clavos oxidados, sin ropa. La cocina improvisada solía quedar en la habitación de los padres y Hache y su hermana dormían en un camarote en la otra habitación. Cada vez que venía me preguntaba cómo soportaban vivir así. Al bajar, me enteré de que hacía quince días se habían mudado a un pequeño apartamento en arriendo a unas cuadras de distancia, al que se habían sumado mi prima Mona, la hermana del medio, recién divorciada, y sus dos hijos. No podría decir si es un avance o un retroceso. Simplemente creo que están acostumbrados a vivir de esa manera que se me antoja un tanto circense.

Me estuve largo rato en ese espacio deshabitado del tercer piso. Se sentía extraño y desolado sin los gritos de mi tía, sin el olor a hacinamiento, a aceite de cocina quemado y a cobijas arrumadas y sudadas, sin el ruido intermitente de Hache sonándose los mocos. Sin el circo. Me senté en el cemento frío y desnivelado a escuchar el silencio unos minutos. Salí

de nuevo a la terraza a mirar por encima de la baranda de ladrillos hacia la quebrada y los eucaliptos que la bordean con sus eternos gallinazos como esfinges que ni nuestras resorteras, ni el rifle de copas de mi tío pudieron ahuyentar. De pequeños nos tenían prohibido acercarnos a ese muro que hoy se me antojó demasiado bajo e inútil. Allí pensé que tal vez la única diferencia entre la vida de Hache y la mía en aquellos días en que fuimos inseparables era el núcleo básico de la sociedad al que llaman familia. Sin importar donde vivieran, cada vez que entraba en su casa me parecía haber ingresado a un circo antes de la función.

Esa imagen la formé desde la casa de San Bernardo a la que solo le faltaba tener el piso cubierto de serrín.

Mientras miraba sin mirar a una señora que arrojaba dos bolsas de basura a la quebrada, me vino un recuerdo de cuando tenía alrededor de seis o siete años: El desorden. Lo primero que me hizo pensar en aquella casa como un circo fue el desorden. Siempre había ropa tirada por todos lados, zapatos bajo las camas y en los corredores, platos y vasos plásticos en los lugares más inesperados: sobre el televisor, bajo el nochero, incluso sobre el tanque del sanitario. En el patio siempre había colgadas al sol sabanas coloridas y colchas de retazos de las que hacía mi abuela. La cocina era un reguero de ollas que, a pesar de que ya hacía mucho que no se cocinaba con leña, siempre estaban negras por fuera y deformes como si constantemente las cogieran a patadas.

Muchas veces vi a Doña Margarita, la abuela que no era mía sino de ellos, delgada y encorvada como un chamizo, con escoba o trapeadora en mano intentando limpiar pero

creo que sus buenas intenciones no bastaban. Por el contrario parecía hacer parte del desorden. En medio de la algarabía era la que llevaba la peor parte y recibía la mayoría de los gritos: ¡Doña Margarita, suelte esa escoba que yo ahora barro pero vaya siéntese!, le gritaba mi tía. ¡Amá, que dejés eso ahí que no te podés agachar a recogerlo!, le decía su hijo mientras la tomaba del brazo llevándola para la sala. ¡Mamita, deme permiso que tengo que buscar los zapatos debajo de la cama, venga siéntese acá!, le decía Mona un poco más cariñosa. ¡Ah Doña Margarita no moleste y déjeme que a mí me gusta así sin planchar!, le decía Hache de mal genio. Era una presencia que solo extrañarían muchos años después cuando decidió morirse en silencio, como la recuerdo: Siempre anciana y siempre sin hablar. Las mismas arrugas, las mismas canas, los mismos pasos cortos y arrastrados, el mismo chal de lana azul sobre la cabeza. Parecía imposible que alguna vez hubiera sido joven. Era como si la muerte la hubiera olvidado en medio de aquel desorden.

Pero no era solo por el desorden que la casa era un circo. Todo el tiempo parecía haber una revolución gestándose en ella. Parecía que todos estaban en constante movimiento, de un lado a otro, de adentro para afuera y de afuera para adentro. Como en los circos en los que antes o después de la función, si puedes acercarte a mirar, verás gente alimentando a los animales, levantando o desmontando las carpas, arreglando los carros, bebiendo, fumando o dando órdenes. En esto último se encontraba por lo general mi tía, que hacía las veces de directora, hablando duro, hijueputiando a todo el mundo y también al mundo. Las malas palabras han sido parte importante de su vocabulario. Tenía esa figura de tonel con que relacionan frecuentemente a los presentadores de los circos y era quien llevaba los pantalones en la casa. No le faltaba más que la chistera y el bigote grueso enroscado en las puntas.

El esposo de mi tía es un hombrecito menos endeble que su madre, Doña Margarita, por la única razón de ser más joven. Tiene la piel oscura, rasgo que heredó Hache al igual que la calvicie. Por esa razón mi abuela no estuvo de acuerdo inicialmente con la relación. Aunque ella misma es de un moreno claro, decía que negro ni el café, ni el chocolate, ni el gato en el escaparate. Pero también en una frase de ella "lo quería tanto que no le veía carate" y finalmente se casaron. Él era el equivalente del pregonero del circo, el que anunciaba las funciones por las calles. Salía de la casa en las mañanas "a buscar trabajo" pero primero se detenía en la tienda de la esquina a tomarse un tinto (aunque ya se hubiera tomado uno antes de salir) y a conversar con el tendero. Después caminaba unas cuadras más hasta la taberna "la Milonguita", hogar de los sin oficio del barrio, o hasta la garita del lustrabotas cuando sus mocasines negros necesitaban una capa de betún que era casi todos los días. A la cuerina vieja no le pega bien el betún. En esos lugares podía pasar muchas horas arreglando el mundo, insultando a los políticos de turno, hablando de fútbol, admirando a las mujeres paseantes o todos a la vez mientras leía los periódicos del día. A las once y media estaba en casa para almorzar a las doce en punto, echarse una siesta y volver a salir a eso de las dos a repetir el tour matutino con escasas variaciones. En la tarde llegaba diciendo lo cansado que lo dejaba esa caminadera infructuosa. Es un hombre que ha dependido de mi tía desde que se casaron y cuyo acto más loable es haber pasado de fumar casi dos paquetes de cigarrillos al día a ninguno de un día para otro. Obviamente obligado por ella. Las únicas dos cualidades de él que se me viene a la cabeza son: que es un gran silbador que se la pasa silbando, y que sabe mucho de tangos. Del silbido hace un instrumento nítido que no desafina nunca y que puede alegrarle el día a quien se cruce en su camino. Incluso él mismo parece radiante cuando silba. El día más grande de su vida fue

aquel en el que usó sus dos cualidades y ganó un concurso de tangos silbados allá en La Milonga.

A Hache le correspondería ser el domador de leones o el faquir tragafuegos huraño o algo así. Mona era la hermosa bailarina, acróbata, asistente del mago y Naty, la menor, era en aquel entonces el payasito tierno. Doña Margarita era una atracción adicional, una estatua de cera que a ratos cobraba vida. Cuando los demás lo permitían.

Al volver de aquellos recuerdos salí de la terraza y en la puerta, con un poco de vértigo al sentirme ladeado como a punto de resbalar, eché una última mirada a aquel espacio que de chueco parecía diseñado por un arquitecto de escuela surrealista. Sé que adonde quiera que hayan ido llevan con ellos el circo. Ya Doña Margarita no está y algunos roles han cambiado pero persiste en esencia.

Hache, por ejemplo, se ha vuelto el payaso triste y ebrio, el mago al que no le salen los trucos, el sin oficio, al que no echan por ser de la familia, que termina cumpliendo tareas sin importancia como pasear al perro.

CASETE HACHE. VOZ No.2

- *No primo, con él ya no hay nada que hacer, ya nosotras nos echamos al dolor. Al menos Naty y yo porque vos sabés que mamá es mamá y mi mamá como que no se resigna. ¿Pero es que cómo no se va a resignar uno primo, después de verlo tirado a las seis de la mañana en una banca del parque del periodista como un indigente, todo sucio y hasta vomitado? Te juro primo que me puse a llorar y me tuve que parar yo misma porque ya iba derechito a despertarlo y a montarlo en un taxi para la casa pero no, él está muy viejo ya y tiene que aprender y si le seguimos alcahueteando todo, dándole la comida y el techo, pagándole los taxis cada que llega borracho y sin un peso, no va a tener cuando reaccionar. Es que vos porque no sabés nada, pero es tan vivo que, como la cafetería que yo tengo queda cerca de ese parque, a cada rato se aparece todo borracho para que le dé comida o para que le de plata para trago o para el taxi. No primo, yo ya no más y lo mismo le dije a Naty que es tan boba, que se estaba gastando el sueldito en ese descarado, se trasnocha esperándolo y hasta se ha venido con mi papá a buscarlo a ese parque cuando lleva más de dos días sin aparecer. Él ya ni me habla. No solo porque ya no lo dejo ni entrar a la cafetería, sino por una pelea que tuvimos un día que quería meter a la casa a dormir con él a esa viciosa con la que anda desde hace rato ¡Noooo! ¡No tiene cuándo! Casi me toca llamarle a la policía porque me iba a pegar y a mi mamá también, que porque éramos unas humillativas y unas hijuetantas, malpajummm. Vos sabés como es cuando le da por insultar, tiene la boca igual de sucia que mi mamá y eso entre los dos se cantan el rosario... ¡Hay primo! Yo no sabía siquiera si contarte porque es que da es pena y yo sé que vos querés mucho a Hache, pero es que ya está alcoholizado, alcoholizado. Como será que en estos días, un sábado por la mañana, nos pidió plata de a uno, que*

cualquier dos mil pesos, pero como sabíamos que era para trago, no le dimos y aunque insultó un rato, después se encerró en su pieza. Como a la hora, lo sentimos salir silbando y todo risueño, se bañó, se vistió y se fue. Nosotras quedamos como extrañadas y cuando vimos que iba lejos, entramos a la pieza y debajo de la almohada encontramos la botella vacía de alcohol antiséptico...

Esto me lo contó Mona, hermana de Hache, una semana antes de volver con su exmarido, el padre de sus dos hijos, con quien se casó a los dieciséis años, ya en embarazo, y de quien se había separado porque sufría de unos celos enfermizos, la maltrataba física y emocionalmente a ella y a los niños e incluso en una ocasión se apareció con una granada y amenazó con volarse él, y volarlos a todos con él, sin razón aparente. Valga decir que este personaje no se toma un trago ni es adicto a ninguna droga. La locura es inherente. Sin embargo, según mi prima, es difícil encontrar hombres buenos como él.

III

"Y descanso tan compuestamente
Ahora en mi cama,
Que cualquier espectador
Podría imaginar que estoy muerto,
Podría asustarse al mirarme,
Creyéndome muerto."
Para Annie. Edgar Allan Poe.

Repasé una y otra vez en mi cabeza esa estrofa del poema de Poe y unas líneas más: "*La angustia –la náusea- el despiadado dolor, han cesado con la fiebre que enloquece mi cerebro. Con la fiebre llamada <<vida>> que quemaba en mi cerebro."* Todo mientras estaba parado inmóvil al frente de la mesa número doce en la que Hache yacía como dormitando en la cama más cómoda en toda la tierra. En mi profesión es una frase de cajón el decir que los muertos casi siempre se ven tranquilos, como si las angustias hubieran abandonado a su cuerpo y la paz se hubiera instalado definitivamente. Yo mismo la he dicho en varias ocasiones cuando defiendo el gusto por un trabajo que la mayoría considera lúgubre. Mi postura es sincera y considero a la muerte el eterno descanso con que la nombra la iglesia católica aunque soy contrario a la creencia de que hay algo más allá. Preferiría que no. Y observando el cuerpo de Hache mucho más. Estoy acostumbrado a ver cadáveres en la morgue, de todo tipo: tan rígidos y tan lívidos que resulta imposible imaginar que alguna vez hubo vida en ellos; tan desfigurados que pierden cualquier rastro de humanidad; tan plácidos e inmaculados que producen la sensación de estar en el lugar equivocado, de haber errado el lugar de su reposo; cadáveres de mujeres que aún no pierden su belleza y te entristece pensar que ya nunca más alegrarán la vista de nadie con su andar; cadáveres de infantes que nunca deberían estar allí; cadáveres sucios, de mendigos, que cubren su figura esquelética con todas las llagas y las enfermedades que la piel puede

soportar; cadáveres obesos que demoran en enfriarse por la grasa que los cubre; cadáveres blancos y negros y mestizos, cadáveres unos que reflejan esa paz y otros angustia, tristeza e incluso terror. Aún así, me quedé inmóvil y apenas respirando frente a la mesa de Hache como si fuera el primer muerto que viera, observando la tranquilidad en el rostro de ese ser por demás atormentado en vida, marginado y sin sosiego. Según él mismo lo decía: incomprendido. Para mí un poco maldito. La imagen tenía algo artístico, cierta luz, los colores, no puedo explicarlo bien pero parecía un cuadro ya envejecido por el paso del tiempo, una pintura de muchos años en la que se ha eternizado la imagen de un cadáver igual de antiguo sobre una cama hecha especialmente para él, a su medida. Todo el conjunto, de tanto ser visto, de tanto exhibirse y de tan conocido, da la impresión de perpetuidad y de ícono invariable. Así se veía Hache, como si eternamente hubiera estado en esa mesa o como si a esa imagen la hubiera conocido y esperado toda mi vida. Toda la naturalidad en ella. Me llegué a preguntar incluso si tendría la fuerza para romper la armonía con mi bisturí…

- Doctor, aquí está la información de este caso y las pertenencias. Es esta bolsa con la mochila y aquí está la carpeta – Me dijo el disector que me ayuda en las necropsias.
- Gracias Nando.

Agosto 25 de 2010.

SIEMPRE QUISE SER UN GÁNSTER

Una noche en medio de una borrachera Hache me dijo que su película favorita era "Goodfellas" de Martín Scorsese y que lo que más le gustaba era la frase con que daba inicio: "Desde que tengo uso de razón siempre quise ser un gánster". Incluso me confesó que en varias ocasiones se le habían aguado los ojos cuando mataban a Tommy DeVito, el mafioso italiano representado por Joe Pesci.

Esa ha sido una de sus grandes aficiones, la historia de la mafia italiana, especialmente en los Estados Unidos. Aunque en una ciudad como Medellín no es difícil encontrar razones para ello, si es extraño encontrar a alguien que haya explorado tan exhaustivamente ese tema. Hasta nuestras últimas conversaciones ha tenido algo que decir al respecto y no se ha perdido un solo episodio de "Los Soprano".

Aquella charla la sostuvimos en la finca de un mafioso retirado, a la que fuimos invitados por azar, mientras caminábamos asombrados por los pasillos. Las paredes estaban adornadas por una especie de recuadros en tres dimensiones que enmarcaban diferentes escenas de la película Cara Cortada, la de Brian de Palma, a la vez que contenían réplicas de las armas usadas en la película. Obviamente no estaba la "pequeña amiga" de la escena final. El recorrido terminó, luego de atravesar las caballerizas y el bar – discoteca, en una habitación con una cama king size de caoba sostenida en cuatro columnas de estilo griego, talladas, que contrastaban con los sillones victorianos a los lados y el televisor plasma de cincuenta y dos pulgadas al frente. Después de esa visión no nos sorprendió encontrar al

lado de la tv, en un nochero más bien rústico, una colección de películas pornográficas y una edición de lujo de Cara Cortada.

La mafia ha estado allí. Al menos para nosotros que casi nacimos con su cenit en la ciudad y en el país. En el barrio había una plaza de venta de drogas a la vuelta de la casa de Hache, a una cuadra de mi casa. Era manejada por una familia a la que llamaban los Caciques. Eran los únicos ricos en un barrio humilde. No éramos lo que se dice pobres en ese entonces. Humildes sí, pero no pobres. Las cosas no eran tan difíciles y las familias se las arreglaban. Pero si se era ambicioso y se quería conseguir dinero rápido había que trabajar para Los Caciques. Nuestros padres nunca lo hicieron y se las supieron arreglar para no tener problemas por ello. Mi tía, que estaba en todo, ayudaba a organizar los eventos de la parroquia y sabía muy bien hacerse la de la vista gorda. Aún más, osaba ser la que pedía a los Caciques su colaboración que sabía jugosa. En cuanto a nosotros, simplemente nos decían: si ven que viene la policía se meten para la casa, si alguien saca una pistola se meten para la casa, si jugando se encuentran bolsitas como con harina o con cigarrillos o unos tarritos como los de los rollos de fotos ¡No los vayan a coger y se meten para la casa!

Cuando lo dijeron ya habíamos pateado, sin querer, varios de esos. Un instinto de supervivencia nos hacía dejarlos allí donde quedaban sin intentar siquiera regresarlos al lugar de donde habían salido que por lo general era la parte más frondosa de la hierba o el límite entre la acera de cemento y el pasto. En efecto, era en esos mismos tarritos negros en que venían los rollos de las cámaras donde guardaban las papeletas de basuco y los cigarrillos de marihuana que era lo que más se vendía en ese tiempo. El reinado de la cocaína se acercaba pero en las plazas locales, de barrio como esta, lo que se vendía era

marihuana y basuco. Desde muy pequeños aprendimos palabras como jíbaro, mula, vicioso, mariguanero, basuquero y a reconocer a los sujetos que designaba cada una. También al tombo, al sapo, al cascón, a los duros y a las ratas. Sabíamos cuando la cosa estaba "caliente", cuando iba a haber "tropel" y de cierta forma comprendíamos que cuando alguna persona del barrio no se volvía a ver de un día para otro era que lo habían "chuliado", asesinado, o lo habían "abierto", hacerlo marchar. Hache aprendió de los más grandes, yo aprendí de Hache.

Muchos de los niños de nuestra generación terminaron metidos con la droga. Coco empezó a consumir marihuana y a sembrar en el solar de su casa para no tener que comprar, y en poco tiempo estuvo vendiendo en las afueras de los mismos colegios en los que antes atracaba a los estudiantes que salían. Después ya no iba él sino que mandaba a otros más chicos. En el barrio también empezó a vender hasta que los Caciques se dieron cuenta y le mandaron la policía que lo tuvo en la cárcel de menores por varios años. De allí salió convertido en un verdadero criminal y se volvió sicario. Según me dijo Hache, fue él quien asesinó a varios de los Caciques cuando la competencia los empezó a eliminar. Otro niño de la cuadra, al que llamábamos Soldadito aunque no le gustaba, empezó llevando recados de los caciques y con ellos se envició a la marihuana, luego pasó a ser cobrador cuando ya era consumidor de basuco y en medio de sus "trabas" se le enfrentaba a un camión en movimiento. Se volvió tan violento que los Caciques no quisieron trabajar más con él porque los "boletiaba", los ponía en evidencia con su comportamiento. Así que Soldadito se puso a robar. En poco tiempo se regó la voz de que había matado a uno por robarle. Luego a otro. Se decía que lo estaban buscando. Sin embargo la muerte le llegó cuando agredió a uno más malo que lo llamó soldadito. John parecía haberse salvado. Supo manejar la

marihuana y nunca probó nada más. Fue ladroncito y peleador pero supo salir bien librado y retirarse a tiempo. Estudió química en la universidad. Llevaba tres meses de graduado sin conseguir empleo cuando uno que trabajó con los Caciques lo contactó para que dirigiera un laboratorio de procesamiento de coca. Aceptó con la condición de que solo sería temporal y que podría salirse cuando quisiera. Pobre iluso. Mientras estuvo allí, le llegaron propuestas de otros grupos más fuertes y él se negó. Se cree que por eso lo mataron cuando salía de una entrevista de trabajo en Palmolive.

A Hache no le faltaron ganas y en más de una ocasión vi a mi tía trayéndolo de las orejas de alguna esquina o de algún callejón. Fue la marcación cuerpo a cuerpo de mi tía la que le evitó la caída. Y el miedo. *Yo soy muy miedoso para eso,* me dijo alguna vez. Y como ya dije, si él era miedoso, yo era una completa gallina. El miedo ha salvado a muchos en Medellín, pero ahora me pregunto, ¿Para qué? ¿Para aplazar los hados?

- El ochenta por ciento de las personas con que crecimos están muertas- me dijo Hache, el estadístico de los datos inservibles, aquella noche cuando el exmafioso nos mandó a conseguir pólvora y Hache me llevó a San Bernardo, adonde no íbamos desde hacía varios años.

IV

Todavía faltaba al menos media hora para que empezaran a llegar los demás médicos así que tomé la carpeta con el acta de levantamiento del cadáver y la bolsa sellada con las pertenencias y me dirigí a la antesala que nos sirve de oficina por tener un par de mesas con computadoras y una greca. Me serví un café tan oscuro como lo daba la máquina. A esa hora es bastante oscuro porque aún no empiezan a diluirlo para que rinda. Después de servirlo me dirigí a mi casillero para endulzarlo un poco y luego di un gran trago aprobatorio antes de sentarme a revisar los papeles. Si algo ha tenido de particular este día para mí ha sido el haber llegado tan temprano. Desperté antes de que sonara la alarma, sin sueño y sin motivo aparente, cuando lo habitual es que la apago varias veces antes de decidirme a pisar el suelo frío. Pensé en aprovechar este percance para ser el primero en llegar y escogerme un caso sencillo, un balazo en la cabeza en una riña, por ejemplo, o una puñalada única al corazón, y tal vez salir un poco antes para variar. Como habitualmente llego entre los últimos, me tocan los casos más complejos la mayoría de días. Los descompuestos, los descuartizados, las muertes sin causa aparente o por establecer, los que presentan signos de tortura, los polibaleados en los que hay que hacer coincidir los orificios de entrada con los de salida o, en su defecto, los de entrada sin salida con el número de proyectiles encontrados en el cuerpo. A veces simplemente una cabeza o una mano sin el resto. Alguna vez encontré sobre la mesa un pene y un par de huevos para autopsiar. ¿Qué se podía decir de un pene y un par de huevos? ¿Raza mestiza, estatura promedio? ¿No hay signos de varicocele ni enfermedad venérea macroscópica? O poniéndonos más científico-literarios: presenta un corte nítido desde la base del tronco, sin presencia de raíz. No es

seguro que su propietario haya fallecido por la amputación, como no sea desangrado o de pena moral. ¡Jajajaja!

Es extraño lo que genera la tristeza y la amargura. No suelo exhibir este humor negro y esta frialdad con mi oficio. Creo que mi cabeza intenta evadirse, con tanto café que he tomado, para no ver algún sentido metafísico entre mi despertar anómalo y el tener a Hache del otro lado del muro. Simplemente, conmigo eso de que al que madruga Dios le ayuda no funciona. Al contrario. Ese solo hecho podría haber generado sospechas en el resto de mis compañeros funcionarios públicos. Ninguno de ellos concibe que alguien llegue temprano y escoja una muerte de causa por establecer. Si me hubieran preguntado, tendría que haber dicho algo como que Hache era un "recomendado" y que la jefa me había llamado temprano para "recomendármelo" a mí. No sería raro. Me odia. El sentimiento es mutuo. Ella lo sabe. Por eso hace lo que puede para sobrecargarme de trabajo o simplemente fastidiarme con tareas anodinas. El problema es que nadie hubiera creído que Hache, con su pinta de fulanito de tal, con su cara de cualquier Gil, con su camiseta negra con estampado estridente, sus jeans negros y sucios y sus bota "Grulla" de obrero, era un "recomendado". ¡Qué país de mierda este en el que hasta entre los muertos hay recomendados! ¿Y para qué le podría servir a un muerto ser recomendado? ¿Para que le hagan la autopsia de primero y no se descomponga mucho antes de ser enterrado? ¿Para que le pongan una bonita causa de muerte? ¿Para que le hagan una necropsia con todo incluido, cinco estrellas, platinum, V.I.P.? En tal caso, tendrían que explicarme en qué consiste porque hasta ahora nunca he visto que en la morgue se le haga manicura, pedicura o tratamiento exfoliante a ningún cadáver.

De nuevo el humor amargo y sin sentido.

Volvamos a esta mañana. Estoy dilatando este instante y retardando el momento de empezar con Hache. Igual que este café que ya se enfrió.

La excusa es que la jefa, madrugadora habitual, me cogió mal parqueado esta mañana y, muy amablemente, me asignó el primer caso por establecer que encontró. Igual ninguno iría a preguntarle por qué me asignaban el trabajo más difícil a mí y no a ellos.

CASETE HACHE. VOZ No.3

- *¡Ay Jotica por Dios! Yo qué te digo... Ese es un descarado que ya no tiene componedero. Yo me he cansado de orarle a Dios para que ese indio recapacite pero nada. Es que si él no pone de su parte mi Dios no tiene cómo ayudarlo. Nosotros hemos hecho lo humano y lo divino Jotica, no crea que se lo dejamos todo al de arriba. No sé si te contaron que una vez le trajimos un psicólogo que nos recomendaron porque hace eso que muestran en la parabólica que hacen con los drogadictos en los Estados Unidos, ¿cómo es que se llama eso?, que se reúne a todos los familiares y conocidos para decirle a la persona que le van a ayudar a que salga del vicio... ¿Itervenshon? Bueno, eso. Le pagamos a ese señor un montón de plata y vino hasta acá y nos reunió con él y le dijo de frente que tenía dos opciones, que o cambiaba o se iba de la casa. Y ese asolapado todo mancitico dijo que sí, que él iba a cambiar y mentira que eso no le duró nada y nosotros no teníamos pa´ seguirle pagando a ese señor cada que este hijueperra incumpla... perdoname Jotica, yo tan grosera pero es que ¡Me hace dar una rabia!... Como a los tres meses después de eso nosotros creímos que mi diosito nos había hecho el milagro porque le empezaron como unos ataques todos miedosos con taticardia y tembladera, se ponía todo pálido y todo sudoroso y empezaba a respirar como si lo hubiera estado persiguiendo el diablo y nosotros corrimos con él para urgencias como en dos o tres veces, pero los exámenes le salían bien. La tensión un poquito alta pero no más. Que pánico dijo un psiquiatra que lo vio y le mandó una droga pero él no se la tomaba que porque eso lo embobaba, que él las conocía, que eso eran ¿Ruedas? Yo no sé cómo es que le dicen a esas pepas con las que se traban. En todo caso no se las tomó y seguía a ratos bien y a ratos como medio loco, pero lo bueno fue que en ese tiempo dejó de beber, como que le daba miedo que fuera el trago lo*

que le producía eso y nosotros felices, dando gracias. Pero nooooo, Jotica, yo metí la pata. Uno que es mamá a fin de cuentas y que es como bobo y yo viéndolo tan aburrido, ahí tirado en una cama nada más que viendo televisión y sin bañarse siquiera y me dio por decirle que tomara "florcetina", no, ¿cómo es que se llama? A la primera que le mandaron eso cuando estuvo medio loca fue a su tía Flor entonces ahí en la casa todas le decimos florcetina y todas la hemos tomado por cuenta de nosotras mismas cuando nos da la pendejada y la lloradera y el nerviosismo... La cosa fue que me puse de boba a decirle que por qué no se tomaba unas florcetinas a ver si eso le daba ánimos y ¡Cómo es que me hace caso y eso fue santo remedio! ¡Cual Santo! ¡Maldingo remedio! Como en dos semanas ya era otro y ahí mismito cogió pa´ la calle y ¡Vuelve Cristo a padecer! Como si nada. Nunca más le dieron los tales ataques y cada vez que se siente mal se toma unas florcetinas sin siquiera parar el trago. Vea Jotica, no hay día en que yo no me de golpes de pecho por haberle dado eso, no hay día en que no le pida perdón a Dios... pero también, qué se gana con llorar sobre el agua derramada... ¡Y qué fuera la primera vez que termino poniéndolo en manos del vicio otra vez! Pero no. Ya me había pasado antes, cuando recién se le acabó el trabajo en La Anticuaria que lo veía tan aburrido, sin hacer nada como cuando se salió de estudiar, después de que llevaba varios años trabajando medio juicioso. A mí me daba pesar pero tampoco quería darle plata así no más porque sabía que se la iba a gastar en trago y de pronto se acostumbraba a tenerla así sin esfuerzo y tampoco. Por esos días a mí me habían regalado una caja de unos jueguitos de aretes y cadena de plata, de Yanbal, lo más de queriditos, para que rifara en esos eventos de caridad de la iglesia, pero yo apenas los vi me hice la boba y les repartí a todas ahí en la casa, a tu mamá también le tocó... y cómo es que le entrego unos jueguitos a este sinvergüenza que pa´que vendiera y se hiciera unos pesos y el muy descarado se llevaba de a uno o de a dos, apenas para el trago del día,

y ponía a cualquiera de sus amigos desocupados del centro a que fuera y lo vendiera o lo empeñara y el pago era que lo dejaba tomar del trago que compraran con lo que consiguieran. Te digo pues Jotica que con eso tuvo como para un mes de estar bebiendo diario ¡Diario! Y es tan descarado que aún así llegaba a pedir plata para el taxi o para más trago, y si no le dábamos, nos insultaba... Es que, perdoname Jotica, ¡pero es un hijueperra! Eso nos ha intentado pegar a todos, a Oto, a la Mona, ¡Hasta a Naty que es la única que lo defiende! Y quiere hacer lo que le da la gana, llegar a cualquier hora y traer a sus mocitas como si esto fuera un prostíbulo ¡Ah! ¿Cómo te parece? Por eso fue que nos decidimos a gastar el último cartucho y nos pusimos, su prima Chila, que es tan recorrida, y yo, a escribirle una carta como si se la hubieran mandado los de las Convivir de aquí del barrio por los escándalos que ha hecho en la calle y por lo borracho que se mantiene y los viciosos con que se junta. Le pusimos que si no se componía se tenía que ir del barrio o que si no, él sabía muy bien lo que le pasaba, lo salían del barrio a las malas y con los pies pa´delante... Él al principio como que sí se la creyó y estuvo juicioso unas semanitas y si tomaba llegaba temprano y se acostaba sin poner problema. Pero el que es malo es malo, Jotica, y no escarmienta. Al tiempo empezó otra vez con la misma vida y nosotros diciéndole que lo iban a matar y él ¡Pues que me maten! ¡De algo nos tenemos que morir! ¡Bastante se alegrarían ustedes partida de hijueputas humillativas! ¡Así se libran de mí!... Así nos dice... es que... ay no, Jotica... vos sabés como soy de llorona... me parte el alma... yo no me merezco esto... Espíritu Santo... Ilumíname... que camino coger... ay no... dejá así... no te preocupés...

Esto me lo contó mi tía, la mamá de Hache, la directora del circo. No toma, no fuma y nunca ha conocido una droga más que en la figura de los viciosos de las esquinas. Sus

únicos vicios son la comida grasosa, el chisme y la religión en que la bautizaron. Por la comida es tan gorda como la gran mayoría de mis tías maternas, como vendedora del palacio del colesterol del estadio diría Hache; por el chisme ha peleado alguna vez con cada miembro de esa numerosa familia; y por la religión se gasta cada tanto un dineral, del poco que con tanto esfuerzo logran conseguir entre todos, sin contar a Hache, en peregrinaciones, jubileos, encuentros, retiros y grupos de oración.

Diciembre 16 de 2009.

CIUDAD DE… HACHE

Salimos de la casa de mis padres en Envigado: *cuna del mafioso más famoso de la historia, del filósofo más original que ha dado el país, de una pintora que se adelantó a su época y del cantante de reguetón colombiano más reconocido en la actualidad. Son ellos*, decía Hache mientras caminábamos tomando cerveza, *Pablo Escobar Gaviria, Fernando González Ochoa, Débora Arango y yei Balvin. Así de diverso es este pueblo*, dijo antes de soltar esa risa muda suya, con los gestos en la cara pero sin sonido, seca, tímida como él, una risa difícil. Estaba especialmente proclive a sus estadísticas inútiles. Cuando llegamos al parque principal estaba ya hablando de que el Valle de Aburrá podía dividirse según las drogas que más se consumían en cada zona. *Envigado queda por fuera*, me dijo, *en Envigado han estado siempre las oficinas, los mandamases, es la parte administrativa. También se vende y se consume pero al escondido. Pablo limpió Envigado de los viciosos para que se viera como el pueblo más sano y más bonito de toda el área metropolitana. Por eso no se ven y no se puede consumir por ahí, ni siquiera tomar trago. Por eso nos vamos*. Al continuar el camino, cruzamos el pasaje de la alcaldía, iluminado de faroles y focos de colores navideños por esta época, que es un callejón de bares pequeños y mal iluminados en los que suenan baladas y salsa romántica y en los que se regocijan las parejas en el anonimato de la oscuridad. Al cruzar, Hache no podía dejar de decir: *¿Te acordás cuando en este callejón se mantenían los punkis? Este punto llegó a ser famoso. Hace unos años se reunían más acá que en el centro. Antes duró mucho, como seis meses, porque ¡Tanto descontrol en pleno pasaje de la alcaldía! Pero por algún lado sale lo de la limpieza. La policía los sacó a la fuerza. Hubo un montón de gente encanada de los que yo*

conozco y me contaron que en celdas siguieron la rumba y el descontrol, cantando y pogueando en ese espacio tan pequeñito. Los tuvieron que soltar al otro día porque no se los aguantaban. ¡Ja! Ahora ya ni en el parque dejan beber.

Compramos cerveza en lata para una larga caminada. Estaba temprano, aún no había anochecido cuando cruzamos los límites con Medellín. *Yo a El Poblado casi no vengo*, venía diciendo Hache, *con vos y con tu hermano es que he venido a algunos conciertos de punk en bares por estos lados. Es muy elitista para mi gusto. Esto es para la gente de plata. Aunque como cosa rara entre los punks, que son trashumantes porque de todas partes los echan, también el parque del Poblado fue un tiempo el parque más punk de Medellín, como en el noventa y nueve o dos mil. Los parques son a los punkis lo que la mierda a las moscas* – De nuevo la risa seca- *Desde que haya licoreras alrededor, puede ser un buen parche*… (Yo empecé a imaginarlos realmente como moscas, acercándose al parque, inicialmente unas pocas, llegando hasta las licoreras a preguntar los precios y luego volviendo a transmitir su mensaje de alas y zumbidos ebrios a otras más, hasta que, sin que nadie se dé cuenta cómo, tienen invadido el lugar) *Incluso si al principio no hay plazas de droga*,- Continuó Hache- *al principio cada uno trae lo suyo y después se riega la bola y aparecen los expendedores a aprovechar el mierdero. Lo más gracioso era que no dejaba de ser de otro estrato. Por esa época se puso de moda el "Neo-punk" y empezaron a salir un montón de banditas de niñitos de plata que querían jugar a ser punkeros. Más de uno se quedó ahí. Los que se engancharon con alguna droga o con el trago. Para la mayoría sí fue solo moda. En ese tiempo se conseguía de todo pero en este sector es donde se usan y se venden a las que les dicen drogas de diseñador* – lo dijo torciendo la boca y poniendo un tono chillón como unas comillas burlonas. *Tengo una parcera del centro que vende éxtasis y*

anfetaminas a muchos riquillos de por estos lados. Esos terrenos si son pantanosos para mí, yo de eso no sé mucho. De Belén para allá esas drogas no se ven casi. Yo no sé dónde las consigue esa vieja. Creo que se las mandan de la USA o algo así. La cosa es que eso no se produce por acá. Esas no se encuentran en el barrio Antioquia.

Seguimos caminando, tomando cerveza y hablando de todo hasta llegar al aeropuerto Olaya Herrera y de allí salimos a la ochenta para tomar luego la setenta.

El barrio Antioquia, continuó cuando ya íbamos llegando allí, *es el eslabón más bajo en la cadena alimenticia de las drogas*- de nuevo la boca torcida- *es la plaza de mercado, aquí se consigue lo que sea, menos hache, heroína, y esas que te dije. O bueno, si se deben conseguir pero para los que las reparten. Todo el barrio es una plaza y se consigue al menudeo y al por mayor. Vive lleno de viciosos y toda la policía está comprada. Por eso no joden y también hay mucho sopladero. Allá vivía Yeni, la que fue novia mía, de la que te conté en estos días. Solo había entrado un par de veces antes de conocerla y no he vuelto por allá desde que terminamos. Es una calentura. Un triángulo de las Bermudas. Muchos de los que entran no vuelven a salir. Por eso no vamos a entrar, más bien nos vamos por la ochenta hasta La Mota.*

Al llegar a La Mota compramos media botella de ron en una de tantas licoreras que intercalan sus anuncios luminosos con los de los puestos de comida rápida que pululan por todo el paseo comercial. Nos metimos hasta la parte de atrás donde encontramos dos grupitos de jóvenes sentados en la hierba de la pequeña meseta a la que llaman la media torta. Aún con la cara contraída por el primer trago siguió diciendo: *La Mota se ha vuelto*

muy hippie, mucho artesano, mucha paz y amor y mucho culicagadito bien que quiere probar. Aquí se mete más pepas y marihuana… y chorro, también se toma mucho chorro. Aquí la gente es más relajada, menos paranoica. Se puede tomar y meter tranquilo pero toca estar siempre pendiente de la policía que jode mucho. No hay casi tropeles. Es hasta aburridor, no hay emoción. Casi siempre vengo cuando apenas empiezo a salir con una nena, para probarla, para irle midiendo el aceite.

Yo que llevaba tanto tiempo de no vivir en Belén, solo podía pensar en que ese había sido uno de los primeros pasajes comerciales de la ciudad, ahora llena de ellos, adonde uno iba con su pinta dominguera a comerse un helado, a gastar en los videojuegos o a cine. De los pocos lugares a los que nos dejaban ir sin la compañía de un adulto por lo seguro. La ciudad era ya otra y ni me había enterado. Ya los conjuntos residenciales, acompañados de sus "malls", no eran sinónimo de riqueza y mucho menos de seguridad. Ese espejismo se hizo realidad y luego pesadilla.

- *Sírvase el otro y pegamos para La Villa que esto está muy muerto* – dijo Hache sacándome de mis pensamientos.

Camino de La Villa, por la carrera setenta y seis, pasamos por la estación de policía de Belén, el F2, frente a los Barrios de Jesús que Hache no podía dejar pasar como buen expositor. Interrumpió la charla que traíamos sobre el resurgimiento del movimiento punk en Medellín para decir: *Aquí en los Barrios de Jesús queda una de las últimas plazas de venta de basuco de todo Belén y una de las más viejas. Siempre la ha manejado el mismo viejo que todavía vive. Él no es vicioso, por eso ha durado. Quién sabe cuántas generaciones de viciosos habrán pasado y muerto por esa plaza. Hasta una de las hijas del*

viejo, que le salió viciosa. Pero murió allá en el barrio Antioquia. No le gustaba que el papá la viera en esas. ¡Qué ironía! ¡Pura justicia poética! Dije yo. *Ya no se ve tanto basuquero*, continuó Hache, *se han muerto o los han limpiado o se habrán ido para otras partes. ¿Te acordás que Harly y Gloria pintaban con brea la cerca afuera de la casa de la mamita Carmen para que no se recostaran los basuqueros que se mantenían fumando ahí al pie de la quebrada? Ya eso no se volvió a ver. Uno que otro mariguanerito que no falta.*

El centro Comercial La Villa de Aburrá, La Villa, es una herradura de cemento bordeada por bares, restaurantes y licoreras que se llenan de gente desde la caída de la tarde. Era ya de noche cuando dimos de frente con la algarabía de los jóvenes ebrios y algunos drogados. Alcancé a ver varios grupos en los que destacaban las crestas de colores de los punks, otros en los que todos vestían del mismo negro que coloreaba sus ojos, sus labios y sus uñas y aún otros en los que todos llevaban pantalones muy anchos y caídos, camisetas anchas llenas de estampados, zapatos ostentosos de colores brillantes sin amarrar y gorras de los equipos de béisbol de los Estados Unidos puestas sobre pañoletas amarradas al estilo de los cantantes de Hip Hop. Ante ese colorido y esa algarabía a Hache se le iluminaron los ojos y me pidió otro trago de ron. A medida que nos internábamos en el gentío Hache iba saludando a diestra y siniestra sin distinción y todos respondían con euforia a su saludo. *¡El Hache, El H.C.!* Le gritaban algunos. *¡Qué hubo perdido!* Le decían otros e incluso hubo un jovencillo de ojos rojos y mirada extraviada que le hizo una reverencia y le dijo con voz enredada: *¡Hache, gurú, maestro!*

Hache sonreía y devolvía los saludos con insultos cariñosos antes de terminar diciéndome: *¡Manada de hijueputas! Acá no se puede confiar en nadie. Cualquiera te da la puñalada marranera al menor descuido. Por eso es que ahora me mantengo en El Periodista. Me estaba calentando muy feo en este parche. En una locura me metí a defender a una nena*

que el novio estaba cascando y terminé chuzando al man mientras la nena me daba patadas por pegarle al novio. Así son las viejas. Me tocó perderme y dejar de salir por varios meses. La Villa es el sitio más descontrolado de todos. Aquí se mete mucha coca, perico, y mucho licor. Mucha agresividad, mucha intolerancia, mucho aguante, mucho tropel, muchas armas, mucha sangre. Pille, aquellos dos de allá, el de chaqueta negra y el de camiseta del nacional, viven amurados por perico y viven sin plata, pendientes de los nuevos para bautizarlos. A todo el que llega nuevo a La Villa lo atracan, lo bautizan, a menos que esté bien respaldado… Esa chiquitina brincona en todo el centro de la plaza, la del pelo rosado, ahí quien la ve tan "hello-kitty" y ¡Es más mala y más viciosa! El papá es de la policía o del ejército y más de una vez se ha aparecido con armas o con balas que vende para comprar droga. Obviamente ella anda enfierrada pero el de ella es legal. Se lo compró el papá pa´ que no le vaya a pasar nada por ahí en la calle. Apuesto a que con ese mismo fierro la van a pelar a ella. Aquí nadie se salva. La cocaína los vuelve a todos paranoicos, acelerados. De nada han servido las redadas ni los muertos que han habido. Se están dando muy duro, se están tirando a matarse ellos mismos. Aquí todos me conocen y me respetan porque creen que fui de los primeros punk, del tiempo del punk medallo. Y como conozco a todos esos viejos de la primera época nadie lo duda. Son un montón de jovenzuelos, culicagados, el que más tiene tendrá dieciocho. Todos se creen inmortales y viven sin miedo al peligro. Lo mejor que he hecho es no haber vuelto. Sigamos que no quiero problemas.

De nuevo yo no podía ver otra cosa que La Villa de mi niñez, a la que íbamos con nuestras madres que nos veían sentarnos en las palas de los eternos paleadores del monumento al trabajo y correr de arriba para abajo en la extensa zona verde que lo rodea. Al decir esto,

cualquiera podría pensar que me fui a otra ciudad, o incluso a otro país, pero no. Simplemente mis lugares eran otros y algunos de ellos se encontraban en mi interior. Ese proceso se ha acentuado y de no ser por mi trabajo poco sabría de lo que ocurre en el mundo, incluso en el inmediato.

Cuando nos fuimos acercando al centro ya íbamos por la segunda media de ron y estábamos chispeados. Yo esperaba la desconexión de Hache en cualquier momento, que perdiera el hilo de su discurso como le solía suceder cada vez con menos cantidad de alcohol, pero creo que la caminada le hacía bien. Pensé que cuando estaba solo, o con sus amigos, deambular debía ser una parte importante de la rutina y por eso no amanecía tirado en una banca de parque o en una acera, casi nunca. Eso creo. Al menos era una posible explicación que me daba a mí mismo porque cuando lo había visto desconectarse me había tocado cargarlo para no dejarlo allí semiinconsciente. Era una semiinconsciencia el estado en que lo dejaba el alcohol. Se desmadejaba hasta no poder caminar. Desviaba la mirada a un punto inexistente del espacio y arqueaba las cejas hacia abajo mientras escupía al suelo una y otra vez. No hablaba o hablaba unas pocas palabras ininteligibles mezcladas con insultos y amenazas. Pero parecía que mientras siguiéramos caminando, y yo controlara la intermitencia de los tragos, no sucedería. Para espaciarlos, le hablaba de temas en los que sabía que se extendería. Como íbamos bajando por la avenida San Juan y nos acercábamos a La Alpujarra, que en las noches es un atracadero, Hache sacó su navaja y la abrió para llevarla así a la vista de cualquiera. *Así no nos atracan,* me dijo. Solo la escondía de los policías, a los que detectaba mucho antes que yo. Internándonos en el centro de la ciudad, hablamos de las películas de Spike Lee, de Oliver Stone, de Tarantino y, obviamente, de Martin Scorsese; hablamos de Burroughs, de Kerouac, de Bukowsky y nos quedamos buen

rato hablando de Crash, el libro de JG Ballard y su versión fílmica, y lo llamativo que resultaba ese fetiche de los autos, la velocidad, la sangre y el metal; Hache me habló del psychobilly, del rockabilly, del hard rock y pasó abruptamente a exponer su teoría de que él había sido un pionero del stand up comedy en Colombia porque cuando el humor colombiano todavía giraba alrededor de los chistes del tipo: había una vez un paisa, un costeño y un bogotano, él ya hacía reír hablando de la cotidianidad. Estoy de acuerdo con esa teoría.

Así llegamos por fin al centro del centro, al Parque del Periodista. El que se había convertido en el segundo hogar de Hache desde hacía unos años. Es un espacio triangular en una esquina, frente a un par de bares que más parecen garajes adaptados. Por ser tan pequeño la gente parecía un tumulto ruidoso, una congregación. En los rostros se veía que eran personas de nuestra edad o mayores, mezclados con otros más jóvenes pero no tanto como los que habíamos visto en La Villa. También era una fauna variopinta de todas las tendencias del momento: punkeros, metaleros, raperos, cangris, hippies, vagos, indefinidos y misceláneos. Una gran nube de humo cubría el espacio y el suelo estaba cubierto de botellas y latas vacías, vasos desechables y colillas de cigarrillo. El aire olía a marihuana a pesar de tres policías que conversaban al finalizar el parque mirando de cuando en cuando que nada se estuviera saliendo de control.

En la base del triángulo se encuentra el busto de Manuel del Socorro Rodríguez, padre del periodismo en Colombia, dijo Hache con un habla que ya empezaba a arrastrarse, *por eso se le conoce como parque del periodista o para los que somos de planta como yo, cariñosamente, el perio. Todavía hay quienes le dicen el guanabano por uno de los bares*

que, según dicen, se llama así porque le crecía un guanabano pequeño ahí en la marquesina. Ese tronquito que se ve ahí, pille, lo cortaron. Aquí en el parque del periodista se tira de todo pero principalmente pepas, marihuana, alcohol y rock and roll. Nuevamente lanzó su risa muda pero esta vez con los gestos exagerados por los efectos del alcohol. *Ja, puro rock and roll, puro H.C., puro Hard Core. Es calmado. Nadie se mete con nadie. Hay lesbianas, homosexuales, bisexuales, travestis, transgeneristas, mariguaneros, periqueros, peperos y hasta heroinómanos. Alcohólicos si somos casi todos. Pero nos respetamos. Cada cual en su cuento. Por eso se ha vuelto mi meca. Cualquier día y a cualquier hora hay con quien parchar. No tiene horarios, no se cierra, eso sí, desde que alguno tenga trago porque los bares y las tiendas si cierran. Igual tenemos la licorera oficial, a unas cuatro o cinco cuadras, donde nos venden trago contrabandiao a cualquier hora. Y hasta acá me trajo el bus. Más para el norte yo no voy mucho. A la Universidad de Antioquia cuando hay conciertos o a Carlos E., detrás de la nacional, cuando me invitan. ¡Pura marihuana! ¡Esos universitarios son pura marihuana! Y las comunas... eso no es Medellín. Las comunas son otra ciudad.*

Por las historias que Hache me había contado en otras ocasiones sentí que nos había faltado recorrer el barrio invisible, el parque que no existe, la plaza flotante, el metedero ausente, la ciudad hache, la de la heroína. Los que se inyectan (se chutan) son más trashumantes, más invisibles, más escondidos. No existen plazas de heroína, al menos no en el sentido tradicional de la plaza (Eso me había dicho Hache, al igual que todo lo que sé sobre el tema). Por eso la venta de "Hache" es igual de trashumante. Los que conocen tienen varios números de celular a los que deben llamar según el día de la semana y, sin ningún tipo de presentación, pedir la cantidad que se desea diciendo: *¡Hey, necesito que me prestés diez*

mil pesos! O veinte o lo que sea. Si no tienen tus datos te dan algún punto de entrega con los nombres cambiados y te los tienes que saber o nunca vas a recibir la droga. Un tubo de ensayo con heroína de mala calidad, mezclada con aspirina o mejoral según Hache, al que le dicen "misil", es suficiente para cuatro chutes, cuatro inyectadas, y vale diez mil pesos.

- *¡Qué miedo esa hijueputa!*- dijo Hache botando babas en la p y en la t- *Y qué, ¿Se acabó el trago? Entonces se acabaron las clases también. Ya era hora. Que habladera de mierda. Vamos por una botella más bien. Ron Jamaica es más barato.*

Estaba todavía pensando en esa extraña división que daba Hache a la ciudad de todos sus días, a nuestra ciudad, cuando lo escuché nombrar el Ron Jamaica, el "yo me mato solo", y me invadió el vértigo de inmediato. La noche estaba joven, estábamos a kilómetros de nuestras casas y yo era lego en los bajos fondos. Caminando detrás de Hache hacia la licorera me di la bendición, más como acto reflejo que por pío, sin que él lo notara. Con Hache solo existía el presente.

En el presente de ese día yo estaba seguro de que a Hache lo había perdido definitivamente el consumo de alguna de esas drogas que había mencionado. Alguna vez se lo pregunté y con esa manera suya, única en la capacidad de dar respuestas inverosímiles, me dijo que había probado casi todo pero que no se quedaba en ninguna "por complicado". *¿Cómo así?* le pregunté desconcertado y me dijo: "*Parce, la marihuana qué seca tan hijueputa y quién se aguanta esa sed que no se pasa con nada; el perico me quita el sueño que de por sí tengo bien frágil; las pepas qué agüevamiento, no le dura a uno nada la noche porque se emborracha de una, esas para cuando uno no tiene plata y se quiere emborrachar como*

sea, con media de cualquier cosa y unas pepas queda listo; y la hache, esa sí no la he probado ¡Qué miedo!

La razón de mi temor era que muchas de las historias que me había contado en los últimos encuentros, de las personas con quienes se la pasaba, giraban alrededor de ese tema, de la heroína sobre todo. Solo tiempo después me di cuenta que la hache de Hache era en definitiva la intermedia del alcohol.

CASETE HACHE. VOZ No.4

- *Parcero, usted sabe cómo estimo yo a su primo y que él y yo nos hemos entendido en la música y hasta hemos farriado juntos pero yo le digo que ese man ya está muy frito. Antes, por ejemplo, llegaba sobrio a los conciertos y era de los que se sabía todas las canciones y se las pogueaba de principio a fin. Uno sabía que, de todas formas, cuando acabara se iba a emborrachar pero, como por respeto con la música, no se tomaba el primer trago hasta que la última banda se bajara de la tarima. En los conciertos de nosotros nunca lo llegué a ver borracho, era uno de los seguidores más fieles. No se perdía toque. Por eso me dio tanta tristeza verlo casi sin poder sostenerse en pie en el último concierto. Estaba perdido en la borrachera, tomando un trago que viene en un envase como de mayonesa, babeando, insultando a todo el que se le cruzaba. Yo no sé cómo no lo cascaban. Será que ya lo conocen y por eso se lo aguantan porque no creo que lo cuiden los amigos. Esa gente con la que anda se mantiene igual de putiada, o hasta más porque he visto varios que se chutan heroína. Yo no sé si Hache meterá de eso, eso sí no me consta. Pero da igual. Con lo que sea está muy tostado. Siempre habla de lo mismo, cuenta las mismas historias y no se acuerda que ya me las ha contado varias veces. Ya ni se acuerda de libros que yo sé que ha leído porque alguna vez hablamos de ellos. Ya ni de música habla. Siempre es: qué borrachera tal día, qué loquera tal otro, que este man no metió pa´l chorro, que tomate uno, que esta es mera garganta, que aquel es muy pepo, que aquella huele mucho, que a la otra le gusta el cagado y también se chuza pero ¡está más buena!, que bebimos tres días seguidos, que me la paso viendo porno por Internet, y la mezcla: ¡No hay nada mejor que ver porno por Internet borracho! Te lo digo Jota, a ese man lo*

perdimos. En una de esas loquizas va y se encuentra con el que nunca llega la víspera y lo pela. ¡En Medallo, parce! ¡Antes mucha gracia que todavía la esté contando!

Esto me lo dijo El Calvo, vocalista de una banda de Hard Core, actor de la extinta Escuela Popular de Arte de Medellín. Andaba en bicicleta para todos lados, odiaba el reguetón, a los jipis, el cigarrillo y las drogas, pero decía que no concebía la vida sin licor y que desconfiaba de los abstemios. Bebía frecuentemente y, aunque lo hacía de manera pausada, por lo general terminaba en unas borracheras en las que lo veía uno curveando en su bicicleta en ángulos imposibles por las avenidas. Nadie entendía cómo llegaba sano y salvo a su casa o cómo nunca le robaban la bicicleta que era fina. El Calvo fue asesinado en una de esas borracheras por un pastor cristiano y abstemio que le descargó una pistola de choques eléctricos por más tiempo del recomendado. La razón para que la usara fue que se asustó al verlo venir con su pinta de punketo, lleno de tatuajes y aretes, con manillas y cinturón de taches, botas altas y pantalón roto, cuando él solo iba a disculparse porque en una de sus curvas había rozado la portezuela de la 4x4 del pastor con la cicla y la había rayado.

V

Unos agentes lo hallaron tendido boca arriba en una banca del "parque del periodista" a las tres de la madrugada. Al intentar despertarlo, creyéndolo borracho, lo encontraron frío y al parecer sin respiración. De su boca salía una baba espumosa, ya seca en algunas partes de la cara, y bajo la banca, a la altura de la cabeza, había vomito con coágulos de sangre entre restos de comida. No vieron huellas de violencia excepto la sangre en el suelo. Todas sus pertenencias parecían estar allí: una mochila negra y una pequeña grabadora de pilas que aún se esforzaba por arrastrar la cinta de un casete con unos pocos watts de fuerza. Había bastante gente pero al preguntar, nadie estaba con él y nadie lo conocía. Lo habitual en la ciudad, lo habitual en la noche. Lo subieron a la patrulla tomando la mochila y olvidando la grabadora que fue recogida por uno de pelos parados segundos después de que arrancaron. Lo trasladaron al Hospital San Vicente de Paúl donde, al igual que acá, el vigilante de la entrada les dijo lo que ya sabían: *Ese bandoneón no más milonga.* A la pequeña sala al lado de urgencias, donde llevaban a los muertos, llegaron los investigadores a hacer el levantamiento. Otros volvieron al parque y recogieron algunas de las botellas que se encontraban junto a la banca para analizar su contenido. Interrogaron de nuevo a algunos de esos muchachos de miradas perdidas con las mismas respuestas. No insistieron. Tampoco importaba demasiado. Así al menos lo imagino yo.

Los informes mucho más escuetos dicen: *se encuentra individuo sexo masculino en banca del parque "el periodista", se informa al Cuerpo Técnico de Investigación, se traslada a las inmediaciones de la Policlínica con las pertenencias encontradas. Allí se confirma el deceso y se espera el levantamiento.*

Y el del CTI: *Nos hicimos presentes a las cero tres cuarenta en urgencias del Hospital San Vicente de Paúl donde encontramos, acorde a lo informado por la policía, el cuerpo sin vida de un individuo sexo masculino, mestizo, de un metro sesenta y ocho de estatura, que portaba documento de identidad número… con nombre… y edad documental de treinta y tres años. No se observan huellas externas de violencia. Se traslada a Medicina Legal y se hace presencia en la escena primaria para búsqueda de elementos materia de prueba y a la vez indagar por posibles testigos e información adicional.*

Agosto 28 de 2010.

PERDER EL AÑO

No hay que ser genio para darse cuenta que cuando esculcamos los recuerdos es en busca de algo. En los míos encuentro esa infancia paralela con Hache y el distanciamiento posterior. Pero lo que busco es el cuándo, el cómo y el por qué. No logro entender qué circunstancias nos han separado tanto. Decisiones, canta Rubén Blades, pero ¿qué nos lleva a tomarlas? Muchas de las más "importantes" en mi vida las tomé a una edad en la que realmente no tenía una conciencia clara de las consecuencias e influenciado por las presiones de los padres. Tal vez por eso intenté buscar en los de Hache alguna luz pero sé sin lugar a dudas que a pesar de lo diferente que puedan ser de los míos, sus presiones eran las mismas, sus deseos para nosotros han sido siempre los mismos y mis padres influyeron por mucho tiempo en la educación de Hache, igual que los suyos en la mía. Se repartían la educación según el tiempo que pasáramos en cada casa. Por eso no creo que allí se encuentren las razones. Al menos no todas.

Hache y yo estudiamos en el mismo colegio lasallista toda la primaria y los dos éramos buenos estudiantes. Incluso Hache más que yo. Si no recuerdo mal, él tuvo más medallas, menciones de honor, izadas de bandera y esas cosas. No era rebelde, ni especialmente dado a las travesuras o a desobedecer. Siempre tuvo un carácter fuerte y era malgeniado pero no a un nivel que ocasionara problemas. Recuerdo por ejemplo que cuando jugábamos con muñecos no le gustaba que nos interrumpieran y nos encerrábamos en una habitación a la que nadie osaba ingresar so pena de ser expulsado a gritos. Solo de vez en cuando permitía la entrada de Naty o de mi hermano menor con la condición de que jugaran aparte con los muñecos que nosotros no estuviéramos usando. Lo recuerdo porque jugamos con muñecos

hasta una edad en la que muy pocos lo hacen y en la que hoy en día ya llevan varios años de ser tomados por adolescentes.

Con la gran familia (en las reuniones familiares) Hache siempre se mostraba tímido e incluso retraído, mientras yo era un poco más desenvuelto. Por fuera, en las calles, la ecuación se invertía y era yo quien callaba. Creo que era un instinto de supervivencia que ya se desarrollaba en él y en mí aún dormía.

Por ser mayor, Hache pasó primero a la secundaria y es allí donde recuerdo los primeros signos de cambio. Su rendimiento empezó a decaer y me hablaba de algunos compañeros que eran repitentes, que habían perdido el año, mayores que ambos, y que castigaban frecuentemente. Hache perdió ese año pero yo no notaba nada raro en él. Al siguiente, los dos cursábamos primero de bachillerato pero en diferentes salones. En el colegio siempre habíamos sido distantes lo cual no era extraño. Él estaba con sus compañeros de curso y yo con los míos. Las cosas no cambiaron entre los dos pero creo que a Hache, cambiar de compañeros sí lo afectó. Sus únicos amigos parecían ser los que estaban repitiendo igual que él. Uno en especial que repetía por segunda vez y que por estar ya entrando en la edad del acné, apodaban Viruela. A él fue al primero que le vi una camiseta de Metallica con la calavera dorada estampada debajo del logo. Después Hache tuvo una y después yo.

Por fuera del colegio seguíamos igual. Hache nunca fue de salir con los compañeros del colegio. Comenzamos los dos a explorar el Heavy Metal y a vestir un poco más oscuro, a regrabar cuanto casete encontrábamos mal puesto y andar con el pelo más desordenado. Nada que no estuvieran haciendo al mismo tiempo la gran mayoría de jóvenes de nuestra

edad. No está allí tampoco una razón valedera para lo que vendría. Solo puedo decir que Hache le había perdido el gusto al estudio. Aprobó ese año a duras penas pero al siguiente decidió salirse del colegio y quedarse en su casa. Tampoco quería trabajar ni tener dinero, simplemente no quería seguir estudiando. Obviamente mi tía le puso problema, lo regañó hasta el cansancio, hasta lo amenazó con echarlo de la casa pero nada sirvió. Que era por un tiempo, decía Hache, que iba a buscar otro colegio, pero no fue así. Tampoco se le podría echar la culpa a Viruela. Una vez mi primo salió del colegio, nunca se le volvió a ver con él.

Perder el año en Medellín significa fracasar sin remedio, no tener oportunidad ante algún evento. Si uno se descuida y le roban el almuerzo: perdió el año por despistado, nada que hacer. Si en la calle a uno lo atraca otro más grande o armado, no hay chance, ya perdió el año. Entre los narcos y los sicarios, si te daban la oportunidad de demostrar tu valía, tu viveza o tu maldad y la desaprovechabas o las cosas salían mal, lo siento pero perdiste el año. Ese significado refleja la trascendencia que tenía el hecho de perder un año en las familias que querían que sus hijos estudiaran, en una época en la que todavía para muchos era un lujo que a duras penas podían costear. Muchas veces era suficiente para que los mismos padres le dijeran: *no boto más plata en usted, póngase a trabajar mejor y colabore en la casa*. Para muchos significaba el inicio de una vida mediocre. Esto no es del todo cierto y sé que existen muchas personas exitosas que perdieron años, una o más veces, e incluso muchos que nunca terminaron el colegio, pero también sé que en Medellín, entre los que perdieron años, y más aún entre los que dejaron el colegio, hubo muchos que se fueron por los malos caminos en esos años ochenta en que el narcotráfico, la delincuencia común y el sicariato estaban reclutando jóvenes para sus filas. Hache no fue uno de ellos.

Para Hache tal vez no significó tanto perder el año como para su familia. Tal vez significó más el rechazó que sintió de su parte y de todos los demás familiares. Se me ocurre que desde entonces quiso enseñarlos a todos a no esperar nada de él para no volver a defraudarlos. No me incluyo porque a mí no me defraudó y creo que muchas veces se lo dejé claro. Para mí seguía siendo el mismo estuviera o no en el colegio y aún continuamos muy unidos por ese tiempo que estuvo sin hacer nada y que yo llamo la etapa contracorriente.

VI

Un vómito con sangre al lado del cuerpo no aporta mucho para orientar en una posible causa de muerte. Un sangrado intestinal puede originarse de muchas maneras diferentes. Puede deberse a una úlcera gástrica por el consumo crónico e inmoderado de alcohol (un suicidio lento y a largo plazo) o por otra serie de enfermedades que son clasificadas como causas de muerte natural. Una ulcera perforada puede llevar a la muerte en cuestión de minutos a unas pocas horas. También existen muchas sustancias tóxicas que tomadas de manera voluntaria (suicidio premeditado) pueden generar hemorragias intestinales, gástricas o esofágicas. Los traumas, accidentales o causados dolosamente por terceros, son otra de las causas que se deben descartar en un caso de muerte en estudio o de causa por establecer. En cualquiera de los casos, incluso en los que podrían llevar a clasificarla como una muerte natural, los padecimientos, que sé que ocurrieron antes de que el corazón dejara de latir, no permiten que saque de mi cabeza la frase “muerte violenta”. Sé que es algo irracional que no me facilita en nada el trabajo pero esas palabras de Hache son más poderosas que todos mis conocimientos médicos juntos.

Agosto 29 de 2010.

CONTRACORRIENTE

Pelear a la contra como el viejo Bukowsky no me ha parecido muy descabellado y por el contrario lo veo como algo bueno la mayoría del tiempo, aunque no siempre lo ponga en práctica. En el caso de Hache, tengo la hipótesis de que esa actitud le salvó el pellejo por varios años.

Por la época en que Hache dejó el colegio, mi familia y yo habíamos dejado San Bernardo para irnos a vivir a un mejor barrio cerca al Estadio y él y su familia habían hecho lo mismo pero se mudaron a un conjunto cerrado de los que empezaban a construirse por toda la ciudad. El conjunto quedaba en otro barrio de Belén llamado El Rincón que tenía fama de peligroso pero las altas vallas metálicas coronadas de alambre de púas creaban la ilusión de seguridad. A pesar de la distancia, nuestras familias seguían igual de cercanas y gran parte de mi adolescencia la pasé en aquel conjunto, ya que mi nuevo barrio parecía ser habitado solo por ancianos y no se veía un niño jugando ni barras de jóvenes en las esquinas.

Recuerdo que al llegar a aquel conjunto chocamos con que la mayoría de jóvenes de nuestra edad parecían mucho más "maduros" que nosotros. No jugaban a las canicas, ni a las escondidas, ni mucho menos con muñecos. Ya les interesaban las mujeres y algunos incluso tenían novia. A pesar de mi timidez social, la curiosidad me empezó a invadir. A Hache no. Al menos eso aparentaba.

La etapa contracorriente fue un tiempo en el que Hache empezó a mostrar sus singularidades. Cuando era el tiempo de las barras de amigos, de la música de las emisoras y los bailes de garaje, Hache, sin razón aparente, empezó a vestir con ruana y sombrero, con botas de caucho y machete al cinto como los campesinos antioqueños. Alguna vez, mucho tiempo después, en una de nuestras charlas habituales, le pregunté si le gustaría haber vivido una vida diferente a la que había llevado hasta entonces y sin dudar me contestó que le habría gustado vivir en el campo, llevar una vida montañera "*pero sin los actores del conflicto"*, me dijo literalmente, refiriéndose a la guerrilla, los paramilitares y el ejército que desde que teníamos conciencia estaban en guerra en los montes de toda Colombia. En aquellos días, Hache tuvo su espejismo de esa vida y nunca supe qué lo condujo a ello. Se encargaba de cuidar el jardín de su casa, el más florido del conjunto, tenía un par de conejos a los que sacaba crías que vendía no sé en dónde, se pasaba horas en la garita de los vigilantes del conjunto, como si fuera uno más de ellos, y se sabía la música de carrilera, los boleros, tangos y sones que escuchaban todo el día en la "Radio Paisa". También se quedaba tardes enteras hablando con doña Margarita sobre el Medellín de antaño, ese que solo era lo que ahora se conoce como el centro, cuando todos los demás barrios eran como veredas de las que se salía en buses de escalera o en mula. Le gustaba ir con su padre a las plazas de mercado donde encontraba a otros ataviados de la misma forma que él.

Digo que este tiempo contracorriente le salvó el pellejo porque a pesar de las vallas, la influencia del barrio que empezaba al salir de la portería, era notoria en el interior. Afuera, El Rincón, era una especie de favela de callejones estrechos en los que se vendía y consumía droga, cuna de ladrones y de sicarios, de prostitutas y cuanto malandro se pueda

imaginar. Algunos de los niños y jóvenes del conjunto nos vimos incluso extorsionados por niños y jóvenes de afuera. Digo "nos vimos" porque durante varios años del final de la niñez y principios de la adolescencia mi madre nos llevó religiosamente cada fin de semana a mi hermano y a mí a aquel lugar donde podíamos tener amigos. Y enemigos. A través de la valla nos amenazaban los de afuera buscando un paquete de "Chitos", unas monedas o incluso algún muñeco de los que nunca habrían tenido. Pero no a Hache. A Hache lo veían como un vigilante más, como si fuera un adulto y lo dejaban quieto, no se metían con él. No era una amenaza pero tampoco era otro de los chiquillos inocentes, de un estrato un poco más alto, que habitaban el conjunto. No por eso dejó de ser testigo de todo lo que ocurría afuera. Al contrario, su disfraz le permitió mezclarse, ser de los primeros en saber todos los detalles, a la par de los vigilantes. Incluso ellos mismos lo buscaban cuando algo sucedía. Una balacera, un asesinato, una pelea, una redada de la policía. Hache estaba ahí tomando nota mental. Aprendiendo de ese mundo que era la razón de que nuestros padres lucharan y trabajaran para que nunca lo tuviéramos que vivir. Si en su vida privada seguía escuchando Heavy Metal o el punk que estaba ganando adeptos, no me consta pero no lo dudo porque cuando esta etapa llegó a su fin, Hache estaba incluso más al día que los que todo el tiempo habían aparentado ser seguidores. Creo que su interés, un poco inconsciente al principio, ha sido conocer los mundos marginales, ya por moda o al contrario por desuso pero relegados, incluso mal vistos. Por eso no resulta tan extraño que el estudioso de los géneros más desconocidos y "underground" del rock, fuera en otro tiempo un remedo de arriero.

Otra de las razones por las que afirmo que su machete y su ruana lo protegieron es el hecho de que en esa edad en la que ya muchos empezábamos a ceder a las presiones de grupo y

empezábamos a coquetear con el trago, algunos con el cigarrillo e incluso con las drogas, Hache se mantuvo limpio. Miraba incluso con cierta burla y desprecio a los demás jóvenes que sentían haber encontrado en el licor un elixir, como si él ya hubiera pasado por ahí, como si fuera juego de niños. Era un viejo en el cuerpo de un joven aunque cuando nos juntábamos por fuera de ese pequeño mundo siguiera siendo el mismo y nos divirtiéramos con sus conocimientos de aprendiz de campesino. En el conjunto nunca participó de los grupos de nuestra edad en los que yo intentaba encajar aunque tampoco lo lograba del todo por la timidez. Pero lo intentaba y sentía que ese era mi lugar. Podría pensarse que esa diferencia entre Hache y yo produjo un alejamiento pero no. Era como el colegio en el que simplemente él se juntaba con los suyos y yo con los míos.

Yo seguía mirándolo y seguía con interés, y algo de admiración, sus actitudes y cambios. No recuerdo exactamente cuánto tiempo le duró esa fase pero sé que fue suficiente para que saliera ileso de El Rincón. De allí se fueron a vivir a casa de mi abuela por culpa del dinero que cada vez era más difícil de conseguir.

VII

Quiero seguir aplazando el momento de volver a pararme frente al cuerpo de Hache. Otra taza de café, y otro viaje al casillero. Cuando Nando me entregó la bolsa de las evidencias, despegué con cuidado la cinta roja con que venía sellada, como si fuera la primera vez que lo hiciera. Habitualmente la rajo con la punta de un bolígrafo para después tirar con violencia en cualquier dirección. Tal vez fue porque no me sentía destapando un paquete de evidencias sino ingresando en el baúl de las obras inéditas de Pessoa, en el cajón del escritorio en un apartamento abandonado por Bukowsky, en un legado que Hache dejó expresamente para mí. En ella estaba su mochila raída, llena de tantos parches con logos de bandas como la chaqueta que traía puesta, emitiendo un aroma que, al igual que aquel aroma equino que ya describí, hubiera podido llevar a un perro tras la pista de un Hache fugitivo. Al menos del Hache que antes de morir llevaba como una década con el mismo estilo de vida. Me refiero al olor del alcohol que lo rodeó todo ese tiempo. Con solo abrir la bolsa pude sentir el olor a alcohol y a bilis, que de seguro había impregnado la tela, y a mugre, un poco a chicha, a jugo rancio, a queso de muchos días. Eso nunca lo pondría en un informe de necropsia y mucho menos de esa manera, aunque debería hacerse así. Fueron mis sensaciones más profundas y nítidas, mi sensibilidad exaltada por razones ajenas al oficio o incluso a mis capacidades sensoriales. Tal vez se equivocaron los maestros en eso de que es malo tener motivaciones personales, tal vez sí se necesite más que la razón para alcanzar mayores profundidades en la indagación, en la pesquisa, en la deducción, en el análisis. Sentí en mí la capacidad de ser Sherlock Holmes por el tiempo que durara mi trabajo con Hache. No solo con el olor, podría saborear de ser necesario, o enviar unas fibras al laboratorio o pasar la mochila por unas luces forenses. Pero no. No es que me

hubiera convertido de un momento a otro en un superforense por el solo hecho de conocer a la víctima (en caso de que en realidad fuera una víctima y que de verdad la conociera) sino que imaginé de antemano lo que iba a encontrar allí. Conocer a una persona de toda la vida no significa conocerlo del todo, ni siquiera bastante, pero era Hache.

Enero 21 de 2010.

CON HACHE INTERMEDIA

"Yo les digo francamente
que no alcanzo a comprender,
qué llegaremos a hacer
sin este vicio inocente;
porque creo firmemente
que este pueblo sin licor,
será un fuego sin calor,
especie de sol sin luz,
un Santo Cristo sin cruz,
una madre sin amor"
Canto al alcohol. Manuel Donato Navarro.

Hace poco recordé una velada en la taberna de Don Emilio, una que queda cerquita al parque de Belén, donde a veces me encontraba con Hache para hablar y tomarnos uno que otro trago. Nos sentíamos bien entre viejos y en esos lugares que olían a mejores tiempos. Esa noche habíamos quedado de vernos allí y mientras lo esperaba empecé a tomar aguardiente con Don Emilio y Don Pepe, un borrachito reconocido del sector. Fue más o menos así:

- El alcohol ha sido desde siempre una peste para el pueblo antioqueño y para toda Colombia- Dije yo mientras me empujaba como el quinto o sexto aguardiente.
- ¡Ya va a empezar a hablar mal del trago, médico! ¡Y con una copa en la mano que no es lo mismo!- Me respondió Don Emilio.
- ¿Me va a decir que no, Don Emilio? Es la herencia que nos dejaron los españoles, con el agravante de que no sabemos beber.
- ¿Y qué es saber beber, médico?

- Pues no solo beber para emborracharse, Don Emilio, saber degustar los tragos o tomarse uno que otro para acompañar las comidas…

- Me disculpan que me entrometa, pero el alcohol se hizo fue para uno emborracharse, para ahogar las penas como dicen las canciones...- Dijo Don Pepe, ya hablando medio arrastrado.

- O para celebrar los triunfos, Don Pepe – Dijo Don Emilio llenándole la copa.

- Bebemos con cualquier excusa, Don Emilio, a eso me refiero – Dije yo de nuevo.

- Y ¿Qué le hacemos si así nos educaron, médico? Al menos a mí.

- A todos, Don Emilio. Mi papá es un borracho, mi abuelo también lo era y de ahí para atrás es lo mismo.

- ¡Si señor! Venimos de familias borrachas y yo soy el orgullo de la familia – Dijo Don Pepe, elevando su copa por encima de nuestras cabezas.

- No lo dudo, Don Pepe, no lo dudo – Le dije mirando al tabernero con una sonrisa en la cara.

- En mi familia los únicos que no beben son unos que se volvieron cristianos o a los que se lo prohibieron los médicos que no saben que de algo nos tenemos que morir, con todo el respeto mi doctor.

- No se preocupe Don Pepe que yo sé que así es. En mi familia es igual. Con decirle que mi papá en vez de echarse la bendición al pasar por la iglesia se la echa cuando pasa por la fabrica de licores…

- ¡Jajajajajaja!

- ¡Jajajajajaja! Yo me he frenado más de una vez cuando ya estoy a punto, inconscientemente – Dijo Don Pepe que se ponía colorado con los tragos y más cuando se reía con ganas.

- Hombre, pero cómo no si la FLA es la empresa más prospera que tenemos. Con decirles caballeros que ella solita suministra el 55% del aguardiente que se consume en todo el país y que hay partes donde han tenido que prohibir la venta de "Antioqueño" para que se venda el aguardiente local- Dijo Don Emilio con aire de conocedor.

- Es que como el "Antioqueño" no hay otro, Don Emilio – Dijo Don Pepe inflando el pecho.

- Eso dice mi padre. Aplica lo que dice Rafael Godoy en "Soy Colombiano": No me den trago extranjero, que es caro y no sabe a bueno.

- ¡Ah, que hermosura de canción! ¡Sírvanos uno doble, Don Emilio, por esa canción!- de nuevo Don Pepe con ganas de volver a llenar la copa.

- Si, Don Emilio, sírvaselo que ese debería ser el himno de Colombia. Apuesto a que hay más gente que se sabe la letra de esa canción que la del himno.

- ¡Ah no, es que himnos es lo que tenemos nosotros! Póngase la radio paisa y verá qué montón de himnos los que ponen ahí. Pura música parrandera, música para beber – Don Pepe se puso una mano en la cintura y levanto la otra antes de empezar a dar saltitos como bailando esa música.

- Está en lo cierto, Don Pepe. La música Güasca, de carrilera o parrandera es un género que nos inventamos los paisas para beber.

- ¿En serio médico? Esa no me la sabía yo.

- Claro, Don Pepe. Cogimos de todos los géneros populares un poquito: de las rancheras, de los corridos, de los huapangos mexicanos, del tango y la zamba argentina, de los boleros, los juntamos y le pusimos el toque montañero. ¿Y sabe, Don Pepe, dónde nació?

- No, médico, cuente a ver.

- Pues en las cantinas como esta, al lado de la vía del tren. Por eso se llamó música de carrilera.

- Ya me antojaron. ¡Don Emilio! ¡Póngase "El Aguardientero" y se sirve el otro. Pero cantada por Los Relicarios.

- Solo si la cantan conmigo, a ver: ¡No renuncio jamás del aguardiente, porque solo el licor es mi consuelo… Aunque me cueste morir, no dejaré la bebida…!

- ¡Porque una pena de amor, me quiere quitar la vida!

- ¡Porque una pena de amor, me quiere quitar la vida!

- ¡Eso si es bonito!- Dijo Don Emilio dirigiendo el coro.

- Bailando esa canción borracho, mi abuelo se cayó y cortó oreja, como diría un español, y un tío se voló la punta de los dedos con un taco de pólvora un veinticuatro de diciembre. Me acuerdo bien porque seguía sonando en medio del griterío de las tías. Y ni les cuento por cuantos años nos desveló mi papá escuchando esa música a todo volumen- Dije yo mirando a través del líquido transparente en mi copa.

- Pero es que usted es muy negativo, hombre médico, no le ve sino lo malo cuando la mayoría de veces lo único que hace el traguito es unir a la gente, como hoy a nosotros tres.

- Muy cierto, Don Pepé, a este médico es que a cada rato le da por volverse amargado. Me lo conozco. Estoy de acuerdo con usted que son más los buenos momentos. El baile, los sancochos, las marranadas, los chistes con los amigos, los partidos de fútbol.

- ¿Cierto, Don Emilio? Lo único malo del trago es el guayabo. ¿O no médico?

- Amén. Tomémonos otro por el guayabo.

- ¡Por el guayabo!

- ¡Por el guayabo!

- ¡Mire no más quien llegó! ¡Que más pues primo!- Dijo Don Emilio con una sonrisa.

- Don Emilio, cómo me le ha ido- Dijo Hache que revelaba, en su parquedad y en su timidez, que no se había tomado todavía el primero.

- ¿Él es primo suyo Don Emilio?- Don Pepe.

- No hombre, es primo del médico.

- Qué más parcero. ¿Un guarito o qué?- Le dije pasándole la copa.

- Hágale.

- Hache, ¿A qué edad empezamos nosotros a beber?- Le pregunté.

- Como a los dieciséis o diecisiete.

- ¡Ah, ya viejos! A nosotros casi nos obligaban a beber desde que le salía a uno el bigote de lulo, como a los trece o catorce, ¿Cierto Don Emilio?

- Sigue en lo cierto, Don Pepe.

- Casi todos los hombres en Medellín empiezan a beber a esa edad. Nosotros éramos juiciositos. A mi ni me gustaba el sabor del licor, ni siquiera el de la cerveza. ¿Si o no, Hache?

- Jei. A veces con un solo trago se vomitaba- dijo Hache mirando a Don Emilio- Yo si empecé con "Cherry", vino de cereza, que era suavecito. Sabía a puro moresco.

- ¡Pero más traicionero!- repuse- Uno no sentía nada hasta que se paraba y empezaba todo a dar vueltas y pal baño a vomitar. O a la manguita más cercana. Había una bodega de ese vino en El Poblado ¿No?

- ¡Una! ¡Había un montón! Todas igual de piratas y todas producían un vino igual de malo que empezaba por tres: Tres pachangas, tres esquinas, tres coronas.

- ¡Uff! ¡Me dan arcadas de solo acordarme!... Hablando de arcadas, ¿Te acordás, Hache, que a mí me tocaba taparme la nariz para poder pasar un trago de lo que fuera?

- Y lo pasabas hasta con arequipe que para no sentir el sabor del alcohol. ¡Qué borracheras se metía!- Otra vez mirando a Don Emilio buscando compinche hasta que lo encontró.

- ¡Cómo así médico! ¿Así de flojo era?

- Y sigo siendo, Don Emilio. ¡Yo si lo he tenido claro, yo bebo es para emborracharme! Bueno… al principio también bebía porque me quitaba un poquito la timidez para hablarle a las mujeres, aunque cuando me la quitaba ya estaba al borde de la borrachera o de la vomitada por lo que nunca me sirvió para mucho…

- ¡Jajajajajaja!

- ¡Jajaajajajaja!

- Yo si no – Dijo Hache tomándose el segundo o el tercero - A mi las viejas no me importaban en ese tiempo. Yo tomaba de vez en cuando con él- Me señaló con la copa- o con mi papá ahí en La Milonga o en la casa del Rincón. A mí sí me sabía bueno y no me daba por la vomitona como a este- me señaló de nuevo- o a su hermano que le da vomitona y llorona.

- ¡Ah no, nada más maluco que una borrachera vomitona o llorona! Ahí se conoce al buen bebedor, ¿Cierto Don Emilio?

- Muy ciero, Don Pepe.

- A mí me daba era por dármelas de gracioso y a veces hasta me ponía a bailar con mi mamá o con mis hermanas.

- Y no bebías tan seguido- metí la cucharada- Yo pensé que yo iba a ser más borracho que vos… Yo nunca he sabido parar cuando empiezo a beber, en cambio vos antes si bebías calmado.

- Si ome, yo me jodí cuando empecé a caer a La Villa.

- Yo en la universidad. Mi tiempo más borracho si fue en la de Antioquia. Eso salía uno después de esas estudiadas tan bravas y de esos exámenes, derechito pa´ donde La Negra a beber. ¿Sabe qué fue lo primero que nos dijeron al entrar a estudiar medicina, Don Emilio?

- ¿Que cuando salieran no se fueran a volver teguas chupasangres como los otros?

- ¡Jajajajajaja!

- ¡Jajajajajaja!

- ¡Estoy hablando en serio, Don Emilio!

- Mentiras médico, cuente a ver.

- Que esa era la carrera con más alto índice de alcoholismo, drogadicción y suicidio.

- Y debe ser verdad. A este negocito mío lo han ayudado a sostener varios médicos borrachos. Lo del suicidio si no sé. Yo siempre pensaba que era la cirrosis cuando no volvían.

- ¡Jajajajajaja!

- ¡Jajajajajaja!

- Yo me acuerdo que en la casa de la abuela sí decían que el nieto médico se estaba volviendo alcohólico… Don Emilio, sírvase una rondita que estoy seco.

- Si hombre, estamos quedados.

- Por esa época fue que yo empecé a ir a La Villa y me conseguí la primera noviecita ¿Te acordás Jota? Esa peladita como de quince años que siempre se mantenía de negro y se pintaba los labios y las uñas igual.

- ¡Claro que me acuerdo! ¡Si la primera vez que la llevaste a una reunión familiar casi te excomulgan!

- ¡Jajajajaja!- Solamente rió Don Pepe un poco fuera de lugar.

- Esa peladita era muy borracha y yo empecé a seguirle el ritmo. Con esa nena fue que me gradué de borracho.

- ¡Jajajajaja!

- ¡Jajajajaja!

- Yo también por esa época. Ya desde ahí nos volvimos unos profesionales ¿Si o qué? Maduramos pa´ la bebida. Y así y todo terminé la carrera.

- Y yo así trabajaba en La Anticuaria. Desde esa época ha cambiado la gente con la que bebo o los lugares donde me emborracho pero no la borrachera. No la sed. Yo no sé como hacía para trabajar.

- Yo siempre pensé que había sido cuando se te acabó el trabajo en La Anticuaria que te habías puesto a beber más seguido. Pensé que ese era el polo a tierra como para mí la carrera.

- ¡No, que va! Yo ya me había aparecido un par de veces amanecido y había faltado otro par con cualquier excusa por haber estado bebiendo.

- Entonces ¿Fueron las nenas las que te jodieron?

- En parte…

- Bueno señores, ¡Están muy melancólicos pues! Sirvamos el otro y pidan alguna canción que no vamos a dejar que el médico nos amargue los tragos.

- Tiene toda la razón, Don Emilio.

- ¡Salud!

- ¡Salud!

- ¡Gas que pa´dentro vas!

- ¡Pa´arriba, pa´abajo, pa´l centro y pa´dentro!

Seguimos tomando y escuchando canciones viejas, carrileras, tangos, boleros, por un par de horas más, hasta que a Hache se le subió el licor a la cabeza y se empezó a tornar agresivo, como solía pasar:

- Hombre, primo, dale suave al guarito que así rinde más – Dijo Don Emilio.

- ¡Cuál primo ome! ¡Sírvame el otro que para eso estoy pagando!

- Hache, calmate guevón que Don Emilio lo dice por tu bien, pa´ que no te emborrachés – le dije tomándolo de un brazo porque se empezó a tambalear en la silla y parecía que se iba a caer. Sin embargo se soltó con fuerza y me miró con los ojos ya perdidos.

- ¡Soltame, Jota! ¡A este viejo hijueputa qué le importa si yo me emborracho! ¡Es mi plata!

- Parcero, igual ya se nos acabó, vámonos ya para la casa.

- ¡Ah, me va humillar! ¡Me tiene es que matar! ¡Me va a humillar con el billete! ¡Me tiene es que matar, hijueputa!

- Parcero, nadie lo está humillando, calmado.

- ¡Cuál calmado hijueputa! ¡Humillativo hijueputa! ¡Si fuera una perra ahí si no me humillabas! – Hache se paró tambaleante y empezó a ir de mesa en mesa, tomándose sin permiso las copas de aguardiente servidas de los otros clientes. Yo iba detrás suyo pidiendo disculpas y ofreciéndome a pagar los tragos mientras él seguía diciendo:

- ¡Yo tengo amigos que no me niegan un trago! ¿Sí o no don señor? Entre borrachos nos entendemos. ¡No como vos que lo vas dejando a uno por una perra!

- Hache, cuál perra si aquí ni vienen mujeres. Vámonos marica.

- ¡Dejame hijueputa que yo me cuido solo! – Intenté tomarlo del brazo de nuevo pero fue ahí cuando lo sacudió para soltarse y tumbó una botella de aguardiente de la mesa que tenía al lado. La botella se rompió en el suelo y casi de inmediato el gordo de sombrero

"aguadeño" que estaba tomando de ella se levantó y empujó a Hache con las dos manos. Por su estado, hubiera necesitado mucho menos para irse al suelo. Tastabilló y se fue contra las sillas de la barra golpeándose la cabeza contra esta. Fue suficiente para el knock out. Después de reponerle al hombre su botella, Don Emilio me ayudó a subir a Hache a un taxi. Ya Don Pepe dormía en la barra, recostado sobre su brazo, borracho, y ni se enteró de lo sucedido. En el trayecto hasta la casa de mi abuela y en el de regreso a mi casa, después de subirlo cargado los tres pisos con la ayuda de su papá quien lo insultó todo el trayecto como si en verdad lo oyera, estuve pensando en Hache, en su problema con el alcohol y en si sería verdad eso de que su adicción había tenido que ver con las mujeres. Fue ahí que me surgió la teoría del amor yonqui.

VIII

Como lo imaginé, en la mochila de Hache encontré un revoltijo de casetes de punk, hard core, hard rock, green metal, green core, trash, cross over, psychobilly y otros que no conozco. Entre estos casetes encontré el que yo le regalé hace más de un año. Unas entrevistas que hice a varias personas cercanas a él o que lo conocían bien. Se lo di con la intención de que reflexionara escuchando cómo lo veían los demás. Nunca supe que efecto tuvo pero el encontrarlo en su mochila me dice que de alguna manera le llegó. Aunque no tanto como para cambiar el rumbo de las cosas. El olor a alcohol provenía de una bolsa (como esas en las que viene ahora la mayonesa y la salsa de tomate) con una etiqueta adhesiva en la que se leía: Tequila Manito, 500cc, 40%. Aún contenía algo del licor y supe que era la primera muestra para el laboratorio; también encontré varios volantes de conciertos de punk y una tarjeta que decía: *Licores "La Playa". Domicilios las 24 horas a cualquier parte de la ciudad. Productos nacionales e importados. Teléfonos…*

Cuando Nando vino a decirme que la jefa me quería ver en su oficina estaba ojeando una tarjeta que encontré en un bolsillo de la mochila. Era una tarjeta arrugada, hecha a mano, con marcadores de muchos colores, en una hoja de cuaderno doblada en dos, con un dibujo de un conejo borracho en el frente, con una botella en la mano, los ojos desorbitados, las líneas de movimiento circulares alrededor del cuerpo y de la cabeza, manillas de taches y una camiseta negra de D.R.I. Adentro decía, también con marcadores de varios colores: "No me gusta que peliemos, te amo mi conejo harcor!!!! Bamonos a beber + bien. Eme."
Quise dejarme llevar por lo que la tarjeta me generó, pude sentir mis labios arqueándose hacia arriba en una sonrisa, pero tuve que levantarme para ir a ver qué quería la malcogida

de mi jefa cuando Nando me dijo: *Doc, la jefa dijo que ¡De inmediato! Usted la conoce.* Y yo la conozco.

Así que fui de nuevo a mi casillero, esta vez a sacar la bata de médico, que no me gusta llevar pero que mi jefa considera de uso obligatorio, y me di cuenta de que había llevado conmigo la tarjeta de manera inconsciente. Me fui observándola hasta la puerta de la oficina de la jefa y antes de llamar la metí en el bolsillo delantero y tomé aire.

CASETE HACHE. VOZ No.5

- *¡Oiga a este man! ¡Cuál pelea, ome! ¿Sabe qué fue lo que pasó? Invite a media de niquelado aunque sea y le cuento pues... Pille, ese man y yo habíamos tropeliado porque yo estaba muy loca y tuve una pelea con mi hermano un día que estábamos bebiendo ahí en mi casa. Mi hermano es "cangry", reguetonero, por lo que tocaba turnarnos en la grabadora: un reguetón y una de punk, un reguetón y una de punk, y así. Yo no me acuerdo qué fue lo que pasó pero el man se iba a llevar la graba y yo me le enfrenté y él, que es mucho más grande que yo, me cogió y me iba a tirar por el balcón de ese cuarto piso y la güeva de Hache no hizo nada. Apenas se cagaba de risa ahí en el mueble de la sala y seguía bebiendo. Yo me zafé como pude y le dije que nos fuéramos y apenas estuvimos en la calle lo mandé pa´ la mierda. Al otro día me llamó temprano, todavía borracho, y se puso a llorar y me dijo que él era un miedoso y que por eso no me había defendido, que lo disculpara. Nos encontramos y seguimos bebiendo. Pegamos pa´l centro y como para reconciliarnos bien en forma, nos metimos al Gol, ese motelito ahí arriba de la Oriental, al frente del parque San Antonio. Es que eso hasta que no se echa uno el polvo de la reconciliación, no se hacen las paces de verdad ¡Ja, ja, ja!... Diga si no es así... Adentro seguimos bebiendo y le pegamos a eso como conejos y yo me chutié, me yonquié pues, me inyecté ¿Me entiende? Y se me salieron los demonios y le dije que era un maricón, que no era un hombre y que a mí no me servían así y otro montón de cosas y el man se me vino encima y me cogió a golpes y yo para defenderme le quebré una botella en la cabeza y el man todo azarado se paró gritando: ¡Esta perra me jodió! ¡Donde me hayas cortado la cara te mato hijueputa! Y se fue al baño a mirarse al espejo y apenas entró se resbaló y ¡Pum! Se dio con la cabeza en el lavamanos y lo quebró. Eso empezó a salir agua por*

todos lados y esa pieza se empezó a inundar y yo cagada de la risa y el man: ¡No te riás malparida, vení ayudá más bien! Y yo: ¡Ah no ve hijueputa como es de bueno que no lo ayuden a uno! Y el man también se cagó de la risa y me dijo que nos voláramos. Nos vestimos a la carrera y, como allá se paga por adelantado, salimos sin decir nada y apenas estuvimos en la esquina metimos pique hasta este parque y acá la seguimos cagados de la risa... ¿Pero sabe qué fue lo más hijueputa? Que ni siquiera se abrió la cabeza. Yo me puse a mirarlo por todos lados buscándole heridas o algo y nada. Ni el botellazo, ni la caída le hicieron nada, un chichoncito, ¡qué puta cabeza tan dura! Pero al otro día amaneció con los dos ojos morados. Como que la hemorragia fue interna o algo así. Así fue que quedó con los ojos morados. No fue en ninguna pelea. Ese man es un miedoso, le da miedo peliar, o al menos tiene que estar muy borracho... Igual la felicidad nos duró como dos o tres días porque después cometí el error de presentarle a Eme y la gonorrea me cambió por esa perra en un descuido... Todavía queda media media, todavía le puedo contar... El man no quiso beber desde el otro día después de eso porque es medio paranoico y decía que con ese golpe tan bravo no se podía arriesgar a un derrame o una embolia o no sé qué otras cosas. Ese man sabe, no es ningún güevón. Igual salíamos por ahí y me acompañaba a chutarme y a que yo bebiera y el man firme. Firme hasta que llegó Eme. Se la presenté y la nena estaba bebiendo y se pusieron a hablar de música y de conciertos y yo me aburrí y me fui a chuzarme otra vez y de ahí no me acuerdo hasta que me desperté en Policlínica del San Vicente. Ya me habían llevado otras veces por sobredosis, ya lo reconozco y hasta hay médicos que me conocen y todo. Esos manes como que vieron que me dio la pálida y me llevaron a urgencias ¡Tan bonitos los malparidos! Al rato de haberme despertado, cuando ya me habían quitado el suero y esas mangueras que le ponen a uno, y que a mí me ponen en el cuello porque tengo los brazos jodidos, me levanté a escondidas de las enfermeras y

me fui a una ventanita que da a la calle a ver si había alguien por ahí. Al frente de Policlínica hay una licorera y ahí espera uno bebiendo a los que están adentro. Y ¡Claro! ¡Ahí estaban ese par de hijueputas en qué romance!

Yeni, exnovia de Hache, heroinómana, la que siempre estaba borracha, la que siempre vestía de negro, la que vivía en el barrio Antioquia, la que empezó a beber y a consumir drogas a los catorce, la que encontraron muerta en un matorral por Copacabana, en las afueras de Medellín, desnuda, golpeada, violada y estrangulada. Tenía dieciocho años. Lo sé porque llegó a esta morgue y aunque no fui yo quien le hizo la necropsia, estuve al lado del médico que la practicó. Llevaba el rostro muy maquillado con colores vivos y las uñas pintadas de lila. A su lado encontraron un vestido elegante, de esos que quedan ceñidos al cuerpo y de falda muy corta, color rojo, y unos tacones altos que hacían juego. Lo último que yo había sabido de ella, por boca de Hache, era que estaba trabajando como prepago.

Octubre 2 de 2010.

LA TEORIA DEL AMOR YONQUI

"Si los amantes del vino y del amor van al infierno, vacío debe estar el paraíso"
Las Rubayatas. Omar Khayam.

En varias ocasiones he pensado que lo que llevó a Hache a quedarse en el ambiente sórdido de los bajos fondos de la ciudad no fue la música, ni el alcohol, ni los amigos, sino las mujeres, el amor, o lo que puede ser lo mismo, el sexo. Una cuca tira más que un tren, dicen los paisas. En una sociedad en la que para tener mujeres solo se requiere dinero en abundancia, Hache se dio cuenta de que sin tenerlo, de hecho sin un peso en el bolsillo, en aquel mundo de drogas y alcohol siempre iba a encontrar mujeres con la conciencia alterada que podía llevar fácilmente a un motel desde que hubiera más licor. Nunca le faltó a Hache una nena al lado desde que su vida empezó cuesta abajo y muchas veces mujeres hermosas, aunque con el desaliño de esa vida de excesos. Es irónico, lo sé, pero en ese mundo la más grande derrota es la más alta condecoración. En su fase más decadente Hache se convirtió en un hombre de las mujeres como dice Leonard Cohen. Por eso surgió mi teoría cuando una vez le pregunté si lo entristecía o agobiaba haber perdido su trabajo en la librería, que yo pensaba que era un trabajo que quería por el acceso que le daba a los libros, y me dijo que no, que ahora tenía mucho más tiempo (¿Para hacer qué? Me pregunto desde ese día) y que a pesar de no tener un sueldo, nunca en su vida había tenido tantas mujeres como desde que se encontraba desempleado.

Yo ya no estoy seguro de nada respecto a Hache, ni afirmo esto o aquello. La mayoría del tiempo me sobrepasa y pienso que simplemente así son las cosas sin más. Entre lo último

que supe es que lleva un par de años con una novia, mayor que él, punketa, borracha y que se llama, o le dicen, Eme.

IX

La jefa me hizo pasar y me dijo que me sentara sin siquiera saludar. Empezó a sermonearme como hace siempre y a hacerme preguntas que yo me limité a responder en monosílabos. En un par de minutos ya ni sabía de qué me hablaba y mi mente se fue con la imagen de la tarjeta que llevaba en mi bolsillo y que yo supuse que era de la famosa novia de Hache. Eso me llevó a pensar en lo contradictorio que podía ser Hache, la ternura que podía enseñar cuando su coraza se caía. Recordé que en la niñez tuvo un conejo al que llamó "Repollito pinticas", al que cuidó hasta que por grande no cabía en la jaula; recordé la ternura con doña Margarita e incluso se me apareció una imagen borrosa de haberlo visto llorando cuando ella murió. Estaba recordándolo con su perra bulldog, a la que llamaba "stinky" por apestosa, y la ternura con que la trataba, cuando la estridencia que toma el tono de voz de la jefe pluma blanca, en los momentos en que está enfadada de verdad, me hizo salir de mis reflexiones.

- ¡Y ahora esto! – Dijo a los gritos y con la cara roja – ¡Es el colmo Jota! ¡Es que ya no se puede! ¡Eso es demandable! ¿Se imagina otra demanda más? ¿Si me está escuchando Jota? ¡Debería despedirlo de inmediato! ¡Debería haberlo despedido hace mucho! ¡Ya le he dado muchas oportunidades pero esta es la última! ¡Váyase para su casa mejor antes de que me arrepienta y en verdad lo despida! ¡Es que cómo se le ocurre! ¡Váyase! Váyase pero cuando baje a la morgue, dígale a Nando que le asigne su caso al médico nuevo. Y le repito ¡es la última, Jota, la última!

Todavía un poco aturdido salí al pasillo y saqué la tarjeta del bolsillo de la bata para contemplar de nuevo el conejo ebrio con la botella en la mano. Hache, el conejo ebrio, está muerto para siempre. No puede importarme menos cualquier cosa que diga la puta de mi jefa.

SEGUNDA PARTE: LA SED ETERNA.

- JOTA -

Nadie de nuestra familia diría que Hache y yo somos dos caras de la misma moneda. Ni siquiera que somos dos monedas del mismo material.

Yo de plata y él de latón.

Según ellos…

Leyendo las notas más recientes de mi cuaderno veo cuán equivocados están.

Enero 10 de 2011.

Empecé a alejarme gradualmente de la familia desde que comencé a estudiar medicina. Tenía la excusa perfecta, que mucho trabajo, que mucho estudio. Tal vez fuera verdad pero ese alejamiento continuó al terminar la carrera y aumentó cuando me fui a hacer el rural a un pueblo y después con la especialización y después con el trabajo. Casi nunca voy a las fiestas o reuniones familiares, por eso cada vez que lo hago me lo celebran como si fuera famoso. Si en la familia todos me quieren tanto todavía, es porque nunca me ven y porque nadie conoce mis demonios. Estoy con Joaquín Sabina en eso de que la mejor distancia siempre es la mayor. No solo con la familia sino también con los amigos y con las mujeres. Mis mejores amigos son los que me obsequian el inestimable don de su ausencia, como decía no recuerdo qué personaje. Mi mamá vive diciendo que a veces la preocupa que cada vez sea más solitario y le saque más el cuerpo a cualquier actividad que reúna a más de unas pocas personas. Yo le digo que tranquila, que es hasta mejor porque me alejo de los vicios y las malas compañías, pero ni así me deja de joder.

En las últimas vacaciones que me fui para una finca solo, a descansar y a escribir, me dijo:

- ¡Pero qué tanto puede escribir uno en un mes por Dios!

Enero 13 de 2011.

Suelo decir que mis grandes triunfos son mis grandes fracasos. Sé que en gran parte lo digo por la medicina porque muchos lo ven como un gran logro por lo difícil que es pasar a esa carrera y más en una universidad como la de Antioquia. La vaina es que ahora me pesa como un lastre a pesar de que me da la papa. Es una de esas carreras que lo estigmatiza a uno. Ya uno no es simplemente Jota, sino Jota el médico. En ningún lugar o momento se puede quitar uno el titulito ese. Puede estar uno en un crucero por el Caribe y allá lo llaman a hacerle alguna consulta pendeja o le toca un accidente o algún enfermo. Es muy jodido. Además a los médicos se les considera triunfadores, lo que no es cierto, son una ralea de egocéntricos, inseguros, pedantes, egoístas, idiotas que tapan todas sus falencias como seres humanos con cartones, como se tapan los huecos de los tugurios. Prefiero considerarme un perdedor pero de los buenos, no como ellos. En realidad hubiera querido ser escritor, esos sí que son buenos perdedores. Casi nadie me cree porque he hecho un montón de cosas según me han interesado. En el colegio decía que quería ser biólogo marino y un tiempo estuve haciendo unos cursos de buceo que no pude terminar por falta de plata; en otra época iba para todas partes con mi trompeta en un estuche negro, diciendo que me iba a dedicar al jazz pero tuve la mala suerte de pasar a medicina y no me quedaba tiempo para las clases; desde hace poco me viene interesando la fotografía. A pesar de todo, y aunque reniegue, terminé medicina y seguí estudiando para pasar a una especialidad que terminó siendo la forense. Para justificarme digo que es diferente porque la medicina intenta preservar la vida, pero la forense intenta analizar la muerte y me acerca a ella. La morgue me gusta porque los muertos son más tranquilos que los vivos, no son demandantes como ellos y no

pelean, además, con un muerto ya no hay como meter la pata. La forense está más cerca de la literatura que de la medicina.

Enero 17 de 2011.

A mí me bastaría con una pareja para estar bien y sentirme acompañado pero no lo logro. Mis noviazgos no duran más de unos pocos meses y ya perdí las esperanzas. Vivo inconforme con las relaciones y ya creo que no es por las mujeres que se han cruzado en mi camino, sino por las mujeres en general. Creo que me he vuelto misógino. Por mí, solo buscaría a las mujeres para tener sexo. Por eso he sido el malo de todas mis relaciones y el que las termina, muchas veces sin tener razones aparentes, aunque siempre las hay. Invariablemente encuentro algo para complicar las cosas, algún pretexto para justificar mi decisión. Y quedo tranquilo después de terminar y me prometo que no me vuelvo a dejar enredar pero caigo de nuevo. Es una debilidad.

Y no es que sea mujeriego. Ninguno de mis noviazgos ha terminado por infidelidades o cosas así. Al contrario, solía ser un romántico que idealizaba la palabra amor, y eso que llaman el amor de la vida, pero me he vuelto un escéptico que va pregonando por las calles que el amor no existe.

Todas las mujeres que han pasado por mi vida dicen que no soy una persona fácil de llevar. De hecho, me consideran sumamente complicado, me definen con esa palabra, complicado. Todas han temido mis constantes cambios de ánimo, mis depresiones y, tal vez más, las remisiones en las que intento recuperar el tiempo que perdí tirado en la cama entre las sombras de mi cuarto y quiero salir, parrandiar, viajar, sin que nadie me estorbe. Y ellas son las que pagan los platos rotos. Sin embargo, todas alabaron en algún momento mi supuesta inteligencia que de alguna manera es la que complica todo. Me jode que hagan eso porque

es como si dijeran que ellas son menos inteligentes. A la final me convencen y las dejo. Yo no quiero a una mujer menos inteligente que yo.

Después de la última con la que terminé, una mujer que parecía compartir muchos de mis demonios y oscuridades, que parecía solitaria, inteligente, recia, con carácter, que le gustaba la literatura y la misma música que a mí, y que terminó siendo un espejismo, igual de frágil y de tonta que las demás, tomé la decisión de dejar de perder el tiempo y más bien tener una reserva de dinero para irme de putas cuando las hormonas apremien.

Enero 18 de 2011.

"Mierdellín"

Hildebrando. Jorge Franco Vélez.

¡Ah vida perra que puede tenerlo a uno irremediablemente atado e inmóvil, por todo el tiempo que dure, a un suelo que se odia como se puede odiar a las cuatro paredes de una celda! Odio a esta ciudad que me encarcela. La odio y la temo. Esta ciudad me agobia, lo que ayuda a mi decisión de aislarme. Y eso por no decir que me aterra, que me petrifica. Es como si al poner un pie en la calle se me activara de una el "sentido arácnido", por decirlo de alguna manera. Se me erizan todos los pelos y los ojos comienzan a voltear solos para lado y lado buscando caras o actitudes sospechosas, buscando el "pillo", el bandido, el atracador, el maloso que mata porque sí. Yo sé que parezco paranoico pero en esta ciudad todos tenemos que serlo. Si miran la cantidad de homicidios diarios, el número de muertes violentas al año o el recuento de unos cuantos años me entenderán. A eso súmele el hecho de trabajar en Medicina Legal, donde todos los días vemos lo tangible de esa violencia, lo palpable de esta realidad. No cualquiera lo soporta. No sería para ser paranoico sino para estar recluido en un sanatorio. Y la verdad, la gran mayoría de los trabajadores de esa institución, al menos los que trabajamos directamente con pacientes o en la morgue, porque los administrativos no cuentan, tienen su rayón, su locura. Algunos encuentran válvulas de escape en el arte, en el deporte, en la religión, pero la mayoría en el alcohol o en las drogas. Un congreso de Medicina Legal en este país es como una reunión de mi familia materna, una reunión de un montón de borrachos. Por eso me agrada y me siento bien. Tal vez por eso mismo no me han echado. Así que, volviendo al tema, me importa un culo si creen que soy paranoico por pensar que cualquiera me va a robar o me va a agredir sin haber hecho

nada. Hasta será por eso que sigo vivo, aunque no creo. Es una lotería en esta ciudad de mierda.

Además, no salgo porque no hay nada que hacer. Para qué salir en una ciudad en la que no hay cultura, como no sea una cultura mafiosa de cabalgatas, licor y mujeres semidesnudas en abundancia, grandes carros con llanta-balón y luces exploradoras, con boom box que resuenan varias cuadras a la redonda, y fútbol, fútbol, fútbol y pistolas y rancheras y narcocorridos y prepagos y reguetón y plata, plata, plata, la bendita plata, la maldita plata, la corrupta plata, la puta plata, la plata fácil, la que más nos cuesta a fin de cuentas, la sucia plata, la que todo lo puede. Esa es "la cultura paisa".

Para qué salir en Metrallo donde cada vez hay menos teatros, donde pululan los bares de vallenato y reguetón y hay que ir de polo a polo para encontrar los mismos dos bares de salsa, de tango o de rock, que ponen siempre la misma música desde que tengo conciencia; para qué salir en una ciudad en la que las mujeres parecen hechas con molde para encajar en los cánones de belleza establecidos: rubias, tetonas, nalgonas, operadas, engreídas, bobas y medio putas, y en la que los hombres parecen hechos con molde para encajar en los cánones establecidos del mal gusto del pillo o del mafioso: con musculatura de gamín o al contrario con barriga de ganadero, de gorra de los Yankees o sombrero vaquero, de tenis vistosos con colores fluorescentes o botas puntudas de cuero, con escapularios o gruesas cadenas y pulseras de oro, borrachos y con una muy limitada inteligencia que parece solo sirve para el mal; para qué salir en una ciudad que cuenta a los centros comerciales, de los que está llena, como atractivos turísticos y como sitios predilectos de esparcimiento familiar; para qué salir en una ciudad que se ha propuesto llenarse de un montón de parques

con nombres poéticos que terminan siendo simplemente nuevas plazas para que los jóvenes se emborrachen, ya que no ofrecen nada más; Parque de los Deseos, Parque de los Pies Descalzos, Parque de las Luces, bien podrían llamarse, respectivamente, Parque de las frustraciones, Parque de los ladrones de tenis, Parque de los ebrios y los drogados. No hay nada que hacer en Medellín. Por eso los muchachos no encuentran más que irse a esos parques a ponerse hasta el culo de drogas y de alcohol.

Ya ni siquiera existen las cosas buenas de que se hablaba antes, esa pujanza, esa "berraquera", ese "pa´ atrás ni pa´ coger impulso" que tanto me han molestado siempre y que se han transformado en la excusa para que nos matemos unos a otros, para que nos aprovechemos de los más débiles, para que persista el machismo y la discriminación, para la "intolerancia paisa". Ya no queda ni la sombra de la capital textil de Colombia y da la impresión de que la Fábrica de Licores y las Empresas Públicas son las únicas empresas rentables, sin contar al narcotráfico, aunque también ha decaído mucho desde los tiempos de Pablo. Aún así no puedo dejar de pensar que tanto conjunto residencial invadiendo los cerros, como una enfermedad de la piel de esas montañas, que tanto centro comercial al lado de cada conjunto y que cada discoteca regada por todas las que antes eran zonas industriales, no son más que fruto del lavado de dineros de la droga. De dónde más podría salir tanto dinero. Somos un pueblo mafioso, nada que hacerle. Un pueblo que todavía se vanagloria del metro, como si fuera la única ciudad del mundo que posee uno, y su metrocable, desde donde se puede observar con toda seguridad la guerra ahí abajo, en las comunas por las que pasa; un pueblo que aún se llena la boca nombrando a Carrasquilla o a Efe Gómez, a los que ni leemos, a Fernando Botero, del que solo sabemos que crea los gordos y gordas que hay en el centro, y a Juanes, del que ni siquiera me da la gana de

hablar. De los pocos escritores buenos que ha dado últimamente esta tierra, el que más me gusta y admiro, ha hecho su obra de pintar, con una precisa crudeza, la verdadera fealdad que Medellín no enseña a simple vista. Ciudad de la eterna primavera, ciudad de la eterna balacera. No me gusta Medellín y no me gustan los paisas a pesar de yo mismo ser uno. Me hiere como un puñal cuando viajo otra ciudad y de inmediato me endilgan el motete de paisa. Me sabe a escupitajo en la cara cuando me gritan ¡Entonces qué paisa! Siento que me están diciendo ladrón, asesino, sicario, machista, borracho, aprovechado, codicioso, avaro, ignorante, homofóbico, narco, materialista y para colmo, mal hablado.

La ciudad y el gentilicio me son cárceles en las que cumplo cadena perpetua y que van conmigo a donde yo vaya.

Enero 21 de 2011.

"… el aguardiente muestra lo que hay en un bebedor, como el revelador lo de un negativo."
Hildebrando.
Jorge Franco Vélez.

Una de las primeras razones por las que pensé en dejar de beber fue por las depresiones pos-chorro. Desde la adolescencia he sufrido depresiones de diferente intensidad y con periodos de crisis y recuperación también variables. Estuve medicado con antidepresivos por varios años pero los dejé porque no me hacían mayor cosa y no quería gastarme mi platica tontamente. Lo mismo hice tiempo después, en una crisis en que me dio por tomarme un mata-ratas que no hizo más que hacerme vomitar y cagar en los pantalones, cuando el siquiatra que me trató me diagnosticó trastorno afectivo bipolar y me recetó un estabilizador del ánimo. Le prometí a mi mamá que lo iba a tomar de por vida y duré seis meses. Desde esa vez ya va media década, sin medicación y sin siquiatras, en las que he aprendido a reconocer los síntomas de las crisis, qué cosas me ayudan a superarlas y qué cosas las empeoran. Entre estas últimas, descubrí que en las resacas siempre me deprimía. Algunas veces de forma leve, otras se convertían en crisis duraderas e intensas, pero siempre sentía el bajón. Sin embargo sigo bebiendo. Lo malo con muchos vicios es que tal vez la única forma de no adquirirlos es no probarlos. La adicción es una sed que nunca se sacia. Sin importar las consecuencias.

Hace un par de días fue mi cumpleaños y, como es usual, la única celebración fue una borrachera monumental de la que apenas me estoy reponiendo. Pienso en Hache, en mí, en esa nociva mezcla de genes depresivos, adictos, débiles, con esta cultura adicta, agresiva, loca; en el círculo vicioso de la depresión que lleva al vicio y el vicio a la depresión. Más

literal no puede ser el término. Pienso en eso antes de tomar la primera copa. Después se me olvida hasta el otro día y, cuando pasa la resaca, se me olvida hasta la siguiente copa. Me pregunto si a Hache le pasará lo mismo.

Hay un chiste que dice: Dios, si con mis borracheras te ofendo, con la resaca te pago y me quedas debiendo. La cosa es que el que bebe sabe que la mejor forma de cortar la resaca es con otro trago. Así se perpetúa el ciclo. Hache lo sabe y creo que ya no le importa.

CASETE HACHE. VOZ No.6

- *Ron Jamaica, yomematosolo, aperitivo de ron, elaborado en Ecuador, envasado en Venezuela, distribuido en Itagüí, tres mil pesos la media; Niquelado, alias Nikelodeon, o Nicky, aperitivo de guaro, 15% de alcohol, milqui la media; aperitivo Ritual, aperitivo de brandy, 19% de alcohol, dos mil quinientos la media; güisqui Sir Edwards, alias Cirrosis o Don Eduardo, 40% de alcohol, ocho mil la botella; aperitivo de brandy Bretón, alias pobretón, nueve mil la botella; aperitivo El Capo, aperitivo de guaro, 15% de alcohol, seis mil el litro; aguardiente chorrito, once mil la botella; aguardiente Eduardo III, alias tres palitos, 19% de alcohol, tres mil quinientos la media; tequila Manito, bolsa de un litro, cinco mil pesos... y que me perdonen los que se me olvidan... y si no me perdonan pa´ eso está el chamberlain, alias chamber, alcoholsito antiséptico, el que cura las heridas, con frutiño, ojalá tropical o de naranja; y si no, nos queda el clásico, el vieja guardia, el old school, el cocol, el cocoliso: cocacolita quita oxido, afloja tornillos, lecherita, perdón, leche condensada La Lechera, y alcohol... ¡Qué elegancia!...hhhmmmmm... me babeo de solo nombrarlo. Y si no hay chamber, ni cocol, y si no hay plata ni pa´ media de Nicky o de alcohol medicinal, me le tomo una loción, me le tomo un listerine, un agua oxigenada o un varsol, pero sobria no me quedo. Lo mío es el chorro. Esta maricada me la meto por desparchada pero la dejo cuando quiera ¡Yo no me dejo dominar!...*

Monólogo alucinado de Marta, alcohólica y heroinómana, miembro habitual del grupo de Hache del parque del periodista. No tengo que decir que no pude sacarle ninguna

información. Este monólogo lo recitaba mientras calentaba la heroína en una cuchara para luego inyectarse.

Enero 28 de 2011.

Cada vez salgo menos de este apartaestudio al que llamo mi cueva. De no ser por el trabajo no lo haría casi nunca y, aun así, no voy a ninguna reunión que no sea obligatoria y jamás me han visto en una fiesta institucional. Me la pasó leyendo, escribiendo o mirando televisión. Como cuando me da hambre, bebo cuando me da sed, duermo cuando me da sueño, me masturbo cuando tengo ganas, me baño cuando apesto a zorrillo y cada vez pido más comida a domicilio para no tener que ir al supermercado que me queda a dos cuadras.

Aquí terminan las notas que tenía en mi cuaderno hasta el día de hoy. De estas últimas me sorprende a mí mismo el tono amargo. Parece que hubieran sido escritas por una persona distinta a la de las notas más antiguas y las que hablan de Hache. Anoche, en la misma noche que trajeron a Hache a la morgue, estuve en mi cueva. Comí poco porque no sentí mucha hambre, no me masturbé porque no me dieron ganas, bebí bastante porque tuve mucha sed y casi no dormí porque me agarró el insomnio. Me quedé varias horas, como ya lo he hecho antes, sentado frente a una ampolla de Fentanyl, un potente anestésico que me robé de un hospital hace unos meses. La miré pensando en la muerte. En mi propia muerte.

Como en otras ocasiones, faltó poco o faltó mucho o no faltó nada o faltó todo. En cualquier caso faltó algo para que me encontrara con Hache acostado en una mesa paralela de la morgue. Me quedé dormido en el único mueble de la pequeña sala cuando agoté temporalmente la sed.

TERCERA PARTE: EL FIN DE LA SED

I

Rabia y tristeza. Dos poderosas justificaciones para comportamientos nocivos. A las dos las sentí bullendo adentro cuando salí de la oficina de la jefa y caminé por el pasillo con la carta que Eme le dio a Hache en la mano, pensando en otro café o al menos en otra visita a mi casillero antes de volver a la sala de necropsias. Pero no. Control. Mejor un cigarrillo para calmarme. Decidí salir, respirar un poco del aire poluto de la carrera 65 y cruzar a una de las chazas del frente para contribuir con mi propio humo al de los autos, buses, camiones y motos que circulan sin descanso por el frente de Medicina Legal. Doña Berta, la tendera, me conoce y sabe a qué voy. Me mira la cara con una sonrisa maliciosa buscando tal vez el color de las conjuntivas. Antes de decir nada sabe si busco un tinto, un cigarrillo o algo más. Así fue en esta ocasión. Apenas la estaba saludando cuando me extendió la cajetilla y los fósforos. El lugar huele a cerveza caliente y empanadas lo que es mucho decir estando al borde de esa carretera y su atmósfera densa de gasolina quemada y, hasta hace poco, de mortecina del cementerio Universal. Como un prodigio alcancé a percibir otro olor más fuerte: a aguardiente. Miré a la única persona que estaba allí además de Doña Berta y de mí, una mujer que me daba la espalda mientras hablaba entre llanto por un celular sujeto por una cadena al mostrador de la tienda. No me extrañó que el olor pudiera venir de ella en un lugar donde la gente viene a reclamar sus muertos cargada de rabia y tristeza, igual a como me encontraba yo. La mujer llevaba el pelo revuelto, de la raíz a la mitad era rubio y desde allí hasta las puntas era del negro de una tintura de hacía tiempo. Llevaba una chaqueta de jean desteñida y me llamó la atención el símbolo de anarquía mal pintado en el centro. Los pantalones también estaban desteñidos y la pinta terminaba con unas botas de cuero altas y gastadas. Era imposible no pensar en Hache al ver esa pinta.

Fumé mi cigarrillo despacio y al acercarme a pagar escuché la voz entrecortada de la mujer que decía: *Aquí nadie me da razón de nada, llevo todo el día acá como una güeva y no me quieren decir que porque solo se le da información a los familiares… ¡Claro! Yo les dije que era la novia pero no me dijeron siquiera si sí está… el man tiene un familiar que trabaja ahí pero ni puta idea de cómo se llama, yo no lo conozco… no, que me calmara que así borracha no me atendían y yo no estoy borracha, apenas me he tomado mediecita ahí suave… no, todo bien, yo le estoy comentando… igual… suerte.*

Al girarse para entregarle el teléfono a Doña Berta pude ver su rostro y sus ojos rojos con la pestañina regada que le cubría los párpados como unas ojeras demasiado oscuras. Era un rostro del que se podía decir que fue hermoso porque aún conservaba algo de su belleza debajo del inmenso cansancio que transmitía, de una piel reseca que acentuaba las arrugas de los ojos, de las mejillas y de los labios. Sería difícil calcular su edad real. Aparentaba unos cuarenta avanzados pero tenía un aire mucho más joven con su pelo y su ropa. Era delgada, un poco desgarbada incluso, con los hombros tirados hacia adelante, el pantalón por debajo de las crestas iliacas dejando ver unos interiores negros y, sobre el resorte, bajo una camiseta que le llegaba al ombligo, una barriguita insípida y estriada. La camiseta también era negra y tenía un estampado de un hombre bigotudo de sombrero tejano y tres rubias voluptuosas bajo unas letras rojas en gótica que decían: Nashville Pussy. No creo que hubiera podido ocultar el sobresalto al leer aquel nombre. No era posible pero no me cupo la menor duda, tenía que ser ella. Cuando quise vencer mi timidez para hablarle, ella ya había pagado la llamada y se quedó mirándome. No podía saber quién era, no me conocía como yo tampoco a ella. Aun así me habló primero:

- *¿Usted es médico de Medicina Legal?* – Instintivamente bajé la mirada hacia mi bata blanca con el logotipo del Instituto, como comprobando algo que se me había olvidado.
- *Sí* – respondí con voz temblorosa. Ella tragó saliva a punto de llorar.
- *Es que estoy buscando a una persona y nadie me ha querido decir si está ahí…*
- *¿A Hache?* – Ella abrió sus párpados como si hubiera visto a mi primo muerto y me permitió ver que eran de un extraño verdeamarillo – *Usted es Eme ¿Verdad?* – Ella abrió aun más los párpados y esta vez lo acompañó con su boca. Tras unos segundos sacudió la cabeza y se dio una palmada en la frente antes de decir:
- *¡Hostia puta! ¿Vos sos el primo?*
- *Sí* – Antes de decir nada más se me abalanzó y me abrazó con fuerza dejándome esta vez sentir de cerca el olor a alcohol y un sudor de varios días que de nuevo me hizo pensar en Hache, en ese olor a caballo de que hable antes. Algo debía habérsele pegado del aroma dominante de Hache. Me soltó tras unos segundos pero me tomó de las manos como si fuéramos viejos amigos.
- *Pero venga, ¿cómo supo?* – Yo bajé la mirada a la altura de sus senos escasos donde estaba el estampado, ella se miró a su vez - *¿La misaca? ¿A lo bien? ¡Claro, los Nashville era una de las bandas de ese man! Yo la conocí por él. ¡Qué cosa más loca parce! Esto es como un milagro y eso que no me sé ni el padre nuestro* – En este momento se interrumpió y cambió la leve sonrisa que había puesto en su rostro por una cara de terror y de nuevo perdí sus ojos bajo las lágrimas - *¡Ay marica! Pero ¿por qué sabe que lo estoy buscando?… o sea que…* - bajó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos bajo las cuales yo escuchaba que repetía: *Jueputa, jueputa, jueputa… yo sabía, jueputa…* Yo me acerqué y la tomé de los hombros

antes de darme cuenta que también estaba viendo borroso y que había vuelto a ponerse espesa mi saliva. De nuevo tuve que contenerme por Hache. Sin embargo, cuando ella retiró las manos de su rostro y me abrazó de nuevo con la cabeza agachada sentí una lágrima cayendo que mi brazo limpió de inmediato.

- *Calma, parcera, calma. ¿Querés una aromática o algo?* – Me sentí como un idiota diciendo esto. No sé de dónde me salió la confianza de llamarla así, tal vez de su aire informal.
- *¿Aromática? ¡Yo lo que necesito es un chorro!* – Giró violentamente dirigiéndose a la tendera - *¡Doña! ¡Sírvame otro doble si me hace el favor!*
- *No Doña Berta, tranquila, espere un momentico* – Dije sin pensarlo – *Deme media más bien y me la apunta. Venga, parcera, y nos sentamos allí para que se relaje* – Su mirada esta vez fue de desconfianza, como de gata huraña, pensé que en cualquier momento emitiría un soplido y pelaría los dientes pero tras unos segundos de mirarme, allí parado con toda la rabia y la tristeza, esbozó una sonrisa cómplice y asintió con la cabeza.

Tras recibir la media botella de aguardiente, traje a Eme a mi rincón. Le ofrecí una silla, ansioso de saber un poco más de boca de quien había acompañado a Hache sus últimos días.

- *Qué pena, no me he presentado, yo soy Jota, el primo de Hache.*
- *Yo soy Eme, la novia de Hache* – Una leve sonrisa apareció en su rostro – *Parecemos recitando el abecedario o nombrando bandas de punk: R.D.P., B.S.N., D.R.I., I.R.A. Si tuviéramos una banda se llamaría H.J.M.: Humanos Jodidos*

Miserables – También sonreí con el comentario. No había caído en la cuenta de esa coincidencia de letras que hacían de alias, de nombres escogidos para esconder a los de pila que habíamos dejado atrás por razones individuales que no vienen a cuento y que tampoco me interesaba averiguar.

- *¿Cómo murió?* – Me lanzó Eme cual baldado de agua helada.
- *Aun no se le ha realizado la autopsia. Lo encontraron en una banca del parque del periodista. Pensé que tal vez vos sabrías algo* – Solo cuando vi que su pecho empezaba a subir y bajar ahogando el llanto, me di cuenta de que más frío había sido mi comentario. Sin embargo, en el ahogo surgió una pequeña carcajada.
- ¡Ja! En El Perio… Murió en su casa entonces… - Aspiró por la nariz tratando de detener los mocos aguados que le chorreaban. Saqué el pañuelo de rinítico que cargo conmigo, por suerte hoy estaba completamente limpio, se lo di y ella lo agradeció con otra sonrisa. Esta vez noté sus dientes manchados de ocre, negro y amarillo, que a pesar de eso estaban completos y eran parejos, como si alguna vez se les hubiera hecho ortodoncia. Una sonrisa agradable y contenida, enmarcada por unos labios un tanto resecos que no por ello perdían su tono rosa y su forma perfecta, que embellecía su rostro - *¿Cuándo lo encontraron?*
- *Esta madrugada, como a las dos y media de la mañana.*
- *¡Me cago...!*- Aparecieron otra vez los gestos del llanto
- *Si yo estuve en El Perio como hasta la media noche… Lo hubiera podido llevar a un hospital…*
- *No es culpa tuya, no hay que po…*
- *¡Yo sé que no es culpa mía! ¡Es culpa de él!*
- *¿Por qué lo decís?*

- *Porque ese man se quería morir.*

HACHE POR HACHE

(Grabación encontrada al final del casete, hecha por él mismo)

"-¿Cómo ves tu futuro?
Su descontrol fue llamativo y, tras un silencio, respondió:
-Muy oscuro…"
Hildebrando.
Jorge Franco Velez.

"A ver, ome. Es que yo no soy de esos sentimentales que se ponen a recordar el pasado sin estar borracho. No, sí, yo los quiero como hermanos, a los dos, a vos y a Cuil. Primero fui más cercano a vos porque somos más cercanos en edad. Los dos crecimos ahí en San Bernardo al lado de los malandros, de las plazas de vicio y de los viciosos, de los ladrones y los matones. Los amigos de la niñez están casi todos muertos y los que no, están llenos de hijos, camellando en cualquier legumbrería o en cualquier taller por menos del mínimo, o son viciosos. Es que en esos barrios la mayoría crecía a lo gamín, en la calle, de la mano de Dios, porque los papás también eran viciosos o ladrones o putas o culicagados que no sabían cómo levantar un hijo. O bueno, también trabajadores, obreros, aseadoras o lo que sea, la cosa era que muchos no podían estar detrás del culo de los hijos y era la calle la que los criaba. Nosotros no, a nosotros nos cuidaban, nos entraban a cierta hora, pero igual uno pillaba todo eso y algo se le pegaba.

Mi casa sí era más bien despelotada, para que voy a decir que no. Sigue siendo así pero no creo que sea muy diferente a cualquier otra casa. Los paisas somos despelotados. A mí eso me haría falta. Es como dice Bukowski, esos lugares todos limpios y sanos son lugares muertos. La vida está es en el caos. Igual, nunca nos faltó nada y vivían pendientes de

nosotros. Mi mamá era de las que no se perdía reunión en los colegios y hasta se metía siempre en los comités organizadores de cuanta pendejada había. Pero por mucho que a uno lo cuiden no pueden estar todo el tiempo detrás y a mí me ha gustado la calle desde chiquito. San Bernardo fue escuela pero más El Rincón. En San Bernardo fueron pinitos de gaminería, de aprender a treparse en los árboles a coger mangos, de coger puntería con las piedras, subirse a las tapias a coger globos, hacer paradas en las bicicletas, jugar fútbol en el callejón de la iglesia, aprender a reconocer a los pillos, a los malosos, a los viciosos, a los traquetos, a los vendedores. Escuchar los primeros tiros y ver los primeros muertos de lejitos.

Me gustaba juntarme con los más grandes para irme a andar con ellos, a escucharlos decir groserías, robarse una fruta de una tienda o cosas así. Uno estaba muy chiquito todavía. Un tiendazo era lo más malo que podía hacer. Fue en El Rincón donde me tocó aprender más cosas. Lo que decís vos es verdad, a mí allá me salvó el pellejo el que me diera la locura por ser así como campesino. Pero no es que estuviera loco de verdad, a mí me gusta la vida del campo. Ya no tanto. Ahora me gusta más la vida de estrella de rock pobre que llevo. Pero en esa época era de los que pensaba que todo tiempo pasado fue mejor. Los manes del barrio me veían como a un cucho, como a un viejo sin canas y no me invitaban a meter droga o a hacer parte de las bandas o a robar, ni tampoco me buscaban problema. Yo creo que más de uno en verdad pensaba que yo era vigilante del conjunto. Como me veían siempre de ruana o poncho, sombrero, botas pantaneras y con el machete en la correa... Pero ahí en el Rincón sí se veían peleas y balaceras a cada rato y muertos también y yo iba a pillar por puro morbo. Me acuerdo mucho de uno, un man que era el típico sicario de los que salen en Rodrigo D, un man al que le gustaba el metal y el punk,

que vestía todo de negro, de botas, que usaba manillas de taches y tenía el pelo largo y que trabajaba matando gente. Ese man me tenía en la buena y hasta me invitó a una fiesta como de tres días que hizo en ese tiempo en que Pablo pagaba como cuatro millones por policía que mataran y ese man yo no sé cuantos mató pero le dieron un montón de billete y pues claro, qué rumba se hizo. A ese man le pegaron una matada la hijueputa. Le pegaron como veinte tiros y yo lo vi ahí tirado con los sesos afuera. Eso a mí me marcó. Pero igual todo ese tiempo del Rincón seguía siendo juicioso, a duras penas le recibía uno que otro vinito de ese barato al Gordo o a los celadores, a los más grandes. El problema si fue que tan campesino me volví que le cogí pereza al estudio. Me parecía una bobada estudiar, una perdedera de tiempo, sentía que nada de lo que me enseñaban en el colegio servía. Eso era lo que yo veía ahí en el barrio, que para la vida no servía lo que enseñaban en el colegio y que a la vez lo que había que aprender para sobrevivir en el mundo no lo enseñaban allá. No enseñaban a cargar un bulto, ni a manejar el machete, ni a abrir la navaja de un golpe, ni a cargar un trabuco o a disparar una recortada. No enseñaban nada de sexo ni cómo conseguirlo. No enseñaban nada mejor dicho. Por eso, y porque perdí como dos años, me salí de estudiar y eso para mi mamá fue un golpe duro. Esa familia todavía es de las que se enorgullece de ver a los hijos con su cartoncito de bachiller que porque así al menos puede conseguir un trabajito en el que le paguen el mínimo. ¡Bendito sea mi dios! Como dice la mamita Carmen. Tanta fue la cantaleta que me tocó terminar el bachillerato en El Ferrini, validando varios años en uno. Una vagancia. Allá amenazaban a los profesores cuando alguno iba perdiendo y eso era siempre. Todos eran un montón de brutos y maquetas que habían echado de todos los otros colegios, a los que ya no recibían en ninguna otra parte. Unas lacras. La mayoría ¡más malos...!

Los pobres profes vivían tan asustados que ya no le ponían problema a nadie. ¿Te acordás que yo en plenos exámenes me salía y me iba con la hoja para tu casa, porque vos estudiabas por la tarde y vivías cerquita del Ferrini, para que me ayudaras a responderlos? Vos seguías igual de juicioso en el colegio. Siempre has sido juiciosito y piloso y no te ha tocado mucho de lo que me tocó a mí. Así vinieras cada ocho días a la casa del Rincón, no era lo mismo, no estabas ahí todo el tiempo, te perdías de muchas cosas que no es lo mismo ver a que le cuenten a uno. Nosotros dos nos hemos entendido pero sí somos muy distintos, vos aprendiste de los libros y yo de la calle, y también de los libros. Ninguno de los dos hubiera servido pa´ malo, eso sí. Éramos muy miedosos. A mí eso se me ha ido quitando y cuando estoy borracho sí no le como de nada a nadie. Ya uno superó la edad promedio de supervivencia de los de la generación de uno, ¡ya qué hijueputas! Yo ya no le tengo miedo a la muerte.

Pero bueno, la cosa es que así me gradué de bachiller ahí en el Ferrini, gracias a vos, y ya con el cartón, y ayudado por tu papá, me consiguieron el trabajo en La Anticuaria, ganando el salario mínimo. Para que vea como son las cosas, fue ahí, ya trabajando, que le cogí gusto a la lectura y a estudiar. En ese tiempo me leí todo lo que hay para leer sobre la Segunda Guerra Mundial, me leí casi todo lo de la mafia italiana y la mafia italiana en los Estados Unidos, me leí algunos premios Nobel y mucha de la literatura "yonqui". La historia del pueblo Judío y los escritores judíos también me han gustado. Ahí me di cuenta de que me hubiera gustado estudiar historia en la universidad pero ya mi mamá me dijo que si quería estudiar me lo tenía que pagar yo mismo y yo esa plata del camello me la quería gastar en música, en libros y en las salidas o en las nena, que ya por esa época empecé a tener noviecitas y comía puticas y ya salía por ahí a beber ¡Bendito sea mi dios!

Tocaba los fines de semana porque en semana ni modo con el trabajo. Y yo trabajaba de lunes a sábado así que no había como beber mucho. En esa época fue que nos fuimos a vivir a la casa de la mamita Carmen. Si antes éramos un despelote, ahí sí que más. Era un espacio muy pequeñito y vivíamos agarrados de las greñas. Había que salir, había que irse, estar en otro lado si no se quería volver uno loco. Además a mí, desde que me salí de estudiar, me han mirado como al de menos en esa casa. Como si mi papá o mi mamá hubieran estudiado mucho. Y desde que empecé a llegar borracho peor. Son unos humillativos y todo se lo echan a uno en cara. Cada centavo que le dan a uno, y hasta la comida. Yo no tuve la culpa de que se acabara el trabajo en La Anticuaria y no me puedo quedar encerrado toda la vida porque no consigo un trabajo. Eso es enterrarse uno en vida.

Yo sí tomaba trago desde antes de trabajar pero muy de vez en cuando. Primero porque no había plata y segundo porque tampoco era que quisiera vivir borracho todo el tiempo. Yo empecé a beber más seguido fue cuando empecé a caer a La Villa porque allá había mucha chimba y yo con los tragos me volvía gracioso y les caía sin pena y les hablaba mierda de la violencia que me había tocado y de los malos que había conocido en El Rincón y de los muertos que había visto y tales, y les hablaba de música y de libros y de películas y las nenitas se dejaban tramar porque decían que yo había vivido mucho. Y era bacano eso de levantar y que hubiera tanta nenita fácil y bien bonitas, la mayoría jovencitas de quince o dieciséis años, la mayoría loquillas de familias acomodadas que se les gastaban la plata a los papás metiendo de todo lo que les ofrecieran. Eso era mucho voltaje y uno se va acostumbrando a eso y a ser el héroe malo, ¿Sí me entiende? Es como la versión mala del superhéroe porque ahí mientras más malo pueda parecer uno, más podrido, más

degenerado, más dejado, más desordenado, más va a ganar con las nenitas y más lo respetan los manes. Y quién no se acostumbra a eso si no fue ni tan difícil estar en uno de los escalones más altos. No hubo que matar a nadie ni soportar una paliza de bautizo como las de las bandas o como en la mafia. Nada. Simplemente llegar, emborracharse y hablar mierda. Sí termina uno, de todas formas, metiéndose en problemas a veces pero igual lo hacía desde mucho antes de caer a esos parches. El que es atravesado es atravesado. Pero yo creo que conmigo se aplica eso de que mala yerba nunca muere. Yo me he metido tarde en la noche a las ollas más calientes, a los moteles más podridos, a las plazas más feas de Medellín y no me ha pasado nada; me he visto en medio de los tropeles más bravos, balaceras, batallas campales y aquí sigo dando guerra. Yo ya me acostumbré a esta vida y ya me haría falta. Es la vida de estrella del rock pobre como te digo. No bebemos Jack Daniel´s pero igual podemos pasar varios días borrachos en qué fiestones, no estaremos en hoteles cinco estrellas pero tenemos los moteles del centro que son maravillosos y donde nadie lo güevonea a uno, no tendremos "grupies" o club de fans pero siempre tenemos alguna loquilla empepada o yunquiada que está lista para irse al motel con uno a una noche de sexo ebrio por veinte lucas. Yo un tiempo pensé que sí me gustaría como encontrar una mujer y formar pareja, irme a vivir con ella y coger juicio pero ya no sé si sea capaz de estar con una mujer seria. No me aguantaría el voltaje y yo me aburriría. Ahora estoy con una nena por ejemplo, pero es más borracha que yo. También es mayor que yo por unos años. Tiene como treinta y ocho más o menos, nunca me ha querido mostrar la cédula. Es una nena a la que le ha tocado duro, le mataron el marido hace como quince años y hace siete le mataron un hijo que tenía dieciocho. Es una punkera de vieja guardia, era de una banda que se llamaba los Mortikans y sabe bastante de música. Además está muy buena. Le dicen Eme. Su nombre real empieza por esa letra pero a ella

no le gusta y prefiere Eme, además le gusta el significado que le dieron los del combo del periodista. Es Eme por Medellín, porque dicen que ella es como Medellín, bonita por fuera, pero por dentro vuelta mierda. Tanto es que un tiempo fue modelo, ella dice que fue la época en que metió más droga, pero no duro mucho porque estando en esas le ofrecieron más billete por irse a putiar por allá a las Españas, pero no le gustó. Dice que esos españoles huelen muy maluco. Sí pilla, así son las nenas que a mí me gustan: voltajudas. Y que les gusten los manes como yo: voltajudos. Yo a Eme la quiero y ella me quiere. Ella ahora tiene un almacencito de chucherías, de maricaditas, ahí en el centro y con eso nos sostiene las borracheras a los dos. Eso es amor. En mi casa obviamente no la quieren porque llegamos borrachos y porque la he querido llevar a dormir a mi pieza un par de veces, al apartamento donde vivimos ahora. Se me fueron todos encima que porque eso es mal ejemplo para los niños de Mona. Yo no tengo que darle ejemplo a nadie... ¿Acaso son hijos míos? Mejor dicho, yo en esa familia no cuento con nadie. Naty antes se preocupaba mucho por mí y me acolitaba vainas y hasta el chorro a veces, pero ya le lavaron el cerebro entre la Mona y mi mamá. Y con vos y Cuil, yo con ustedes me la llevo bien pero igual vivimos en mundos muy diferentes. Ustedes son juiciosos y los dos se graduaron de la universidad y tienen buenos trabajos y noviecitas decentes. Vuelvo y lo digo, no les ha tocado lo que a mí, ni han vivido lo que yo. La familia de tu papá es muy burguesa y aunque los vean menos a ellos que a nosotros, y aunque digan que son más de este lado que del de allá, tienen cositas de ellos en ustedes. Eso en la crianza sí tuvo que haber influido.

Yo sé que a vos también te gusta el chorro y que también te metés tus buenas peas, pero en otro ambiente, a otro precio. A veces siento como que forzás mucho las cosas. Cada que venís, una vez por la cuaresma, querés que te hable de la música que estoy oyendo o de los

libros que me he leído y yo ya casi ni leo. Eso era cuando estaba en La Anticuaria que tenía los libros ahí a la mano. Yo ya me la paso viendo televisión en la casa o viendo videos de música o porno en Internet hasta que me llama Eme o hasta que me levanto algún peso y me voy a beber. En la semana me toca ayudarle a veces a mi mamá en esa cafetería de la Mona, o sacar a la perra a ver si de pronto me suelta algún billete pero ¡es más amarrada! Es una vida muy distinta a la de ustedes y a veces siento que en realidad uno les vale huevo, que uno no les importa mucho y que se acercan más es como por lástima ¿Sí me entiende? Y yo no necesito de eso y por eso me hago el güevón. Tampoco les debo nada. Me deben más ustedes a mí. Yo les enseñé mucho de música, de libros, de cine, de la calle, de la vida; la primera película porno se la vieron conmigo, se las conseguí yo; yo les enseñé a pasteliar en el colegio, los llevé a cazar chuchas por la Loma Hermosa, les enseñé que en Medellín hay que cargar una navaja en el bolsillo, una "patecabra", y dónde es que se consigue pólvora clandestina en cualquier época del año; les enseñé quiénes son Oliver Stone y Spike Lee y cómo fue que Scorcesse contrató a Robert de Niro la primera vez porque le habló de todos los italianos del barrio donde el director había crecido. Los primeros chorros que se tomaron se los tomaron conmigo. Yo creo que solo nos faltó habernos ido de putas juntos ¡Bendito sea mi dios!

Es más, si se pone a pensar, nosotros nacimos así como soy yo, como es mi familia. Ustedes fueron los que progresaron, o sea los que se fueron. Ustedes fueron los que se me torcieron y me olvidaron, no yo a ustedes. Entonces ¡pa´la mierda! Si vas a escribir algo que valga la pena y que me haga famoso, bienvenido. De resto no jodás tanto con tus entrevisticas y tus güevonadas. Yo sé que yo voy a morir violentamente y que es muy seguro que el alcohol va a tener que ver en eso pero qué le puedo hacer. No voy a dejar de hacer lo que me gusta o voy a dejar de vivir para que no me pase nada. De algo nos

tenemos que morir, vuelvo y digo como mi abuela ¡Bendito sea mi dios! Yo seguiré rocanroleando y yendo a mis concierticos de punk y a mis moteles de tres pesos y tomándome mi tequila Manito, o lo que haya, hasta que el hígado reviente. Tampoco los necesito para nada. Tengo a Eme y con ella me basta y me sobra. La sed que tengo no me la van a calmar ustedes, me la calmo yo mientras la tenga. Igual no creo que dure mucho, en Medellín la sed se acaba rápido o se la acaban rápido a uno. La sed de conocimiento ya la agoté, la sed de libros, la sed de películas, la sed de viajar o hacer algo con la vida. La sed de trabajar igual o mejor dicho, la sed de plata. No la necesito. La sed de música está agonizando. Si pongo música es como pa´ que haga bulla, si voy a los conciertos es pa´ dar pata y emborracharme. Aunque mentiras, a mí la música sí me hace falta. Pero fuera de eso, solo me quedan dos formas de sed que todavía no se sacian: de chorro y de cuca. Vamos a ver cuánto me duran. No creo que mucho. Ya con tanto yonqui en el periodista, que se comparten agujas y eso, ya he sabido que hay varios y varias con SIDA, ya no se puede meter uno con cualquiera aunque se le empeloten a uno al frente, ya esas "grupies" están muy peligrosas. ¡Qué miedo un SIDA! Sin importar que uno se quiera morir, esa no es manera. Sin importar que mis días, igual que los de la mayoría del combo del periodista, o de La Villa, o de La Mota, o de El Palo con Los Huesos o de Niquitao o de La Veracruz o de Lovaina; igual que los de Eme, igual que los de muchos jóvenes, y no tan jóvenes, de Medellín; igual que los de las putas, los drogadictos, los sicarios, los alcohólicos, los ladrones, los traquetos, los "dealers", los indigentes… Estén contados"

Se escuchan ruidos como de una silla que se arrastra, un tintineo y de nuevo la voz de Hache que grita: ¡Jueputa, se me regó el chorro! ¡Que se riegue sangre pero no…! Click.

II

- EME -

A mí ya me deberían conocer aquí en Medicina Legal de tantas veces que he venido. He enterrado a muchos más de los que cualquiera podría soportar. Yo no sé ni para qué me pongo a preguntar si nunca me ha fallado la intuición. Si antes venía con la esperanza de que me equivocara, ahora vengo con la certeza de que no. Yo sabía que Hache estaba aquí. Las mujeres sentimos esas cosas. Yo desde chiquita. Yo fui la que le avisó a mi mamá que la abuela se había muerto y también cuando se murió el perro de la casa. Yo no me acuerdo pero mi mamá me lo contó en una borrachera que me pegué donde ella cuando mataron a mi hijo mayor. Ahí ya había enterrado al papá de él, a mi hermano y a varios amigos. Cuando mataron al papá, yo tenía como veinticinco, y a mi hijo lo mataron hace siete años. Tenía dieciocho añitos pero era más loco que el papá. A mi mamá la enterré hace tres. A mi hermano, el mayor, lo mataron el día que me celebraron los quince. Me acuerdo que así con ese vestidito que le ponen a una, como de princesa de Disney, color rosa perlado, así fui corriendo a donde dijeron que le habían disparado y lo monté a un taxi para llevarlo al Seguro de Belén. Quedó todo lleno de sangre el vestido y no dejé que lo lavaran porque fue lo último que me dio mi hermano, su sangre. Vea cucho… don… doctor, yo entiendo que al man que me dejó preñada lo hubieran matado porque era un vicioso, ladrón y hasta sicario, pero a mi hermano… Más bueno que él no encuentra a nadie hoy en Medellín. Estaba haciendo una ingeniería en la nacional y trabajaba de mensajero en una empresa. Tenía su noviecita de varios años y estaban haciendo planes de casarse cuando acabara la universidad. Lo más malo que había hecho era tener un hijo con una boba de Las Playas

que lo quería agarrar y le dijo que se estaba cuidando. Y ¿sabe por qué lo mataron, médico? Porque no les quiso prestar la moto en la que trabajaba a unos matoncitos de la cuadra. Y a mi hijo ni le cuento. Un enredo de faldas más marica… Aquí lo matan a uno por lo que sea. Lo más cabrón es que si uno se quiere morir, ahí si no le pasa nada… Yo me he querido morir hace mucho. A mí me han violado, me han cascado hasta quedar inconsciente, me han cogido carros borracha, me he drogado hasta el culo y aquí sigo. ¿Por qué? Porque no quiero vivir. ¿Sabe qué me decía Hache cuando le hablaba de esto? Me decía que en Sinué El Egipcio, de Mika Waltari, decían que la muerte huye de quien la llama. Y me puso a leer el libro de los cojones… ¿Cómo? No, es que yo viví en España como cinco años. Putiando, si quiere que le diga la verdad y ya que estoy tomada y que estamos hablando a calzón quitado. Pero no es que se me haya pegado el hablado, eso sí son mentiras. Yo allá hablaba más paisa que acá. Pero cuando volví empecé a usar palabras de allá para impresionar a los parceros y a los envidiosos, a todos mejor dicho. Además dije que había trabajado en un restaurante y en un mortuorio, como les dicen allá a las funerarias. La verdad es que eso último sí lo hice. Ya le dije que a mi parece que me persigue la parca. Pero eso fue al final, cuando ya me mamé de esos cochinos españoles güelentinosos que no se bañan. Qué más iba a hacer si yo apenas terminé el bachillerato y eso que obligada. Solamente Hache y un par de amigas cercanas saben cómo fue la cosa. Y ahora usted… Espere me tomo otro chorro que todavía me avergüenza. Eso nunca se pierde, la vergüenza. Eso se queda con uno como el bautizo. Yo no me siento orgullosa de muchas cosas que he hecho pero era lo que tocaba. Como con el trago ¿no? En este mundo de mierda hay que vivir borracho. ¿O usted qué dice? ¿En serio no se toma unito?... Bueno, más pa´ mí… Pero ya no le voy a seguir contando bobadas. Eso ya pasó y ahora tengo un dolor nuevo. No le voy a decir mentiras ni le voy a inventar que con Hache pensara que ya había encontrado la calma, ni

nada por el estilo. Hache era mucho voltaje. Pero eso fue una de las cosas que me enamoró. Sí le digo don… doctor que después de todo lo que había vivido, yo sabía que Hache no era malo, simplemente le gustaba el trago y los huecos, el undergound, pero no era malo. Al contrario. Yo nunca había estado con un man tan inteligente. Eso fue lo otro que me gustó. El man se sabía de memoria partes enteras de los libros que leía y me las decía en el momento en que cuadraban mejor. Lo mismo con el cine y con la música. Sabía mucho de cine y no había forma de corcharlo con la música ¿sí me entiende? De sorprenderlo o decirle algo que él no supiera. Al contrario, cuando empecé con él, eso parecía estar en una universidad todo el tiempo. Una universidad borracha, claro, pero todo el tiempo era tirando datos: que esta banda inició tal género, que aquel músico también toca con aquellos, que eso es un plagio de tal. Y eso que yo sé de música. Yo he sido punketa desde muy joven. Pero el man sí me borraba y a mí eso me gustaba mucho… Yo supe lo del problema en que el man se había metido hace unos años en La Villa y que había chuzado a otro pero eso ya era agua debajo del puente. El bobazo al que chuzó se mantenía en el Periodista y todo bien. Lo respetaba. Siempre le pasaba chorro cuando tenía y cada que estaba borracho le decía que no le guardaba rencor, que él sabía que había sido su culpa y oportunidades tuvo muchas en las que se hubiera podido desquitar, pero así en el fondo quisiera, el man es un bobo miedoso... Usted me preguntó que de qué creo yo que murió Hache y la verdad es que no sé. Pero si estoy segura que ese man no fue. Hache se murió porque, aunque le tenía miedo a la muerte como nadie ahí donde lo veían tan rudo y tan punky, se le había acabado la gasolina. Ya no leía, ya no le gustaba nada de lo nuevo en cine y ya no quería ver lo viejo… con decirle que ni a la música le sacaba el mismo gusto. Yo lo invitaba a conciertos, a conferencias, pero el man decía que ya todo era la misma mierda, que ya había oído la música que tenía que oír y visto las películas que tenía que ver y leído los libros que

tenía que leer. ¡Hasta el chorro lo atormentaba y lo cansaba! Lo dejaba por ratos y volvía desbocado. Yo le decía que el alcohol era bien, para estar juntos, para pasar bueno, ¡para vivir, mejor dicho! Pero suave, en confianza, así como ahora. Espere me sirvo uno… Pero no, vivía enconflictado… ¡Salud! ¡Por mi negro, hijueputa!... El trago se nos volvió un problema. Ya no peleábamos ni por viejas, llevaba tiempo en que no se metía con ninguna de esas perras del Periodista por miedo a que le pegaran un SIDA. Pero entonces el trago se volvió la excusa. No le gustaba que me emborrachara más que él, pero si no quería tomar también era alegato fijo. Si lo invitaba a beber decía que yo era la que lo estaba matando pero ¡Ay por Dios si no le sacaba la plata cuando era él el que quería! Por eso fue la última pelea. En una farra el man me mandó a cagar que porque yo era una puta, una borracha, drogadicta y que él se quería regenerar pero se fue solo para El Periodista a seguir bebiendo. Se me apareció en el almacén a los días, todo borracho, que para que nos fuéramos a tomar. Era mitad de semana y le dije que no porque trabajaba al otro día. Entonces me pidió plata y le dije que no tenía y se le salió el demonio. Eso me dijo hasta de qué me iba a morir y esa fue la última vez que lo vi… ¡Ay, mi negro! Qué pena doctor pero esto es muy duro… le voy a volver nada su pañuelo… Yo se lo repongo algún día… Me tocó tomarme uno doble… Si yo hubiera sabido que apenas ayer… Como le digo, yo me lo presentía, estuve maluca toda la semana… Lo que usted me preguntó yo ya lo había pensado. Todo el tiempo era imaginándome las cosas que le podían pasar. ¿De qué se puede morir uno en esta ciudad? De plomonía… Me lo imaginé borracho, poniendo problema por ahí en la calle… Primero pensé que lo podían intentar robar ahí en el centro y seguro que él bien borracho no se iba a dejar y ¡tenga sus chuzones! Y si uno no tiene nada que le puedan robar, también lo chuzan. Después pensé en lo que le había pasado tantas veces, que se ponía a pelear con los taxistas por no pagarles. ¿Quién hay más bravo que un

taxista o un busetero? ¡Son capaces de molerlo a uno a hostias o de vaciarle a uno todo el tambor del revólver por cualquier mil pesos! Pensé que había sido eso y esperaba a que me sonara el teléfono para avisarme que estaba en algún hospital. Después se me vino a la cabeza que le habían vendido trago malo, pero lo último que pensé era que tal vez lo habían limpiado las Convivir. Él ya estaba boletiado, ya le habían mandado carta amenazándolo por borracho y por los escándalos que hemos hecho ahí en el barrio. Esa fue la posibilidad que más me duró en la cabeza… Ahora que usted me dice que lo encontraron en una banca del Periodista… ya ni sé. Lo cogería un carro o le dieron un golpe en la cabeza por robarle o le dieron escopolamina y cuando vieron que no tenía nada lo aporrearon… ¡Ay, médico! No quiero pensar más. De hecho no quiero saber… Quiero irme de acá, acabarme esta media y otra garrafa entera y dormir por ahí una semana, o eternamente… ¡Salud! Dios le pague la mediecita porque yo no tengo con qué. ¿Sabe en qué se parecen ustedes dos? En la mirada. Es como si se lo chuparan a uno por los ojos… No, no se pare, todo bien. Ya sé que está ahí adentro y que está acompañado… Vaya y dele mis saludos y dígale que dentro de poquito nos vemos, que suerte y muerte, que todo bien es todo mal, que me cago en la puta que lo recontraparió por dejarme sola y que picos… Y a usted le digo lo mismo don… doctor, Jota… primo: En estos días me tiene por acá Dios mediante… Se los toma por mí, ahí si no me vaya a hacer el feo como hoy. Hache me contó que usted se los toma…

RESACA

"Me emborracho y al otro día me preocupan dos cosas: una, cuando me acuerdo de las imbecilidades que hice, y la otra, que es la peor, cuando no me acuerdo de nada…"
Hildebrando.
Jorge Franco Vélez.

Mierda... Me quiero morir... se me olvidó cerrar la persiana... ¡Mi cabeza!... No sé qué será peor, si tenerme que levantar o aguantarme ese sol en la cara... Por qué será que siempre que despierto enguayabado hace un día radiante y un calor endiablado... si al menos hubiera una piscinita cerca... Miiiierrrrdaaa... Por qué no se podrá quedar uno en una borrachera para no tener que despertar y sentir estas ganas de no despertar... mejor me meto al rincón... ¡Qué bueno sería el traguito si no tocara pasar por estas! Otro día perdido, sin mover un dedo, ni ganas de hacerlo, sin ganas de hablar con nadie, con el teléfono apagado para que no me llame mi mamá, hasta que se desespera y me llama al fijo que sabe que no puedo apagar y peor aún porque me toca ir hasta la sala a contestar. Me toca contestar. Ella no se cansa. Me estallaría primero la cabeza de timbrazos a que ella se cansara de marcar. Tiene que saber cómo está su niño. ¡Borracho como de costumbre, doña Cielo! ¡Enguayabado como de costumbre, doña Cielo! ¿Usted de verdad no lo nota o es que se hace? ¡Sí, doña Cielo, ya almorcé! ¡Yo qué putas voy a saber qué almorcé, doña Cielo! Cualquier sobrado de ayer, cualquier gallinazo a la broaster del chino de la esquina que me lo trae en quince minutos con papa y gaseosa dos litros por quince mil. ¡Doña Cielo, doña cielo! ¡Por qué putas me dejó crecer, doña cielo, para vivir esta vida de mierda en este mundo de mierda que solo se puede soportar borracho, doña Cielo! ¡Para qué me puso a estudiar doña Cielo si en la ignorancia se vive mejor y a emborracharse aprende cualquiera y no lo enseñan en el colegio ni en la universidad! ¡Para qué me cuidó tanto doña Cielo! ¿Para volverme un

marica discapacitado para la vida que no le encuentra salida a nada?... ¡Qué puta sed! Apuesto a que ayer no compré siquiera gaseosa para hoy y me tomé toda el agua de la nevera... no me tomé mi bomba de alka-seltzer con aspirina, no estarían sonando los tambores tribales en mi cabeza tan fuerte... vomité, eso sí es seguro, la boca me sabe a ácido... ¡Qué débil soy! Si tuviera las fuerzas me levantaría, me tomaría otro trago y en un par de minutos se me habría quitado la maluquera, pero sé que lo vomito. Ni para beber soy bueno, qué tristeza. Fracaso hasta en fracasar. No soy capaz ni de suicidarme, tengo la cabeza de un yonqui, la moral de un seminarista y la valentía de un french poodle. No tengo fuerzas más que para irme matando despaciecito a punta de licor y cigarrillo. Tengo jodida la garganta ¡ahem, ahem! ¡Aaaarrrgggg! ¡Uffffff! ¡Maldita tos! Me los fumé todos anoche, qué mierda, lo mismo de siempre, una semana para poder medio recuperarme, fumando poquito, hasta que me piquen otra vez las ganas de beber. Así no se puede Jota de Jesús, así no se puede. ¿Para cuándo vas a dejar los textos que tenés pendientes por escribir? ¿Para cuándo vas a dejar la ida al gimnasio? ¿Para cuándo lo de empezar a cocinar más sano y dejar de pedir basura a domicilio? Ya tenés pura barriga de borracho y piernas secas de borracho y nariz redonda de borracho y ojeras de borracho y estás lleno de achaques de borracho, o ¿creés que ese ardorcito en la boca del estómago es hambre? Un día de estos se te va a reventar esa úlcera y no vas a ser tan de buenas como para morir, no. Te van a llevar al hospital y te van a meter sondas hasta por los oídos y te van a hacer vomitar hasta el primer tetero y te van a llenar los brazos de chuzones como a un yonqui y después te van a mandar para la casa con mil pepas que tomar y te van a decir, con ese tonito de los médicos prepotentes, prehijueputas: Vea hombre Jota, colega, usted sabe muy bien esto, si se toma un trago más se muere. Y vos pensando en la entrevista de Bukowsky en la que dice que los médicos le advirtieron que si se tomaba un trago más se moría y luego dice: Mira cómo

mienten los médicos y le da un gran trago a su copa de vino ¡Ja! ¡Viejo mari… Grrr… ¡Voy a vomitar!... ¡Baño!... ¡Wof! ¡Ah! ¡Ah! ¡Joda! !Uff! ¡Ya!... ¡Fufff! ¡Qué descanso! ¡Ahhhhrrrrrr! ¡Qué mierdero de baño! ¡Dónde estás, doña Cielo, para que me limpies el vómito de la velada anterior y del día que llega! ¡Ni borracho ni sobrio le atino! Ya será más tarde, o mañana que lo limpie... ¡Agua, agua, agua! Necesito agua aunque sea de la llave. Pero ¡Qué veo! He ahí el sendero de la ignominia: pantaloncillos en la entrada de la pieza, teléfono celular en el suelo, chaqueta en el mueble, medias y zapatos debajo del escritorio… ¡Mierda! ¡Me tomé esa botella entera! Con razón todavía estoy medio borracho, como medio contentón. Yo sí decía que era raro que no hubiera sentido ganas de llorar y tirarme por la ventana cuando me desperté... ¿O sí?... Bueno, agüita ¡Glup! ¡Ahhhh! Una puta aspirina y pa´ la cama. ¿Qué día es que es? Qué güeva, domingo, ayer trabajé hasta medio día... Ahora viene mi discurso habitual: qué días de mierda son los domingos, ojalá me muera un sábado a ver si me ahorro un domingo, es el día más depresivo de todos, un día para suicidarse, para cortarse las venas con un cortaúñas, para meterse debajo de la cama y no salir de ahí hasta pasada la media noche, un día tal vez para los deportistas pero no para mí. Pero al menos no hay que dar la cara al mundo. Al menos no hay que salir. Al menos mientras tenga trabajo y pueda pedir comida a domicilio y una soda dos litros bien helada, con escarcha y echando humito... ¡No! ¡No aguanto más ese sol!... ¡Dios bendiga los tapasoles!... A ver a quién llamé anoche… apuesto a que llamé a la flaca… No tengo remedio, no tengo remedio, no tengo remedio… ¡El mismísimo Luzbel tuvo que haber inventado estos celulares! ¿Qué le habré dicho? Como sea, nunca es bueno. Si la insulto o si le digo que la quiero. El daño es el mismo. Que carajada la mía de ponerme a llamar cuando estoy borracho. ¡Ya sé doña Cielo, igualito a mi papá! Qué puedo hacer doña Cielo si hay unas cosas que se llaman genes que se transmiten de generación en generación y a mí

me pasaron todos los defectuosos, los depresivos de su familia y los borrachos de las dos familias. Pero no se preocupe doña Cielo que no les voy a echar la culpa a ustedes. La culpa es de los contaminantes ambientales, de la Coca Cola, de los conservantes artificiales, de los rayos alfa, de los gama, de los ultravioleta, de la electrostática, de la comida chatarra, de la televisión, de la música satánica, de los mensajes subliminales, de la publicidad, de George Bush, del plomo, de las partes por millón, del calentamiento global, del calendario chino, del pecado original, de los libros que enloquecen, de la poesía que envicia, de los hermanos lasallistas, de la posmodernidad, del existencialismo, del consumismo, de Belén San Bernardo, de la casa de la Ochenta, de las malas amistades, pero no de ustedes. Mía tampoco. ¡Es esta sed! ¡Maldita sed! El arribismo, querer ser quien no soy, intentar lo que no puedo para fracasar y con mi fracaso justificarlo todo. ¡Callate cerebro, callate! ¡Quedate quieto! Las resacas no son para pensar. Duerme, duerme, negrito, que tu mama está en el campo… Lástima que nunca funcione. Este planeta está perdido, es mejor pasársela dormido… Fobia… Qué buen nombre para un grupo musical… Mañana es lunes y hay que trabajar. Mañana no habrá resaca si logras dormir esta noche. Dormiré toda la tarde el mismo sueño febril de todos los guayabos y por la noche estaré como una lechuza. No se me puede olvidar tomarme una pasta… Por ahora prender la tv para no pensar más. Programación de domingo, programación de resaca. Miles de colombianos se encuentran en este mismo momento pasando sus guayabos frente a la pantalla del televisor. Consuélate. Doña Cielo está en su casa frente a la pantalla del televisor igual que don Jota. Da igual. ¿Qué más, descartando el matarse, se puede hacer un domingo?

FINAL

"Siempre hay que seguir, aunque solo sea por curiosidad"
Dante en Martín Hache.

Cuántas veces le dije a Hache que hay que seguir aunque sea por curiosidad. Fue uno de los pocos regalos que le hice. Una hermosa frase del cine que no se sabía y que le quedaba como anillo al dedo, que siempre nos ha quedado, a muchos de los que nos reconocemos como desadaptados, como anillo al dedo. Sin hablar de esa Hache muda que dotaba de significado el nombre del protagonista, como la hache de mi primo…

Al soltar el bolígrafo y levantar la mirada, me doy cuenta de que está empezando a oscurecer. No me moví de este rincón después de la partida de Eme y se pasó el día mientras escribía y miraba a la nada y hacia mi interior, como acostumbro hacerlo, evadiéndome de la realidad.

Ahora Eme me dice que a Hache se le había acabado la gasolina, que se le acabó la curiosidad, que como en la canción de los Mutantex, ya ni con droga ni con alcohol conseguía ninguna reacción. Podría quedarme ahí, decir que simplemente fue eso pero ¿Por qué llegó a eso? ¿Por qué en esta ciudad, o en este país, o en el mundo puede llegar una persona a sentir que ya no tiene nada por qué vivir, nada que valga la pena? Y si es el vicio, la droga, el alcohol, el tabaco, el sexo ¿qué hace que las personas sigan corriendo desesperadas a sus manos? No me puedo quedar simplemente con que a Hache se le acabó la gasolina. A Eme se le nota el mismo agotamiento, la misma derrota que le impide preguntarse las causas, pero yo aún no he llegado ahí aunque falte poco…

En la morgue ya no deben quedar más que algunos disectores haciendo aseo. Nando siempre es de los últimos en irse y me espera para ayudarme en la autopsia. En el parqueadero ya se han ido la mayoría de los carros. Incluso el de mi jefa ya no está.

Hache y Eme, H y M, el hombre y la mujer vencidos, el hombre y la mujer muertos, asesinados, por el tedio, por la discriminación, por la misma marginalidad a la que una sociedad como la antioqueña obliga inexorablemente a cualquiera que sea diferente, que no alabe ni promulgue sus feos principios; el hombre y la mujer puros en su decadencia, incorruptos en su insumisión, en su inadaptación, en su inmoralidad. Sostener una lucha así cansa. No se puede aguantar una vida longeva con esa carga. Tal vez sea esa la razón de que se agote el combustible. Eme es mayor, bastante mayor que Hache. Me pregunto cómo lo ha logrado, de qué materia estará hecha. Una más antigua, más dura, como aquella de la que se dice estaban hechos los ancestros y que a mí me ha parecido más bien simple resignación de esclavos. La misma resignación que les permitía ser longevos y aguantar por encima de los noventa años y por encima de los diez hijos levantados a punta de caldo de las mismas gallinas que criaban en los solares o las terrazas de sus casas. De esa madera no hay nada en mí ni en Hache. No hay resignación…

Me dirijo a la morgue. Al llegar a mi casillero y abrirlo para sacar mi equipo de disección y mi uniforme, me quedo mirando al interior por unos instantes.

Sin embargo, nada de lo que pienso me da una respuesta a todas esas preguntas, menos a la de por qué soy yo quien sigue aquí perdiendo el tiempo en reflexiones vanas mientras

Hache me espera sin aliento. No entiendo siquiera por qué me embargan a mí estas reflexiones si, aparte de en mi trabajo, no he vivido realmente la cercanía de esa muerte que puebla esta ciudad y este país, la que Eme dice que la ha acompañado toda la vida, la que Hache decía presentir, la muerte violenta. Realmente es Hache la primera persona cercana que me ha arrebatado esta vida feroz, sin importar cómo haya muerto. Pienso que es eso, que realmente me atemoriza la certeza de que la muerte me ha de pasar en cualquier momento su cuenta y empezará a cobrarme todas las vidas que le debo. Me atemoriza pensar que en cualquier momento mi hermano, al que todavía le gusta salir en esta ciudad y festejar hasta tarde, se encontrará con el que no es, que es cualquiera, y me lo enviarán todo agujereado solo para confirmar mis teorías. Me atemoriza pensar que Hache es solo el primero y que una historia como la de Eme no es una historia excepcional sino la regla y que aún me queda mucho dolor para poder sumarme a esa regla y contar a todos mis muertos mientras también se suman los años, el cansancio y las ansias de una muerte que no llega sin importar ese llamarla o no llamarla…

Tengo frente a mí la botella que oculto detrás de mi ropa, la que remplazo con más juicio que a los mismos implementos de trabajo que se agotan, con la que he envenenado secretamente mis cafés desde hace más de unos cuantos meses.

Me atemoriza volver adentro y encontrar en Hache los signos de las atrocidades que solo el hombre es capaz de cometer y de las que me he tratado de esconder con mi aislamiento. Me atemoriza porque es otra de las tantas preguntas sin respuesta ¿Cómo es posible? Me atemoriza esa maldad que no comprendo ni en mis momentos de mayor ira y frustración. Me atemoriza que a mí también se me acabe la gasolina, que me venza el agotamiento, que

se resquebraje esta madera endeble de que parecemos estar hechas las nuevas generaciones y me dé por vencido. Que se me sacie la sed de buscarme en todo lo improbable, en lo que nunca he sido, en las cosas que no he hecho, en lo que no conozco y deseo conocer, en lo que nadie espera que sea, en ir en contra de mi propia tierra, de mi propia gente, de mi propia cultura, de mi propio destino. Porque voy en contra de mi propio destino cuando sigo vivo con la edad que tengo y cuando no llevo en mí ni una sola cicatriz de una puñalada, de una bala o de un tubo de tórax. Y no por ser valiente o un guerrero a la altura de esta guerra si no por cobarde. Porque me aterra la idea de una hoja de metal entre mi carne como la que a diario incrusto en las carnes muertas de las tantas víctimas que me dan trabajo, me aterra la idea de una bala cauterizando un canal a través de mí, me aterra el demonio que veo en los ojos de la mayoría de personas que me cruzo en las escasas veces que deambulo por la calle…

Sé que la gran mayoría de mis colegas lo sabe porque el olor es inocultable, incluso acompañado del olor del café o bajo el tapabocas, y lo he notado en sus miradas prejuiciosas y burlonas, pero no me importa.

Me enferma saber que, por donde quiera que se le mire, esta ciudad es el ecosistema más propicio para el odio, que cualquier variación de vida posible puede desembocar en el mismo final y tiende a hacerlo; que nuestra cultura, nuestra genética, nuestra moral, nuestra historia y todo lo externo y de otras culturas que se ha ido sumando, generalmente lo malo de esas otras culturas, no son más que elementos de una receta para la preparación del más potente veneno que existe, un cóctel mortal que ha generado los peores asesinos del país, los seres más violentos, siempre prestos para el mal…

Fue por ese olor delator la amenaza de mi jefa de echarme cuando me sintió el tufo como lo ha hecho en otras ocasiones. Ya me lo había advertido. Nunca más quería sentirme oliendo a trago en horas de trabajo.

Y sé que beber más que una cura es empeorar la enfermedad, pero no concibo otra manera de dejar descansar mi cerebro atormentado, de anestesiarme para no sentir el miedo, la rabia, el asco, la impotencia, el dolor, la tristeza, el tedio de esta vida; de hacerme por unos minutos, por unas pocas horas, el de la vista gorda y poder reír y sentirme feliz, aunque sea una felicidad estúpida e injustificada, aunque sea la falsa felicidad de la embriaguez. Ya he desistido de buscarla en el amor. La amistad solo conforta a ratos cada vez más espaciados porque cada vez quedamos menos condenaditos, menos amargados para hacernos compañía y compartir las angustias, y con Hache se ha ido el líder de los atormentados…

Tomo la botella por el cuello y la destapo. El olor del etanol me entra por las narices y me hace erizar todos los vellos del cuerpo, me recorre un escalofrío tan intenso que ni ver a Hache ponerse de pie me hubiera provocado uno igual.

Mi trabajo es enfrentar la realidad pero protegido bajo el escudo de la bata blanca o del peto de caucho. Escribir, aunque me brinde algún sosiego, es solo repetir en el papel lo que gira y gira sin descanso en mi cabeza. Por mucho que he querido escapar, irme lejos, viajar a tierras distantes o vivir frente al mar en algún paraje recóndito, siempre hay algo que me lo impide, algo que me ata: mi familia, el estudio, la misma cobardía, el dinero que se me evapora, o quizá simplemente el destino, que sea mi destino no poder escapar, pasar toda

mi vida aquí odiando el suelo que piso, a mi prójimo y hasta el maldito seseo de nuestra forma de hablar…

Sin pensarlo la llevo a mi boca y la sostengo allí mientras trago y trago sin respirar, intentando evitar las nauseas que siempre me ha producido tomar el licor vivo, sin mezclar. Cuando la vuelvo a poner en su sitio, siento el calor que empieza en mi rostro y se riega por el cuerpo, algo similar a la valentía.

Con todo esto ¿cómo no acudir al licor? ¿cómo no desear seguir esa consigna de que habla el médico Jorge Franco Vélez en su Biblia del borracho de seguir bebiendo hasta morir con anestesia general etílica? Además, lo llevo metido en la sangre. Mi padre ha bebido aguardiente toda su vida y lo seguirá haciendo mientras su cerebro pueda enviar la orden de doblar el codo y llevar la copa a los labios, igual que su padre lo hizo hasta la esclerosis múltiple. No podía bañarse o vestirse pero asentía con la cabeza si se le ofrecía un aguardiente. Así de fuerte se encuentra incrustada esa costumbre en el sistema límbico de mi raza. Homo alcoholicus. No depende de la depresión que reina en el mundo posmoderno, es una respuesta preestablecida, inserta en nuestros genes, con la que respondemos a cualquier pregunta que nos plantea la vida…

Recojo mis implementos, me visto y me pongo dos tapabocas de todas formas. Me dirijo a la morgue con pasos seguros y allí encuentro a mi ayudante con el trapero en la mano limpiando del suelo la sangre que es imposible no derramar en una autopsia. Le hago señas y va por sus herramientas para empezar.

Así que: quiero vivir una vida corta (de la que ya llevo mucho por lo que espero que me falte poco) y pasar borracho tanto de ella como sea posible; quiero morir tranquilamente, de un infarto fulminante tal vez, o una muerte súbita de causa por establecer; no voy a tomar la muerte en mis manos, no seré yo, al menos en un acto suicida como tal, quien me abra la puerta de salida, tanto porque carezco del valor como por no traicionar mi persistencia, mi última batalla por perder, la de aguantar hasta que la dama de la guadaña venga por mí y así también escapar de las estadísticas; y quiero vivir el tiempo que me queda escondido en mi fortín, donde puedo seguir saciando la poca sed que me resta, la de los libros, la de la música, la de escribir, la de soñar con cada neurona que tengo y hasta que el alcohol maté la última de ellas, soñar con otra vida, otros mundos, otra realidad en la que consumirse con la velocidad de un cigarrillo no sea la mejor opción, otra realidad en la que pueda escuchar eternamente a Hache hablando de Turbo Negro y de Hellacopters, hablando de sus premios Nobel de literatura, de sus románticos mafiosos y de Scorcese, de sus bajos mundos y sus miserables que en mis sueños están allí por decisión propia y no por desesperación, una realidad en la que Hache y Eme no estarían tan llenos de dolor, de tragedia y de muerte y podrían vivir una vida juntos. Tal vez esta sea otra forma de darme por vencido, otra forma de perder y no dar la cara, pero no concibo otra manera si quiero seguir viviendo…

Me paro al lado de la mesa y miro de nuevo a Hache que sigue con la misma expresión de tranquilidad y la misma naturalidad de haber dormido allí por siglos. Más incluso ahora que se encuentra desnudo. Nando le ha retirado las prendas y las ha puesto a sus pies por si quiero revisarlas. Escucho el sonido del agua corriendo y el tintineo metálico de pinzas, tijeras y cuchillos que Nando lava y solo me viene a la cabeza el sonido del choque de las copas de vidrio. Para mis adentros le digo a Hache: ¡Salud, parcero! aún

diluyendo con la saliva restos de alcohol en mi boca. Miro a las otras mesas, donde ya los cadáveres exhiben la Y a lo largo del tórax y el abdomen de la autopsia realizada, con la sensación de que han escuchado mi pensamiento y que responden a mi brindis con la muerte.

Sé sin embargo que esa es la respuesta esperada, la preestablecida, la que me lleva por el mismo camino de Hache del desinterés y el vacío. Conozco, desde el punto de vista médico el proceso de deterioro que sufren los alcohólicos, tan paulatino que los enfermos no lo notan hasta que llegan las complicaciones o la muerte. Sé que una vida ebria es a lo que esta sociedad te obliga y que la rebeldía verdadera sería dejarlo, no tomarme un trago más y afrontarlo todo sobrio, desarrollar las tan mentadas "capacidades adaptativas" y proponerme nuevas metas, convencerme de que aún no es tarde y que aún no estoy muy viejo como para forjarme una vida que me permita la calma y, por qué no, la felicidad. La verdadera lección de esta última visita de Hache debería ser la misma de "Una historia del bronx", la película de De Niro que tanto le gustaba a Hache, de que una muerte tan precoz y tan buscada es un desperdicio de talento, cualquiera que sea el talento que tengamos, aunque sea el de torturarnos con tanta pensadera y tanta reflexión absurda. Esta sería para la mayoría de las personas una de esas experiencias reveladoras, vitales, enderezacaminos, suficiente para llevarme a valorar la vida y desear vivirla de otra forma, intentar vivirla de otra forma más conservadora (como lo sugiere la palabra, que permita conservarla mejor), más derecha, más limpia, más correcta. Sacar la fuerza del recuerdo de Hache para hacerlo, sin ironías, sin sarcasmos, en verdad creyendo en las recompensas que puede traer la entereza y la austeridad. Incluso, a lo mejor, sin tantos días perdidos en las resacas, sin las depresiones en que me sume el beber, y con las neuronas revitalizadas, emprender con

ánimos renovados y con verdadero compromiso la escritura y escribir la historia de Hache para que no caiga en el olvido y no sea otra muerte violenta más, ni otro desadaptado que se buscó su suerte, ni la oveja negra de la familia cuyo final ya todos esperaban. Hache fue mucho más que eso, y no solo para mí que fue héroe, maestro, amigo, contertulio, compañero de copas y una fuente inagotable de historias. Sería un buen propósito y una muy buena motivación…

Me pongo los guantes y tomo el bisturí. Tal vez sea el alcohol, pero alzo mi mano en el aire con ese dramatismo que muestran los actores que hacen el papel de médicos antes de iniciar una cirugía, y con el mismo dramatismo y voz profunda le digo a Nando la acostumbrada frase que da inicio a la necropsia:

- Listo. Vamos a abrir…

SIN FECHA

- *Hey, Jota.*
- *Qué hubo parcero.*
- *¿Te puedo preguntar una vaina jodida?*
- *Hágale hermano, con confianza.*
- *Si yo te digo, güevón, que ya estoy llevado, que el trago me cogió ventaja, que hasta me agarró la coca, por ponerme a güeler pa´ aguantar el voltaje, que bebo tres o cuatro días seguidos cada semana y en todos esos días no como ni mierda; si te digo que hasta a veces creo que tengo un sida porque a cada rato me agarran unas diarreas que no se me quitan con nada y cualquier herida que me hago se me infecta y se demora como un putas para sanar…*
- *Y ¡Por qué no te hacés la prueba gran marica!*
- *¡No güevón! La cosa no es esa.*
- *¿Y entonces?*
- *¡Dejame terminar! Ve ome, si te digo que por todo eso yo ya no aguanto, que estoy vuelto mierda, que cada que salgo del periodista para mi casa en la madrugada me voy a pie, con un pico de botella en la mano a ver si alguien me busca problema y me deja ahí, ojalá de un tiro, pero nada. Además yo sé que como son de hijueputas ni siquiera le hacen el favor completo si no que lo dejan a uno cagando por una bolsa… Bueno, la cosa es, vos que sos médico y que sabés de drogas y mierdas de esas… ¿Vos no me ayudarías, como dicen los gringos, a salir de mi miseria?*
- *¿Que te mate?*

- *Pues, no… sí… que me ayudés al menos ¿Si me entendés? Como en el cine: haciendo que parezca un accidente, ¡Ja! Sin que yo sepa cómo ni cuándo. Como en El Club de los Suicidas de Stevenson.*
- *¡Si güevón! ¿Y a mí quién me hace el favor?*
- *Yo vengo desde el otro lado y te mato de un susto bien hijueputa.*
- *¡Jajajaja! ¿Y si no hay otro lado qué?*
- *¡Ah yo no sé gonorrea! ¡Yo te pedí el favor primero, no me voltiés la arepa! ¡Decime de una si me hacés el quince o no! ¡Yo ya no puedo más!*
- *…*

FIN